TOURÉ

Mañas de Lagarto

JON ARRETXE

Lectulandia

La presión a la que se ve sometido Touré en su Pequeña África le obligará a huir de Bilbao, y el azar lo llevará hasta Las Palmas de Gran Canaria, con un único objetivo: sobrevivir.

Las mezquinas condiciones en las que viven los sin papeles como Touré les fuerzan a aceptar cualquier propuesta laboral, y en este caso aparecerá el negocio de las apuestas deportivas ilegales como el camino para conseguir dinero fácil. Tras una larga lista de oficios rocambolescos, nuestro burkinés se verá ahora inmerso en la práctica de la lucha canaria, persuadido por un excampeón de la modalidad, el Lagarto de Escaleritas. Pero, a resultas de esta decisión, el infeliz Touré se verá envuelto en una nueva peripecia, en la que llegará a poner en juego incluso su propia vida.

Arretxe vuelve a presentarnos una obra con una fuerte carga social, en la que denuncia con rigor los excesos de los poderosos y la situación de los excluidos. No obstante, en «Mañas de Lagarto» el lector encontrará grandes dosis de ese humor tan propio del escritor basauritarra, negro y surrealista. Las escenas por donde se mueve nuestro detective están perfectamente ambientadas, y ubicadas en rincones más allá de donde se mueve el turismo convencional.

Jon Arretxe Pérez

Mañas de Lagarto

Detective Touré - 10

Cosecha roja - 50

ePub r1.0

Titivillus 18-12-2024

Título original: *Musker amarruak*
Jon Arretxe Pérez, 2024
Traducción: Cristina Fernández Blanco
Ilustraciones: Cristina Fernández Blanco

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Al mejor, el gran Alexis Ravelo

1
AYOZE

El estruendoso inicio de un lejano concierto verbenero rompe la calma de la noche, y las cigarras parecen dudar si persistir o no en su particular sonata. Yo también me quedo indeciso entre las sombras de la calle Don Quijote, a pocos metros de una escuela infantil sin ninguna actividad a estas horas. Al otro lado está la base militar, detrás de un alto muro. No veo ningún puesto de control ni centinelas vigilando… Ahora o nunca. Trepo por la verja del huerto y salto para ir directo a las tomateras. Hoy mismo les he echado el ojo, durante el paseo mañanero de reconocimiento, cuando he sentido la llamada de las ramas dobladas por el peso de los frutos, rojos y carnosos. Agarro el más gordo y le pego un mordisco. ¡Qué bueno! Lo devoro en un par de bocados antes de sacar del bolsillo una bolsa que despliego para empezar a recolectar parte de la cosecha. Pero apenas arranco el primer tomate, oigo un ruido sospechoso. Algo se mueve por detrás de los palos de las vainas. Contengo la respiración, paralizado, y… De repente, sale un tipo de entre las matas. ¡Hostia, ya me han pillado!

—¡Perdona! —me apresuro a disculparme—. Tengo hambre y solo pensaba coger unos pocos tomates.

El tío no es muy alto, pero está macizo y tiene un cuello como de toro. La luz de las farolas se refleja en el sudor de su cabezota rapada. Retrocedo un paso poniéndome en guardia, aunque no parece enfadado. Al contrario, diría que tiene la misma cara de sorpresa que yo.

—¡Chacho, qué susto me diste! —suelta finalmente en un susurro, mientras con una mano desliza el sudor de la cabeza hacia el cogote y, luego, intenta secársela en sus bermudas, también empapadas. Al ver sus fuertes muslos pienso en los troncos de baobab de mi tierra—. Estate tranquilo, yo no soy el dueño de este terreno. Este huerto urbano pertenece a todos los vecinos de La Isleta.

—Siento tener que robaros, pero…

—No te agobies —gesticula para que baje la voz—. Yo tampoco soy de este barrio, estoy haciendo lo mismo que tú.

Levanta la bolsa que lleva, llena de vainas, y después me tiende la mano libre. ¡Menuda zarpa!

—Me llamo Ayoze, pero la gente me dice «El Lagarto»; mi apodo completo es «El Lagarto de Escaleritas».

—Yo soy Mamamoud Touré, y todos me llaman Touré.

—¿Senegalés?

—De Burkina Faso.

—Encantado —mira alrededor con desconfianza—. Igual es mejor que salgamos de aquí cuanto antes, ¿no crees?

Ayoze trepa por la valla como un auténtico lagarto, y salta. Yo cojo apresuradamente algún que otro tomate y le sigo, aunque bastante más torpe. Echamos a andar calle abajo, mucho más tranquilos ya, cada cual con su botín.

—¿No les dan de comer a ustedes en el centro de acogida? —me pregunta.

—En el centro de acogida se puede comer y dormir, pero ya no estoy allí. Conseguí colarme unos cuantos días, camuflado entre un grupo de africanos, pero me echaron a la calle en cuanto descubrieron que no soy un inmigrante recién llegado.

—Entonces no acabas de llegar en patera.

—Vine en patera, pero ya hace mucho, más de diez años. La

mayor parte del tiempo la he pasado en Bilbao.

—¿Y qué carajo haces en Las Palmas?

A ver qué le cuento ahora… ¿Le digo la verdad, que desde que llegué a Europa solo he sido una marioneta del destino y que la mala suerte o la necesidad de huir me han llevado de un sitio a otro hasta acabar aquí? ¿Le explico que mis colegas de Bilbao han acabado en chirona o fugándose al extranjero y que yo mismo tuve que salir por patas y esconderme en un barco que me trajo casualmente a esta isla?

—El destino —me limito a la respuesta más sencilla mientras me encojo de hombros.

—Bueno, al menos no acabaste en el peor sitio. Hace mucho que los canarios nos acostumbramos a la inmigración, aquí no es como en la Península, no está tan mal vista.

—Eso es verdad.

—¿Qué tal te trataron en Bilbao?

—Pues ha habido de todo. En general no puedo quejarme de la gente, pero la policía… Eso ya es otro cantar.

—Chacho, tú y yo tenemos muchas cosas en común.

La parte baja de La Isleta, en especial la plaza Manuel Becerra, está muy concurrida con conciertos y celebraciones a cuenta de las fiestas del barrio. Sin embargo, estas calles de la parte alta están desiertas, y de aquí hacia arriba se impone un terreno montañoso seco y rojizo, ya dentro de los límites de la base militar, zona prohibida para los ciudadanos corrientes.

Seguimos caminando hasta un parque solitario situado sobre unos acantilados. Media docena de palmeras, unos cuantos arbustos sobresaliendo de la oscura tierra volcánica, unos largos asientos de piedra… «Parque Pepe el Limpiabotas» dice un cartel.

—¿Para dónde vas? —me pregunta Ayoze. No sé qué responder y él no tarda en interpretar mi silencio—. No tienes un sitio fijo para dormir, ¿verdad?

—*Pse*, voy improvisando, según se tercie cada noche.

—Yo tampoco estoy pasando mi mejor momento. Desde que me quitaron el apartamento de Escaleritas, paso las noches en uno de esos búnkeres. —Señala con la mirada hacia la península de La Isleta—. Conoces la playa del Confital, ¿verdad?

—Claro, de vez en cuando voy por allí a darme un chapuzón.

En realidad, para mí el Confital es mucho más que una zona de baño. Cuando se me acabó el chollo del centro de acogida, fue el mejor lugar que pude encontrar para pasar las noches, mucho más discreto que Las Canteras, la gran playa de Las Palmas. Y más cómodo que cualquier plazoleta o parque de La Isleta. ¡Menuda diferencia, descansar echado en la arena o sobre la dura tabla de un banco, si no directamente en la acera! Por suerte, aquí el clima acompaña para acomodarse en cualquier hotel de mil estrellas, una gran diferencia con Bilbao.

—Dejando atrás el Confital hay unos cuantos búnkeres, casi todos ocupados —me aclara Ayoze—. Tengo un colega que vive desde hace tiempo en uno de ellos; cuando me quedé en la calle se compadeció de mí y ahora estoy con él. Si quieres, le pregunto a ver si podemos hacer un hueco para ese corpachón tuyo.

—No te preocupes, prefiero andar a mi aire.

Pongo la bolsa de tomates sobre el asiento y el Lagarto se me queda mirando, escaneándome de arriba abajo en silencio, como si estuviera maquinando algo.

—Yo diría que 1’90 —me suelta, así, sin ton ni son.

—Algo más, si me estiro del todo.

—Y más de cien kilos.

—Bastantes más. ¿Por qué?

—¿Estás en forma?

—Para echar carreras, al menos, no.

Ayoze vuelve a pasar la palma de la mano por su cabeza, perlada de sudor.

—Me imagino que no tienes curro.

—¿Curro?, ¿qué es eso?

—¿Por dónde vas a andar mañana?

—Ni idea, pero seguro que no muy lejos.

—Voy a hacer unas gestiones a primera hora y tal vez… ¿Quieres que nos comamos estas habichuelas juntos? —señala la bolsa con la cabeza.

—No tengo otra propuesta mejor, así que…

—¿Quedamos a las dos en el búnker?

—Vale, ¿cómo lo encuentro?

—No hay pérdida. Tú cruza la playa del Confital, sigue hacia adelante por la costa, y enseguida verás los primeros búnkeres. El

nuestro está en una pequeña península. Ni se te ocurra acercarte a otro que a la entrada tiene una rampita hacia abajo ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

El Lagarto de Escaleritas me tiende la mano después de pasarla por las bermudas en un nuevo intento fallido por secarse el sudor.

—Pues hasta mañana.

—Hasta mañana.

Me quedo en uno de los asientos de piedra frente a la bahía de Las Palmas. Miro hacia el luminoso paseo de Las Canteras, siento la brisa que acaricia las hojas de las palmeras, escucho el romper de las olas, ahí abajo… y pienso que el Lagarto de Escaleritas tiene algo de entrañable que contrasta de lleno con su impresionante físico. Transmite una gran ternura, pero también me pregunto qué demonios estará tramando.

No me da tiempo a especular. De repente, un extraño personaje surge de entre las sombras. Va con antifaz y capa de color negro. ¡¡¿Batman?!! Lleva una pequeña rotaflex, la pone en marcha según se acerca a un edificio de oficinas municipales, corta una señal de tráfico que dice *«Reservado a oficina de la vivienda»* y pega un cartel en la pared: *«¡Ayuntamiento corrupto y vendido! Vecinos, os devuelvo este aparcamiento. Batman de La Isleta»*. Sin perder un segundo, saca un bote de espray y, en un gesto rápido, deja su firma: la silueta de un murciélago. Antes de irse, agarra la señal de tráfico, la tira por el acantilado y se vuelve hacia mí para despedirse levantando el pulgar de su mano derecha. El tipo desaparece dejándome con la boca abierta, todo en un abrir y cerrar de ojos.

Estoy a la entrada de un supermercado; un poco alejado de la puerta, a unos tres o cuatro metros, para que el otro africano que se ha plantado ahí con la esperanza de que algún cliente responda a su saludo con una moneda o algún obsequio no piense que le quiero hacer la competencia. Desde aquí veo perfectamente la línea de cajas y pronto localizo mi objetivo: una señora mayor de pelo corto y oscuro. Acaba de dejar el carro vacío, y viene hacia la calle, bien cargada de bolsas. Apenas pone un pie en la acera, me dejo ver frente a ella desplegando mi mejor sonrisa.

—¿Necesita ayuda, Rosa?

—Hola, mi niño. Pues, sí, tus brazos me vendrán muy bien hoy.

Acepto agradecido el euro usado para liberar el carro, agarro las bolsas y echamos a andar sin decir nada; conozco de sobra el camino hacia su casa. Cogemos la calle La Naval y, cuando llegamos a la altura del restaurante coreano Danbam, veo ahí a su dueño, como siempre, con la espalda apoyada en la pared de la entrada, repleta de pegatinas contra las meadas de los perros, fumando un cigarrillo tras otro mientras mira a la gente pasar. El tipo ya tendrá sus años, pero aún conserva una buena mata de pelo negro, flequillo incluido. Entre su careto de lechuza y la descuidada fachada del local, lo único que falta es un cartel que diga «Ya os podéis largar por donde habéis venido». Y lo peor no es el descaro con que observa a la gente, casi sin pestañear, lo peor son los chistes que suelta sin venir a cuento, que solo le hacen gracia a él.

—¿Esclavo caro, Rosa? —pregunta en un torpe español, el muy gilipollas.

—Touré no es mi esclavo, Jun, sino un hombre muy amable que me ayuda con la compra —responde la abuela, con tono bonachón mientras que a mí me entran ganas de soltar una hostia al tocapelotas.

La fachada del restaurante es de color caca, como la puerta, como la persiana a medio subir y los barrotes que protegen las pequeñas ventanas. El interior queda oculto tras los cristales, llenos de carteles descoloridos donde se exponen los platos del menú. A pesar de todo, al Danbam no le falta clientela, parece ser que le han puesto unas cuantas estrellas en Internet por ofrecer una cocina auténticamente coreana, y suelen venir muchos guiris. Supongo que el cabrón de Jun será con ellos mucho más amable que conmigo.

Sin dejar La Naval, vamos llegando a la cafetería que toma el mismo nombre de la calle, como indica el enorme rótulo que corona su entrada. Es un local clásico, de toda la vida, no tiene *glamour*, pero sí camareros simpáticos, churros muy ricos y precios populares, así que siempre está lleno. Empiezo a sentir en el estómago un cosquilleo que se intensifica conforme nos acercamos. A ver si hoy tenemos suerte… Lástima, Rosa no hace ni amago de detenerse, parece que no, hoy no va a invitarme a almorzar. El camarero más veterano, José, un tío muy alegre y más flaco incluso que Rosa, me guiña un ojo después de saludar cariñosamente a la señora. Ahí queda todo.

Caminando entre apartamentos turísticos en construcción, bajo las guirnaldas de banderitas festivas colgadas de un lado al otro de la calle, llegamos a una gran plaza, Manuel Becerra, donde se encuentra una las principales paradas de guaguas de Las Palmas. Está al aire libre, y no son pocas las veces que he venido a dormir en uno de los bancos que hay por aquí. Aunque ahora, de momento, he borrado este lugar de mi lista de opciones para pasar la noche. La Isleta está todo el mes de fiestas, y han montado un escenario bien grande precisamente aquí. No creo que pudiera descansar mucho en pleno epicentro de la juerga.

En el último tramo hasta la casa de Rosa, nos cruzamos con varios grupos de africanos que se dirigen desde el centro de acogida de emigrantes hacia Las Canteras. Rosa vive en uno de los viejos edificios que hay al fondo de la plaza. Esto me recuerda al barrio de San Francisco, en Bilbao, el que fue mi hogar durante varios años. Los restos de carteles y el decorado que aún se pueden distinguir en las fachadas semiderruidas o tapiadas muestran que no hace mucho hubo aquí una zona de antros y puticlubs similar a la que había en la Palanca bilbaína. Seguro que la proximidad del enorme puerto marítimo influyó en la multiplicación de ese tipo de locales. Pero ya no es lo que era, aquí ya solo se ven las últimas huellas de ese mundo, nadie se preocupa de mantener lo que queda, parece que quieren demoler todo esto para construir un nuevo barrio.

Y me temo que a la Palanca de *Sanfran* le espera el mismo destino. Al menos tenía toda la pinta justo antes de que me largara de allí. Tal vez, cuando vuelva, ya no encuentre el barrio que dejé. Pero… ¿acaso regresaré? Osmán, Xihab, Cristina… ¿Volveremos a vernos algún día? Será difícil después de todas las fechorías que hicimos juntos. Aunque de momento no haya nada probado, los crímenes están ahí. Y encima no siento ningún remordimiento. Lo único que me duele de verdad es Cristina, su ausencia, saberla sola en la cárcel, no poder visitarla, no saber cómo se encuentra ni cuánto se alargará su encierro. Los demás salvamos el culo gracias a su silencio, huimos de Bilbao mientras ella se comía el marrón. Ahora a ver qué delitos le imputan en el juicio. Si todo queda en tráfico de drogas, ni tan mal; puede que la condena no se alargue demasiado. Pero si descubren lo de los asesinatos… Uf, no quiero ni pensarlo.

Subo las bolsas de la compra hasta el tercer piso sin ascensor, y Rosa me paga con una moneda de cincuenta céntimos y la manzana más bonita de la bolsa.

—Muchas gracias.

—Muchas gracias a ti, Touré, no sé yo qué haría sin tu ayuda.

—Tranquila, mujer. Aquí estoy, para lo que haga falta.

Bajo a la calle pensando en volver al supermercado por si consigo algún cliente más. Al fin y al cabo, ahora esta es mi principal fuente de ingresos: acarrear bolsas de la compra, hacer recados o trabajillos sueltos como ayudar a recoger terrazas y pasar la fregona en algún bar… Gracias a Rosa he ganado un euro y medio y una pieza de fruta en media hora escasa, y si llego a tener un poco más de suerte, también habría almorzado gratis. Si lo comparo con el último curro que tuve en Bilbao, no me puedo quejar. Entonces tuve que hacer de segurata a la entrada de un puticlub, me pagaban tres o cuatros euros la hora, y el único regalo que podía recibir era un navajazo si no unas buenas hostias. Al final no voy a estar tan mal en esta isla.

De nuevo frente a la puerta de La Naval, me encuentro otra vez con José, el camarero. Está limpiando una mesa que se acaba de librar en la pequeña terraza montada en la acera, tan feliciano como siempre, cantando mientras trabaja. Hoy parece que toca flamenco, otras veces son arias o coros de óperas famosas. Levanta la mirada y cuando me ve, sin dejar de cantar, me alarga un platillo con un churro y medio que han dejado los últimos clientes. Acepto agradecido.

«Los primeros aborígenes de Gran Canaria se asentaron en esta península montañosa que llamamos La Isleta. Las cuevas de habitación excavadas en la toba volcánica eran una atalaya privilegiada desde la cual podían vigilar toda la bahía del Confital, Las Canteras y gran parte de la costa norte de la isla. En esta zona, también se han localizado una cantera prehispánica y varios talleres líticos donde los antiguos pobladores tallaban las piedras…».

Menuda chapa está soltando el monitor de las colonias de verano… Los preadolescentes se arremolinan en torno al joven guía, aunque algunos parecen más interesados en el cachondeo que se traen entre ellos que en la prehistoria de la isla. Está claro que estos chavales preferirían estar chapoteando entre las olas y no ahí,

perdiendo el tiempo con esos pedruscos, fósiles, lapas o quién sabe qué.

Sigo caminando mientras dejo la playa atrás. Por aquí suele haber siempre alguien paseando o haciendo deporte, y de vez en cuando recibo alguna mirada fugaz a la que respondo con un tímido saludo. Hasta que veo una pequeña fortificación levantada con pedruscos grisáceos. Para llegar a ella, salgo del sendero que linda con la base militar, y doy unos pasos en dirección al mar. Encuentro otras construcciones similares más adelante. Supongo que estos serán los búnkeres a los que se refería Ayoze. Aunque los que yo he visto por la costa vizcaína son diferentes, de hormigón y con aberturas desde las que disparar ametralladoras o cañones, no como estos, donde el único orificio que existe es el de la entrada.

El primero tiene una pequeña puerta de madera, bien cerrada con candado y cadena. Hay una vieja silla de playa a la entrada, pero de momento no veo ningún okupa por aquí.

Sigo hacia el siguiente, con cuidado de no pisar los cangrejos que salen de todas partes. ¿Tendrán buen sabor? Todavía no los he probado, pero podría introducirlos en mi dieta. Cuando estuve escondido en el Pirineo navarro, los cangrejos de río, junto a los caracoles y las setas, me solucionaron el menú de muchos días. No creo que por aquí abunden las setas, y tampoco los caracoles gordos como los que comía entonces, pero los cangrejos…

Este segundo fortín es bastante más grande que el anterior. Para acceder hay que bajar una pequeña rampa, la entrada está un poco por debajo del nivel del suelo, y hay un palé haciendo de puerta. Dos carteles en la pared despejan cualquier duda acerca de la hospitalidad del inquilino: *«Tino el Peligroso». «No pasar, peligro de muerte»*.

Y de repente, ¡hostia!, sale un bicharraco enorme por detrás de las tablas, un lagarto gris gigante que viene hacia mí a toda leche, abriendo la boca amenazadoramente. Hasta que frena en seco, a falta de un centímetro para alcanzarme. El animal mide por lo menos un metro de largo y, afortunadamente, está atado, veo una cuerda anudada a una de sus patas ¡Joder qué susto! Ahora permanece inmóvil, mirándome mientras yo me quedo hipnotizado con los rápidos movimientos de su lengua entrando y saliendo por su boca. En algún panel informativo de la playa del Confital pone

que en la península de La Isleta habita la segunda especie de lagarto más grande del mundo. Hasta ahora no me había topado con ninguno, pero seguro que este es uno de esos, y al parecer tiene muy mala hostia. Será mejor que salga de aquí cuanto antes, por si las moscas.

Continúo hacia el siguiente búnker, situado en una pequeña península a la que llego después de trepar unos metros de roca. Creo que este es el lugar donde para el Lagarto de Escaleritas. Junto a la entrada, veo dos sillas de playa con sus correspondientes sombrillas. Además, hay una placa solar en el tejado, y una caja de plástico llena de cascos de cerveza en el suelo. Aquí no hay palé ni puerta de madera, solo una cortina. Tampoco hay letreros disuasorios, únicamente unas letras blancas pintadas directamente en las piedras de la pared: *«Gaspar el Gallego»*.

—¡Ayoze! —llamo.

Nadie responde. Doy una vuelta a la construcción, y en la parte de atrás encuentro un pequeño gallinero con un par de gallinas. Unos metros más allá, un trozo de tierra delimitado con piedras que parece una pequeña tumba, sobre la que hay un ramillete de flores de plástico.

Vuelvo a la entrada. Me atrevo a descorrer la cortina.

—¿Ayoze? ¿Lagarto?

Nada, no hay nadie. Pero encuentro una cazuela llena de vainas cociéndose a fuego lento. Pronto oigo unas voces que se aproximan y me asomo al exterior. Es Ayoze, y viene acompañado de un hombre flaco y fibroso que lleva una visera azul y calza chanclas rojas. El tipo trae un balde lleno de cangrejos.

—¡Chacho, Touré! ¡Cómo me alegra tu visita! —El Lagarto de Escaleritas me ofrece su zarpa—. Mira, este es buena gente, se llama Gaspar, Gaspar el «Gallego» —señala a su colega—. Si no llega a ser por él, todavía estaría en la calle, pasando las noches al raso y sobreviviendo a base de bocatas de *chopped* y cerveza barata.

—Bienvenido a mi humilde morada —dice el tipo, dándome un fuerte apretón de manos. Tiene la piel curtida y mil arrugas alrededor de sus ojos claros. Resulta difícil calcular su edad, pero en la expresión de su cara intuyo un carácter vigoroso forjado a través de los años.

Entramos al búnker y el Gallego empieza a echar cangrejos a la

cazuela hasta que el agua rebosa.

—Saca tres cervezas, Lagarto —pide a su compañero, mientras vuelve a salir llevándose los cangrejos sobrantes. Desde la puerta puedo ver como los echa al mar.

Ayoze aparece con un botellín de Tropical para cada uno, y me hace un gesto señalando las sillas de playa.

—Tengo una sorpresa para ti, Touré —me dice, una vez que me he acomodado, y entra de nuevo al búnker.

Siento el botellín helado entre mis manos, por lo visto la placa solar les permite tener frigorífico además de cocina. La birra fría entra de fábula, este Gallego se lo ha montado de puta madre.

—¿Qué te parece, querido? —La voz de Ayoze me hace girar la cabeza, y doy tal respingo que casi se me sale por las narices el trago de cerveza que acabo de tomar.

—¡¿Qué coño es eso?!

«La luchada del siglo» dicen las letras grandes del cartel que Ayoze sujeta orgulloso mientras deja escapar una sonrisa pícara. *«El Lagarto de Escaleritas vs El León de Dakar»*, pone un poco más abajo. Y, en el medio, un dibujo a rotulador que podría haber hecho un crío de seis años, y que parece querer ser una cabeza de lagarto enfrentada a otra de león.

—No es definitivo, todavía podemos hacer algún cambio, pero dime, ¿qué opinas?

—Yo creo que tiene gancho —interviene Gaspar el Gallego—. Así está perfecto, atraerá mucho público.

Me he quedado sin habla. Pego un buen trago de cerveza mientras intento imaginar lo que están maquinando estos dos.

—No sé… —respondo, con tono inseguro—. ¿Cuál es el plan? ¿Liarnos a tortazos delante de la gente?

—Algo así —responde el Lagarto.

—Joder, ¿eres luchador profesional?

—Más o menos. Llevo *fleje* de años practicando la lucha canaria. En su día fui uno de los mejores puntales de todo el archipiélago, ¿sabes? Pero ahora… Ya no soy tan joven, y estoy pasando una mala racha.

—Pues que sepas que yo no he peleado en mi vida. Bueno, algunas hostias sí he repartido de vez en cuando, y también las he recibido, pero nunca me lo he tomado como un deporte.

—No te preocupes por eso. Con ese cuerpo que tienes vas a lucir tremendo en mitad del terrero.

—¿Y qué es el «terrero»?

—Un círculo grande de tierra, donde se hace la luchada.

Niego con la cabeza. Menuda ocurrencia absurda ha tenido este hombre.

—Además, yo no tengo nada que ver con Dakar. Soy de un pueblo que se llama Gorom-Gorom, en Burkina Faso.

—¿Y quién lo sabe? Eso da igual, nadie se va a enterar, tú di que eres de Dakar y punto. La cuestión es que en Senegal se practica una lucha muy parecida a la nuestra. Yo fui allí a bregar en mis tiempos de gloria y también luché contra senegaleses en las islas. A la gente de acá le gusta mucho este tipo de competiciones combinadas.

Me imagino el teatrillo y… no. Me parece absurdo, imposible.

—Es un buen bisnes, créeme. Podemos ganar fleje de pasta.

Acabo de oír la palabra mágica.

—¿Pasta? ¿De cuánto estaríamos hablando?

—Más de lo que te imaginas. Si nos sale bien, esto puede ser una mina.

De repente ya no me parece una idea tan descabellada. El lema de «todo por la pasta» que ha regido mi vida durante los últimos años retumba en mi cabeza y el cerebro empieza a carburar. Total… ¿Acaso no tengo una lista de oficios de lo más variopinta? He sido timador haciéndome pasar por vidente, he trabajado de gigoló, he sido cabezudo, toro de fuego, figurante de ópera, pastor, sicario, matón a sueldo, ladrón de joyas, segurata de puticlub, comisionista de inmobiliaria… Con un historial así, tampoco va a quedar fuera de lugar lo de luchador.

—Si aceptara, solo por probar, ¿cuándo lo haríamos? —pregunto.

—Este mismo fin de semana.

—Pero si hoy es jueves, ¿no? —dudo.

—Sí.

—Entonces, ¿dentro de tres días?

—Dentro de dos. El sábado.

Miro a Gaspar el Gallego. Sus ojos claros brillan.

—El Lagarto puede enseñarte unas mañas en poco tiempo, aquí

mismo.

No sé, no lo veo claro, pero tal vez…

—De todos modos —añade el Gallego, poniéndose en pie—, lo primero es lo primero. Las decisiones importantes se toman mejor con la tripa llena, ¿no te parece?

El olor del puchero ya llega hasta nosotros. Todo se hace mejor con la tripa llena, eso es verdad, y estoy harto de pasar hambre, que llevo un montón de años en Europa y sigo como el primer día. Es deprimente tener que levantarse cada mañana sin saber si habrá algo que llevarse a la boca o no. ¿Quizás podría vivir un poco mejor gracias a esta idea loca?

El Lagarto de Escaleritas sonríe y me tiende una mano para ayudarme a levantarme de la silla.

El espectáculo nocturno ha comenzado con un concurso de imitadores de una tal Raffaela Carrà, que debe de ser una cantante muy famosa. Todas las actuaciones van en la misma línea: ropa ceñida, lentejuelas, peluca de melena rubia, y coreografía con *playback* de las canciones que suenan por megafonía, todas muy marchosas: *«Para hacer bien el amor hay que venir al sur…, Fiesta…, Qué dolor…, Caliente caliente…»*. En el centro del escenario, el imitador, rodeado por su grupo de bailarines uniformados de manera muy llamativa, todo en un ambiente de puro jolgorio, entre vivas y aplausos del público entusiasmado. No hay ni una silla libre entre todas las que llenan la plaza más grande de La Isleta. Yo he encontrado un hueco para estar de pie entre un grupo de chavales africanos apalancados en un lateral, a pocos metros del escenario.

La primera parte del espectáculo ya me ha sorprendido, pero con las *drag queens* que vienen a continuación, alucino. Y los africanos que hay a mi lado, internos del cercano centro de acogida, flipan aún más, se están quedando todos con la boca abierta. Normal, estas cosas todavía no se ven en África.

Me dan un poco de envidia estos jóvenes. Las han pasado putas para llegar aquí, eso seguro, pero ahora parecen felices, ríen las ocurrencias de las *drag*, y algunos hasta se animan a bailar… Están contentos, sí, porque no se han perdido para siempre en su agotadora travesía por el desierto, porque su patera no se ha ido a

pique, porque han llegado enteros a la meta y la policía no los ha deportado, y, por encima de todo, porque tienen por delante una vida entera para intentar realizar sus proyectos de futuro en el paraíso. Así me sentía yo nada más llegar a España, lleno de ilusiones… No imaginaba lo que iba a venir después. Ojalá estos tengan más suerte que yo y no vean marchitarse todos sus sueños.

—¿Qué tal te las arreglas en la calle? —me pregunta uno de ellos, un joven maliense que, cuando llegué a Las Palmas, me ayudó a colarme en el centro de acogida camuflado con los de su grupo.

—No me quejo, podría ser mucho peor. Entre el comedor social y alguna buena gente que voy encontrando…, al menos no me falta comida. Y por las noches… Bueno, aquí no hace mucho frío, no es como en el norte de la Península —me consuelo—. ¿Y vosotros? ¿Qué tal ahí dentro?

—Bastante bien, tenemos comida y un sitio donde dormir. Además, nos han dicho que en unas semanas nos enviarán a la Península, y que si tenemos familiares o amigos allí, podremos reunirnos con ellos.

La música sube varios decibelios de repente haciendo imposible continuar la conversación. Todo el mundo mira hacia el centro del escenario, donde una *drag queen* acaba de arrojar al suelo el kimono rojo brillante que vestía, quedándose prácticamente en pelotas. Está de espaldas al público, contoneando provocativamente el culo, se da media vuelta y empieza a bailar subida a sus enormes plataformas, columpiando el aparato, apenas tapado con una minúscula funda. Y entonces, de pronto, pega un salto increíble, abre las piernas en el aire y aterriza haciendo un *spagat* perfecto. Creo que todos nos hemos quedado sin aliento. Joder, qué daño tiene que hacer eso… Y todavía sin darnos tiempo a recuperarnos de la impresión, se tumba boca abajo y empieza a menear la pelvis contra el suelo, como si quisiera fecundar la tierra, igual que los tres bailarines acompañantes, que imitan los mismos movimientos mientras una voz en *off* lanza proclamas a favor de la libertad sexual…

Un hombre bajito y regordete, vestido para la ocasión con pajarita y americana de lentejuelas de color rosa, presenta cada número recibiendo, entre bromas y con mucha complicidad, a cada una de las protagonistas: *Drag* Hefesto, *Drag* Némesis, *Drag*

Mercurio… Las actuaciones son espectaculares, y todas arrancan igual, con la protagonista plantada en el centro del escenario, subida a unas plataformas exageradas, coronada de plumas, llena de adornos y vestida con un traje alucinante que debe de costar un pastón. La música, que siempre empieza lenta, acelera bruscamente, y es entonces cuando la *drag* se queda en tanga para empezar a bailar, a pegar saltos, y a despatarrarse en el suelo haciendo contorsiones imposibles.

Drag Mercurio se despide mientras un gordinflón autóctono se acerca hacia nosotros engullendo un perrito caliente que se acaba de comprar en un *food truck*.

—¿Qué, ustedes no se animan? —Nos sonríe—. Todavía no tenemos ninguna *drag queen* africana, seguro que lo petaban.

Lo que me faltaba. En mi extenso currículum ya cabe cualquier cosa y lo de *drag queen* tal vez no iba a desentonar demasiado, pero con mi flexibilidad… lo tendría bastante crudo, todos los participantes que estamos viendo hoy parecen gimnastas profesionales. Además, no me veo subido a esas plataformas, no podría dar ni tres pasos sin romperme la crisma.

De momento me voy a conformar con la lucha canaria, a ver qué tal sale la ocurrencia del Lagarto. Esta misma tarde me ha enseñado algunas llaves y triquiñuelas para agarrar al contrario y tumbarlo sobre la arena, lo que ellos llaman «mañas». Me he sentido muy torpe, aún no las he aprendido bien, pero el Gallego dice que ya podría dar el pego. Mañana vamos a entrenar otra vez, y luego, por la noche, cenaremos en el restaurante de un tipo que, según parece, va a hacer de juez y presentador. Ahí dejaremos bien atado el plan, a ver si terminan de explicarme cómo demonios piensan hacerlo, porque no veo nada claro este asunto. En fin, una vez más, todo por la pasta.

El presentador, con tono de guasa, alaba las bondades de la próxima participante. Aún no son las diez de la noche, pero mi colega maliense me toca el hombro para despedirse.

—Nosotros tenemos que volver al centro de acogida antes de que cierren, ya sabes. Tú eres un privilegiado; aprovecha, eres libre para hacer lo que quieras. —Me hace un guiño mientras me estrecha la mano.

Me quedo solo viendo la actuación de *Drag* Eider, la octava y,

según parece, última *drag queen* de la noche. Va vestida como Jack Sparrow, acorde con la temática de su espectáculo, inspirado en *Piratas del Caribe*. Comienza recitando algunas frases de la película, pero enseguida se acelera el ritmo de la música, y entonces se arranca el disfraz y se queda con el culo al aire, exhibiéndose para gozo de un público entregado que se deshace en vítores. Resulta curioso, parece que todas las *drag* están deseando que llegue este momento cuanto antes, no entiendo por qué se gastan tanto dinero en esos vestidos tan espectaculares, si saben de antemano que apenas los van a llevar puestos unos segundos.

Efectivamente, se trataba de la última actuación. Ahora, el presentador explica que el jurado se reunirá para deliberar y decidir quién es la ganadora del concurso. Me fijo en el gordo del bocata, no muy lejos de donde me encuentro. Se está chupeteando los dedos, ya no queda nada del perrito caliente. Solo con recordar la buena pinta que tenía, empiezo a salivar. Meto la mano al bolsillo y toco algunas monedas sueltas que llevo dentro. ¿Me llegará para comprar uno como el que se acaba de comer ese tipo? No sé…, igual mejor me conformo con los cangrejos cocidos que han sobrado hoy al mediodía. Antes los he dejado escondidos detrás de una palmera, ya vendrán tiempos mejores. Quizás, si ese rollo de la lucha tiene éxito…

Aprovechando el «privilegio» de mi libertad, voy a buscar un lugar tranquilo donde pegarme el banquete a gusto, y luego escogeré hotel para disfrutar de esta noche estrellada.

2
SIRUM KING

Las calles de La Isleta nos dan la bienvenida cubiertas de alfombras de sal. Ayoze y Gaspar me han dicho que mañana, último día de fiestas, pasará por aquí la procesión de la Virgen del Carmen. Por lo que cuentan, va a ser una movida elegante, sacarán de paseo la imagen, acompañada de una banda de música y rodeada de estandartes. Me han explicado que los vecinos suelen traer para la ocasión toneladas de sal que tiñen de colores para cubrir con ella las calles por donde irá el paso. Todavía queda por terminar alguna de estas alfombras, pero la mayoría ya se pueden admirar. Lucen unos dibujos espectaculares: flores, hojas de árbol, estrellas, cruces, mariposas, incluso la imagen de la Virgen… No sé el tiempo que habrá costado hacerlas, pero se nota que han sido elaboradas con mucho cuidado y esmero.

Los habitantes de La Isleta son especiales, es algo que se nota a la legua. Lo mismo te organizan una procesión religiosa que un concurso de *drag queens*. Por un lado, son muy tradicionales, muy devotos de la Virgen, le hacen estas alfombras preciosas, le cantan,

le ofrecen flores… Y al mismo tiempo son de mente abierta, tolerantes, respetan la libertad sexual, aceptan con naturalidad al diferente… A pesar de ser gente súper humilde, o precisamente por eso, demuestran gran solidaridad con los inmigrantes africanos, lo cual nos facilita mucho la vida.

Caminamos hacia la parte baja de La Isleta con cuidado de no pisar las alfombras, en dirección al restaurante donde vamos a cenar. Antes, esta misma tarde, hemos vuelto a practicar unas cuantas mañas. Los colegas dicen que soy buen alumno y que lo voy a hacer fenomenal en la luchada de mañana, pero no sé yo…, me temo que va a ser todo lo contrario. Además, no termino de ver qué tipo de espectáculo tienen estos dos en la cabeza. Espero enterarme bien ahora, cuando nos reunamos con el tipo del restaurante.

Enfilamos por la calle La Naval, pasamos por la churrería-cafetería, que ya está cerrada, y veo que más adelante está el petardo del coreano, fumando, como siempre, a la puerta de su establecimiento. Antes de llegar hasta él, desvío la mirada para no tener que aguantar su jeta de imbécil mirándome. Cuando me doy cuenta, voy caminando solo.

—¿Adónde vas, Touré? —me grita el Lagarto—. Este es el restaurante.

Doy media vuelta maldiciendo mi suerte. No me lo puedo creer.

Ayoze hace las presentaciones:

—Aquí Touré, en adelante el León de Dakar, y aquí Jun, o mejor dicho, Sirum King, uno de los mejores campeones que dio la lucha coreana en toda su historia.

—Hola, esclavo —me dice por lo bajini, el muy hijoputa, sin alterar ni un ápice su inexpresiva cara de lechuza. Y encima el aliento le apesta a nicotina.

El coreano, fiel a su instinto de tocapelotas, empieza a vacilar a Ayoze con un chiste malo sobre su calva, y luego se dirige a Gaspar para cachondearse de sus chanclas coloradas. Este tipo se cree muy gracioso, pero qué a gusto le soltaría un par de hostias…

Jun hace un gesto para que pasemos al local. Antes de entrar me da tiempo a fijarme en el mogollón de cartelitos que tiene pegados en la fachada: *«¡¡¡Perro di tu dueño aquí no mear!!!»* junto a unas rayas mal hechas que, me imagino, pretenden ser la silueta de un chucho. Esto sí que merecería un buen chiste, pero ahora no se me

ocurre ninguno.

Al traspasar el umbral, compruebo que la pinta cutre que luce el restaurante por fuera no mejora en absoluto dentro: una barra desgastada llena de trastos, separada de la cocina por unas cortinas llenas de agujeros, paredes decoradas con hiedras de plástico trepando entre algunas fotografías que, con colores desvaídos, muestran una pagoda, unos rascacielos o una barquita a contraluz en un mar anaranjado por la puesta de sol. No sé qué rayos pinta aquí un paño bordado con la imagen de Jesucristo, pero aún más llamativo me parece el cartelito de *«Aprende coreano»* que cuelga junto al extintor y una maraña de cables sueltos. A la derecha, en lo que se supone el comedor, el mobiliario se limita a media docena de mesas y unas cuantas sillas distribuidas de cualquier forma, todas con aspecto de haber sido rescatadas de algún basurero.

Hay unas personas tomándose ya el café de la sobremesa, un par de parejas italianas, a juzgar por el acento. Basta con que entremos Gaspar, Ayoze y yo para que el local parezca lleno.

En el extremo contrario, al otro lado del bar, sentada en una mesa apartada, está la mujer de Sirum King junto a una niña. Los ojos brillantes y alegres de la cría contrastan con el semblante apagado y taciturno de la vieja. Seguramente habrá sido un calvario para ella aguantar a semejante marido un porrón de años. La señora se levanta, desaparece tras las cortinas y vuelve con un plato de fideos para cada uno sin esperar a que pidamos nada. Nos deja la comida en la mesa, hace un gesto de cortesía con la cabeza y regresa a su rincón sin articular palabra.

Hay que admitir que los fideos están cojonudos, tiene buena mano esta cocinera y, además, parece mucho más humilde que el boca-chancla de su marido. Mientras nosotros comemos, ella permanece sentada junto a la niña, con una mano posada suavemente sobre su hombro, observando con atención el dibujo que la pequeña está haciendo.

Jun anda a su bola desde que hemos entrado. Ahora está sentado en un taburete alto, aferrado al mando de la tele, con los ojos pegados a la pantalla. Tiene sintonizado un canal coreano en el que se está emitiendo uno de esos concursos de talentos en versión infantil. Las jovencísimas promesas van desfilando por el escenario,

vestidas y maquilladas como si fueran personas adultas en miniatura, con ropas muy elegantes llenas de brillibrilli. Al final, tras la actuación y la consiguiente lluvia de aplausos, los concursantes escuchan con cara de mucho interés las observaciones del jurado. Por lo visto, Sirum King conoce a todos los participantes, la edad de cada uno, su lugar de origen, su experiencia artística…

—¡Doce años! —dice sonriente a los guiris, mientras apunta con un dedo hacia el niño hortera de la pantalla—. Madre Corea, padre Vietnam, como Hae-Won. —Ahora señala a la chiquilla que está junto a su mujer—. Hae nieta, ocho años; mujer siete-ocho; yo siete-cuatro.

Cuando los italianos consiguen descifrar lo que dice el dueño del restaurante, le responden que aparenta ser mucho más joven. Y el muy bobo se levanta todo orgulloso y empieza a darse puñetazos en el estómago para presumir de abdominales. Luego se arremanga la camiseta y les enseña el bíceps, todo eso mientras la emoción le hace preso de una verborrea ininteligible.

—¿Cuánto tiempo lleva este personaje en Las Palmas? —pregunto a mis compañeros.

—Más que yo —responde Gaspar el Gallego—, y ya pasé de treinta años.

—¿Y todavía no habla bien en castellano?

—¡Qué va! Lo hace fatal, pero le importa un bledo y no se corta nada. La mujer, sin embargo, es más callada, a duras penas soltará tres palabras seguidas. —El okupa del búnker se encoge de hombros.

—Jun llegó a las Canarias con los primeros intercambios culturales —dice Ayoze—. Vino a hacer una exhibición de *Sirum*, de lucha coreana. En esa época se empezaban a organizar eventos internacionales para impulsar el arte de la lucha, que también nos une mucho a Senegal. Yo era nuevo en el mundillo cuando conocí a Jun. Por entonces él seguía en plena forma, a pesar de ser ya veterano. Me tocó luchar contra él varias veces, era un adversario rocoso, yo no le duraba ni diez segundos.

—Y mucho le gustaron las islas —añade el Gallego—, porque en uno de esos viajes culturales trajo a la parienta, montó el restaurante y se quedaron aquí para siempre. Hoy deben de tener

una porrada de hijos y nietos por ahí, repartidos por toda España.

Los italianos de la mesa de al lado piden la cuenta y se levantan para irse. Jun se despide de ellos haciendo reverencias, igual que su mujer, que ha salido de su rincón para ir a abrirles la chirriante puerta metálica de la entrada. Cuando los guiris desaparecen, el coreano da una orden a la niña y también esta sale del comedor, aunque no se dirige hacia la calle, sino hacia el otro lado de las cortinas raídas que hay detrás de la barra. Mientras tanto, su abuelo se sienta con nosotros, con el mando de la tele aún pegado a la mano, sin perder detalle de lo que ocurre en la pantalla. La cría no tarda mucho en volver, trae cuatro botellines de cerveza y nos obsequia con una sonrisa. El hueco que le ha dejado un recién caído diente de leche le da un toque simpático y travieso.

En cuanto se va la niña, el dueño del restaurante se gira hacia mí para decir:

—Hae-Won medio vasca, como tú.

—¿Pero no has dicho que su padre es vietnamita y su madre coreana?

—Padre malo, problemas. Fuera. Luego más problemas. Aquí bien.

No sé si he entendido bien el mensaje, pero, a decir verdad, tampoco me importa, a mí esa historia ni me va ni me viene. Sirum King vuelve a engancharse al concurso de talentos y, sin separar la vista de la tele, se dirige a Ayoze:

—¿Qué plan, Lagarto?

Me estoy dando un garbeo por el paseo de la playa de Las Canteras. Después de la cena, los okupas del búnker me han ofrecido alojamiento en su palacio, pero yo ahora prefiero estar solo, aunque todavía no sé dónde voy a echarme a dormir esta noche. De momento, una caminata me vendrá bien para ordenar ideas. Necesito reflexionar sobre ese plan que ha ideado la cabeza de chorlito de Ayoze y, sobre todo, convencerme a mí mismo de que podemos llevarlo a cabo.

Todavía hay muchas terrazas abiertas, y los artistas callejeros siguen esforzándose en hacer méritos para recibir las propinas de los últimos clientes. Hay un hombre bastante entrado en años entonando, guitarra en mano, una canción melancólica, y un poco más adelante, junto al restaurante «El Típico Español», una joven se

contorsiona haciendo posturas imposibles para pasar su cuerpo a través de unos aros de metal. La veterana vendedora africana que siempre está ahí con el género expuesto sobre una tela extendida al borde del paseo, admira boquiabierta la flexibilidad de la chica, que parece de goma. Mientras tanto, a pocos metros, un yonqui sentado en el suelo hace acopio de la poca energía que le queda y levanta un vaso de cartón hacia los transeúntes, por si alguno deja caer alguna moneda dentro. Es difícil calcularle la edad, está ahí, tirado en un margen del paseo, con los pies desnudos y llenos de pinchazos.

Los bancos que hay bajo las pérgolas dispuestas a lo largo del paseo suelen estar llenos de jóvenes africanos durante el día, pero ahora, cuando la mayoría de ellos han regresado al centro de acogida, son otras las personas que se sientan ahí. También son de procedencia africana, también inmigrantes, o quizás debiera decir refugiadas, son las mujeres saharauis. Van vestidas con la tradicional *melfa*, y sus bolsos de cuero y los móviles que manejan no parecen nada baratos. Conversan en grupos mientras sus hijos juegan en los parques de la playa. ¿De qué hablarán? ¿Acaso sobre el futuro de su país? Resulta llamativo ver tanta mujer musulmana a su aire, sin el marido pegado a la chepa, controlándola. ¿Dónde estarán los hombres? ¿Quizás en el Frente Polisario luchando en esa guerra antiimperialista de nunca acabar? ¿Presos en cárceles marroquíes? ¿Muertos?

En las Islas Canarias, como en el País Vasco, hay un fuerte movimiento de solidaridad con el Sahara Occidental, pero me temo que todos los esfuerzos que se hagan a partir de ahora en favor de su causa resultarán inútiles. El futuro de estas personas es aún más oscuro ahora que el Gobierno Español ha vuelto a dejar vendido al pueblo saharaui para arreglarse mejor con los gobernantes marroquíes. Al mundo del norte se la suda lo que pase con la gente que vive por debajo del Estrecho. Me imagino que en Europa se estarán felicitando porque con el nuevo trato entre España y Marruecos hay menor riesgo de que lleguen las hordas invasoras de África. Ahora, la policía marroquí, que de por sí ya da miedo, no es que nos vaya a putear todavía más, que lo hará, es que tendrá mayor impunidad para hacer con nosotros lo que les dé la gana cuando nos pille cruzando por su territorio.

Compro otra lata de cerveza en una pequeña tienda india. Ya es la tercera; pero, al parecer, el dinero dejará de ser una preocupación para mí a partir de mañana, gracias al plan que hemos tramado antes en el Danbam, así que puedo gastar sin remordimientos las últimas monedas en una birra. Además, con este calor, me va a entrar de cine.

Sigo paseando hasta la entrada del hotel más elegante de Las Canteras, el Reina Isabel. No sé cuántas estrellas tiene, un montón, y se me ocurre que, dentro de poco, a lo mejor puedo hospedarme en él. Aun así, por el momento, al menos esta noche, tendré que apañármelas en algún rincón con menos *glamour*, y ya va siendo hora de que decida cuál, porque me conviene afrontar la tarea de mañana bien descansado. Doy media vuelta para ir hacia La Isleta. La playa de Las Canteras es tentadora, pero aquí hay demasiada luz y sería difícil que pudiera dormir sin que nadie me molestase.

Deshaciendo mis pasos, veo la mayoría de las terrazas vacías y ya recogidas. Con el público, los artistas callejeros también se van retirando, solo la vendedora africana sigue al pie del cañón. Parece bastante mayor y, aunque lleva todo el día sentada en el suelo, porta con elegancia y sin arrugas el *bubu* multicolor, incluida la pieza de tela bien tiesa que le cubre la cabeza. No parece tener prisa por irse; al verme pasar, me hace un gesto con la mano para que me acerque hasta ella.

—Pareces preocupado —dice.

—Bueno, ¿quién no tiene preocupaciones?

Todavía pasa frente a nosotros un vendedor despistado en retirada, con la tienda a cuestas, cargado hasta arriba de juguetes luminosos y baratijas varias: yoyós, anillos, pulseras, collares, orejas de conejo…

Las arrugas del rostro de la mujer se notan más bajo la luz de las farolas. Tiene la mirada penetrante de quien ya lo ha visto todo, y un montón de cicatrices cruzando por su piel, unas verticales y otras horizontales.

—¿Eres de Senegal? ¿De Malí…? —me pregunta.

—De Burkina Faso, ¿y tú?

—De Benín. —Me mira fijamente—. Ya sabes que los benineses tenemos un don para la magia.

—Sí, ya lo sé.

—Si quieres, yo podría ayudarte con ese problema que te preocupa.

—¿Echándome los cauris?

—Sí, escuchando lo que nos digan.

—A cambio de veinte euros, ¿verdad?

—Yo suelo cobrar treinta, pero a ti te lo dejaría en veinte.

Se saca una bolsita de no sé dónde, y no puedo evitar sonreír al escuchar el tintineo de las conchas. ¿Cuánto tiempo habrá pasado desde el que fue mi primer oficio en Bilbao?

—¿Sabes que yo antes también echaba los cauris? —le pregunto.

—No pareces vidente.

—Porque no lo soy, pero no tenía ni un céntimo, y de algún modo había que ganarse el pan.

—No hay que hacer trampas con la magia. Los espíritus podrían castigarte.

—En esa época no me quedaba otro remedio, era eso o morirme de hambre. Y sí, ya me han castigado bastante desde entonces, pero no solo los espíritus, los vivos dan más miedo.

Siento la mirada de la mujer clavándose en mí un poco más profunda. Al final, mueve una mano hacia su lado y me dice:

—Anda, siéntate.

—No tengo dinero.

—Da igual, siéntate.

Obedezco. La supuesta vidente saca los cauris de la bolsa, los recoge en sus palmas y los acerca a mi cara.

—Diles cuál es tu problema.

Lo mismo que hacía yo con mis clientes, los muy inocentes. Ahora, sentado al otro lado, me siento un poco ridículo. Pero venga, ya puestos, les susurro algo sobre el dudoso plan de mañana.

La mujer se lleva hacia los labios las manos con los cauris y murmura algo que no llego a comprender. Luego los deja caer esparcidos sobre la tela extendida entre nosotros dos.

—Tendrás éxito en ese proyecto nuevo —dice, sin levantar la vista de las conchas, después de unos largos segundos observándolas—. Al principio. Luego las cosas se torcerán —puntualiza.

¡Vaya! Eso me suena. Es mi puto destino, no puedo escapar de

él. Cuando parece que, por fin, podré salir del hoyo dejando atrás mi mala suerte, sucede algo que lo jode todo y vuelvo a la casilla de salida. Es como si estuviera atrapado en una rueda que no deja de dar vueltas.

Me quedo callado, sin compartir mi pensamiento con la adivina. Ella vuelve a mirarme, también en silencio, y me doy cuenta de que lleva un colmillo colgando de un pendiente. Podría ser de mono, y la bolsita diminuta que cuelga de su cuello tampoco es un simple adorno sino un *gri-gri*. Puede que esta mujer sea una auténtica adivina, nada parecido al farsante que era yo. Eso o es una actriz de la hostia.

Ahora saca una hilera de cauris cosidos a una tira de cuero.

—Ponte esto en el cuello, te dará buena suerte.

—Lo que te he dicho antes es cierto: no tengo ni una moneda —respondo, sin aceptar el talismán.

—Ahora no, pero dentro de poco tendrás los bolsillos llenos. Acuérdate de mí entonces, vuelve aquí y, si quieres, compra algo de lo que vendo; pero los *gri-gri* se regalan, nunca se paga por ellos.

Dudo un momento.

—Pues muchas gracias —termino aceptando.

—¿Cómo te llamas?

—Touré. ¿Y tú?

—Aminata.

Anudo la cinta de cauris alrededor de mi cuello, me levanto y dejo a la vendedora-vidente recogiendo su género. No me ha venido mal estar con ella, me alejo caminando con un extraño sentimiento de confianza. Siempre he tenido dudas sobre el verdadero poder de los cauris, las ceremonias que yo montaba en Bilbao eran una farsa para embaucar incautos, pero ahora, aquí, tengo la sensación de haberme topado con algo diferente, tal vez auténtico. El tiempo lo dirá.

Llego al Real Club Victoria. La música del interior se oye desde la calle y hay bastante trasiego a la puerta, todo gente muy refinada. Continúo hasta el final del paseo de Las Canteras, lo que llaman La Puntilla. Me detengo indeciso, no me apetece ir hasta la playa del Confital, creo que me quedaré a dormir en alguna plaza solitaria de La Isleta.

Pero aún tengo que hacer algo antes de sobar. Googleo en el

móvil «Lucha coreana, Sirum King», y echo a andar por la calle La Naval mientras aparecen en la pantalla bastantes artículos y vídeos de Jun. Parece que el simpático coreano fue de verdad un figura de la lucha. Guardo el teléfono en cuanto llego al restaurante. Me detengo frente a la entrada, miro a un lado y a otro, comprobando que no hay nadie, sonrío, y… me saco la chorra para echar una buena meada. ¡Ahí van las tres latas de cerveza que me he metido en el último rato! Me divierto apuntando a las pegatinas que claman contra el pis de los perros, dejo la fachada pingando y, ya de paso, también doy una pasada por la puerta, insistiendo en la manilla y en la cerradura. Me da tiempo a hacer un trabajo a conciencia antes de vaciar completamente el depósito. Recojo la manguera mientras miro con orgullo el reguero kilométrico que corre por el borde de la pared. Me he quedado más a gusto que nunca, creo que hoy dormiré a pierna suelta.

Desde La Naval, subo tranquilamente hacia la Plaza del Pueblo, por la calle Princesa Guayarmina. Y a falta de unos metros para llegar, ¡¡joder qué susto!! ¡¿Otra vez Batman?! ¿Me habrá visto regando la puerta del coreano? Bah, qué más da, este tipo va a lo suyo, no creo que deba preocuparme por él. Cruzamos nuestras miradas apenas un segundo, y sin más, el tío sigue como si yo no estuviera. Se ha plantado a la entrada de un bloque de apartamentos turísticos que aún no han terminado de construir. Juraría que eso que lleva en la mano es un bote de silicona… ¡¿Será cabrón?! Está taponando las cerraduras y todas las rendijas que encuentra. En menos de un minuto, termina de sellar todo lo que le da la gana, pone una pegatina en la puerta, saca un espray, firma con la silueta del murciélago, y desaparece, no sin antes despedirse de mí: miradita y levantamiento de pulgar.

Leo la pegatina: *«Fuera apartamentos turísticos. Refugiados sí, turistas no. Batman de La Isleta»*.

3
ELADIO MONROY

De rodillas sobre la arena, el Lagarto y yo, frente a frente. Descalzos y a pecho descubierto. Solo llevamos unos pantalones cortos y una tira de tela dura enrollada a la cintura y anudada en un muslo. Esperamos la señal del juez, precisamente Jun, para engancharnos y dar comienzo a la pelea.

—¡Antes lucha canaria, ahora Corea! ¡¡¡Siiirum!!! —grita por el micrófono Jun, que además de juez también hace de *speaker*—. ¡Ahora no camiseta, sí cinturón! Canarias: Lagarto Escaleritas dos, León Dakar cero. ¿Corea Sirum qué? Ahora ver.

No creo que el centenar de personas reunidas alrededor del círculo de arena entiendan mejor que yo lo que suena por megafonía. Pero parecen contentos, y el ambiente está suficientemente caldeado. De momento ya han pagado 20 euros para ver el espectáculo, lo que supondrá 2.000 pavos solo de las entradas. Luego está lo de las apuestas, que es lo que realmente da pasta. Eso lo lleva Gaspar el Gallego. Anda por ahí, incitando al público, como hacen los corredores de apuestas de los frontones. En

una mano lleva una libreta y en la otra alarga su visera azul hacia los espectadores para que estos encesten en ella los billetes que se juegan.

Obedecemos al juez Sirum King cuando nos manda agarrarnos otra vez, todavía arrodillados, apoyando el cuello contra el del adversario y sujetándonos el uno al otro por el cinturón, quedando así unidos en una especie de abrazo. La cabezota calva de Ayoze chorrea sudor, siento un hilillo que me baja por detrás de la oreja que tengo pegada a él.

—¿Recuerdas el plan, Touré? —me susurra al oído justo antes de que suene el silbato.

—Creo que sí —respondo al mismo tiempo que empiezo a tirar de su cinturón, dando comienzo a la segunda parte del teatrillo.

Se supone que antes hemos hecho una exhibición de lucha canaria, vestidos con pantalón corto y camiseta. Han sido dos agarradas que ha ganado el Lagarto de Escaleritas con hábiles mañas para derribar y vencer al «gigante senegalés». Ahora me toca ganar a mí. Empujándonos de frente, con el cuerpo inclinado hacia delante, parecemos dos ciervos en celo peleando por la hembra. Aguantamos así un rato hasta que Ayoze, según lo planeado, me dice a la oreja: «ahora». Y meto una pierna entre sus tobillos haciéndole caer al suelo.

—¡Lagarto Escaleritas dos, León Dakar uno! —anuncia por el micrófono Jun, mientras Gaspar reparte unos cuantos billetes entre los que han ganado la apuesta. De momento no son cantidades muy grandes, parece ser que se mueve más pasta al final, cuando se trata de adivinar quién será el ganador absoluto.

Igual que antes, ahora el vencedor ayuda al vencido a ponerse en pie, y este último reconoce el triunfo de su rival levantándole un brazo bajo la ovación del público. A lo mejor resulta que hasta soy buen actor. Algún día debería probar en el mundo de la interpretación.

Repetimos el paripé, y tras un enfrentamiento más largo que los anteriores, también me llevo el punto de la cuarta agarrada.

—¡¡Empate!! —grita el *speaker*—. ¡Lucha canaria, lucha Corea, dos-dos! ¡Senegal falta! ¿Quién favorito? ¡¡¡Apuestas!!!

Empiezan a sonar los *djembes*. Son tres senegaleses, estos de verdad, unos que hemos fichado en el centro de inmigrantes a

cambio de una propinilla. Sirum King viene y me pone un collar y unos brazaletes de colmillos de plástico. Después coge una botella de aceite, me vacía la mitad encima y el resto lo echa sobre la cabeza de Ayoze. Nos embadurnamos bien todo el cuerpo mientras Jun se agacha para coger unos puñados de arena que nos tira encima. La arena se nos queda pegada a la piel dándonos un aspecto fantasmagórico, o quizás solo ridículo. La percusión suena cada vez más fuerte, el ritmo se acelera… Y Gaspar llena su visera varias veces.

Volvemos al centro del círculo y nos ponemos frente a frente, esta vez en pie. Ayoze levanta las manos hacia el cielo y empieza a hacer como si rezara a los dioses aborígenes canarios. Yo miro al frente, cierro los ojos y aprieto los puños, como solicitando ayuda a los espíritus de mis ancestros. Mientras tanto, el de la megafonía sigue diciendo chorradas:

—León Dakar antes esclavo, ahora libre y hechicero. Senegal lucha deporte nacional, fútbol no, lucha. ¡Magia, espíritus…! Lagarto Escaleritas, ¿qué? ¿Preeeeeparados?

Alzo la frente y, al abrir los ojos veo al Lagarto con su mirada fija en mí. Saca la lengua y la mueve entre los labios, igual que hace siempre en los segundos previos a cada agarrada. Quizás eso le ayude a concentrarse antes del ataque, o tal vez sea un gesto amenazador para poner nervioso al contrincante, no sé. De cualquier modo, ahora entiendo de dónde le viene el apodo.

—Senegal dos luchas —Sirum King grita al micrófono intentando que su voz se escuche por encima de la percusión—. Una no golpes; otra, golpes. En huevos no, prohibido. Hoy también una lucha no golpes, una lucha golpes puñetazos. ¿Preeeeeparados?

Los *djembes* callan, suena el silbato y comienza el tercer acto de la función, el más esperado por el público, el más espectacular.

Con el cuerpo untado de aceite es difícil agarrar al contrario y, con esa disculpa, simulamos estar a punto de caer varias veces. Luego nos enganchamos de los pantalones y empezamos a tirar. Tal y como tenemos acordado, Ayoze enseguida me hace retroceder a empujón limpio; pero solo tengo que dejarme someter al principio, en un momento habrá que dar la vuelta a la tortilla por sorpresa. Pego un bramido a lo bestia y contraataco, es mi turno, me toca demostrar que soy el más fuerte. El Lagarto retrocede poco a poco,

cediendo a mi presión hasta que lo saco del círculo. Los *djembes* celebran mi victoria.

—¡León Dakar tres, Lagarto Escaleritas dos! ¡Una lucha falta, ahí decidir! ¡Si empate, último ganador ganar!

Durante el último descanso, Gaspar descodifica para el público el mensaje del *speaker* y grita a viva voz que el vencedor de la sexta agarrada será el campeón absoluto de hoy, aunque el resultado final sea un empate a tres puntos. Al mismo tiempo, sigue animando a hacer apuestas, con su visera tendida hacia la gente.

—¡Ahora golpes puñetazos! ¡Huevos no! —insiste el señor juez.

Nos hace volver al centro del círculo y comienza el asalto definitivo. Me cuesta cumplir con lo acordado, pero me consuelo recordando el consabido «todo por la pasta», y endiño el primer tortazo al Lagarto. Se me abraza y me dice al oído: «¡Chacho, con la mano, no, con el puño! Y más fuerte». Nos desenganchamos y obedezco: Ahí va una buena hostia en los morros, otra en toda la tripa, la tercera directa de nuevo a la cara… Oigo el rugido de la grada, ahora las apuestas deben de estar muy a mi favor, esa es la idea. Ayoze simula estar a punto de caer, me intenta asestar un golpe, pero lo esquivo ágilmente. Viene y vuelve a rodearme con sus brazos, empapándome en su sudor aceitoso. Este será el último abrazo antes de terminar el espectáculo, lo alargamos un poco para incrementar la emoción, el público está enfervorizado, todos gritan en pie agitando los brazos en alto. Pero hay un tipo que me llama la atención. No tiene nada que ver con el resto, nos observa muy serio desde su asiento en la primera fila, sin mover una pestaña. Es un tío macizo, con la cabeza rapada y una cicatriz en la mejilla derecha. No me gusta su pinta.

—¡Toureeeee! —me susurra al oído el Lagarto de Escaleritas—. ¿Qué coño haces? ¡Venga!

Recuerdo súbitamente el final del plan, me deshago del Lagarto con un empujón y me preparo para dar el puñetazo definitivo, pero inesperadamente —para el público, claro—, el luchador canario reacciona esquivando el golpe y me propina un gancho en la mandíbula que me deja KO. KO de verdad.

No he debido de pasar mucho tiempo inconsciente. Un par de sopapos y el chorro de agua que me echan a la cara terminan de

despertarme. Al abrir los ojos me encuentro con la jeta de lechuza de Jun.

—Muy bien, esclavo.

Me incorporo, veo a Ayoze, que ya se ha puesto la camiseta, recogiendo en el regazo las monedas y billetes que le arrojan desde la grada.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Ganador propinas. Pero tranquilo, al final todo todos.

Gaspar el Gallego está entre el público, haciendo cuentas y repartiendo billetes. Cuando termina, paga a los percusionistas senegaleses para que puedan irse. Después se le acerca un hombre pequeño que lleva un sombrero de paja, le dice algo al oído y le entrega una bolsa que no sé qué contiene. El del sombrero también se marcha. Busco entre el público que aún queda entre las gradas, el tipo rapado de la cicatriz ha desaparecido, qué mala espina.

La mandíbula me duele después del último golpe del Lagarto. ¿Era necesario que me diera tan fuerte? Cuando acaba de recoger todas las propinas, viene adonde nosotros con las manos llenas y le pregunto a ver de qué va, que casi me arranca la cabeza.

—Perdona, querido, es que el teatro hay que hacerlo bien para que resulte creíble. Si no, la gente acabaría sospechando. —Echa las propinas en la misma caja de cartón donde el Gallego ha depositado las ganancias de las apuestas.

—¿Cuánto habrá en total? —le pregunto a Ayoze, mientras se me hace la boca agua al ver el montón de dinero que parece haber en la caja.

—Bueno…, una parte se va para el alquiler del terrero, que nos cobran quinientos euros. Y después de todos los gastos… —El Lagarto mira a Gaspar el Gallego.

—En total… —calcula este— quedarán unos mil euros por cabeza.

Se me quita de golpe el dolor de mandíbula, y noto que los ojos se me ponen como platos.

—¿Chacho, qué? ¿Mereció la pena o no? —me pregunta el Lagarto de Escaleritas, con cara de satisfacción. Mi respuesta es automática:

—¿Cuándo montamos otra luchada de estas?

—Pronto —dice riendo—. Nuestro espectáculo es la leche, y si

hacemos bien la promoción, la próxima vez vendrá mucha más gente. Por lo tanto, más apuestas y más guita para nosotros.

—Pero vamos a pensar bien dónde y para quién lo hacemos —dice el Gallego, con cara de preocupación—. ¿Viste quién estaba entre el público?

—Sí.

—¿Y?

—Al toro hay que agarrarlo por las pelotas. Ahora mismo arreglamos ese tema —sentencia antes de volver la cabeza hacia mí —. Y para eso, me vendrá de perlas que te vengas conmigo.

Estamos en el número 15 de la calle Murga, esperando respuesta después de pulsar uno de los timbres. Nadie contesta. El Lagarto lo intenta otra vez, pero es en balde.

—No está en casa —concluye.

Y echamos a andar calle abajo.

—Todavía no me has explicado bien cuál es el plan —protesto.

—¿Aún no te enteraste, compadre? Estamos intentando localizar al calvorota que entró al terrero en el último momento.

—Eso ya lo sé, pero ¿quién es?

—Se llama Eladio Monroy, y es el tipo más duro que conozco en Las Palmas. Si alguna vez te topas con él, mejor que sea para echar un cortadito, créeme. Puede ser muy peligroso, y no es buena señal que aparezca ahora.

—¿Tienes algún problema con él, o qué?

—Yo con él ninguno, pero él conmigo puede que sí. Te aseguro que hoy no ha venido a disfrutar del espectáculo ni a jugarse los cuartos.

—Entonces, ¿qué buscaba?

—Vete tú a saber, ese tipo hace encarguitos a cambio de dinero. Por lo que me contaste, más o menos como tú en Bilbao, ¿no? Seguramente vio que hoy teníamos refuerzos —hace un gesto refiriéndose a mí—, y prefirió dejar para otro momento lo que tuviera previsto.

Continuamos andando pensativos, en silencio durante unos metros.

—Tenemos que adelantarnos antes de que nos monte un pifostio —dice Ayoze—. Hay que enterarse de quién lo contrató y para qué. Después, intentaré hacer un trato con él.

Escuchando al Lagarto, me viene a la mente cierta época de mi vida en Bilbao, seguramente la más dura, dejando a un lado el asesinato de mi hija. La pasma me tenía cogido por los huevos y me vi obligado a ser su chivato. Eso al principio, porque después también me enviaron a dar alguna paliza, e incluso tuve que hacer desaparecer a alguien. ¿Será eso a lo que se dedica el tal Eladio Monroy? Y, de ser así, ¿qué méritos habrá hecho la cuadrilla del Lagarto para recibir la visita de semejante personaje? Me huelo que no me han contado ni la mitad de su recorrido como timadores.

Salimos a la calle León y Castillo y, después de caminar un rato, nos encontramos frente a un bareto de nombre Casablanca. Ayoze hace ademán de entrar, pero un tío con un ojo chungo le cierra el paso.

—¡Jodido machango! ¡Hay que tener mucha jeta y muy poca vergüenza para aparecer por aquí! —increpa al Lagarto, amenazando con tirarle a la cabeza el mando a distancia que lleva en la mano.

—Estoy buscando a Eladio, solo quiero hablar con él.

—Eladio no está aquí. Y tú, ¿ya trajiste lo que me debes?

—Yo no te debo una mierda.

—¡Me cago en la leche! ¡Serás hijoputa!

El tasquero estruja el mando con rabia mientras me mira de reojo. Resulta complicado interpretar la mirada de un tuerto, aún más con el ceño fruncido, pero yo diría que no se fía de mí. El Lagarto, en todo caso, pasa olímpicamente del tipo y echa un vistazo desde la puerta. Hay una señora metiéndose un copazo en la barra, un hombre echando monedas en una tragaperras, un currela comiéndose un pincho… Ningún calvo con la cara marcada.

—Si lo ves, le dices que quiero hablar con él.

—Ni de coña.

—Me lo imaginaba.

—Y la próxima vez… —el tuerto deja la frase en suspenso, como si dudara—. La próxima vez te vienes sin guardaespaldas, a ver si tienes huevos.

—Relájate, Casimiro, que no pienso volver.

Nos alejamos del Casablanca bajo el chaparrón de insultos que nos lanza el dueño.

—¿Qué le has hecho al pobre Casimiro? —pregunto después de

un rato caminando en silencio.

—¿Yo? Nada.

—Entonces, ¿a qué venía esa mala hostia?

—Tiene mal perder, eso es todo. No supo apostar bien, y claro, ahora me echa la culpa a mí.

—Eso ocurrió en uno de vuestros espectáculos, ¿verdad?

—Sí.

—Si le habéis timado, normal que se mosquee, ¿no?

—Bueno, chacho, todo es relativo, aquí cada uno mira por lo suyo.

Caminamos tranquilamente, hasta que la aparición de un trío de aspecto tétrico nos anima a acelerar. Son dos mujeres blancas vestidas de negro y un hombre negro vestido de blanco, que nos salen al paso con un cartel que anuncia *«Clases de Biblia gratis»*.

Por este barrio también se ven bastantes pedigüeños con aspecto de yonqui. Van por ahí, deambulando con un vaso de cartón en la mano, esperando que alguien les preste atención y deposite dentro alguna moneda. Los hay que no tienen energía ni para mantenerse erguidos, van arrastrando los pies, cabizbajos, con la mirada fuera de este mundo. Nos cruzamos con uno de ellos en un tramo estrecho de la acera, y después tenemos que pegarnos a la pared para dejar pasar a una abuela cargada con bolsas de la compra. Instintivamente, casi me lanzo a ofrecerle ayuda: Deformación profesional que espero corregir pronto si el pufo de la lucha sale bien. Con un poco de suerte no tendré que hacer trabajillos de ese tipo nunca más. ¿Será posible, por una vez en mi vida, que algo me salga bien del todo?

Al girar en un cruce, aparece un taller de coches. Betancor, pone en el rótulo de la entrada. Y para allá vamos.

—¿Aquí nos van a recibir como en el bar? —pregunto con suspicacia.

—No, seguramente peor.

Joder, no andaba desencaminado el colega. Apenas ponemos un pie en el taller, nos da la bienvenida un pequinés rabioso ladrando como un loco. El chucho pone en alerta a un hombrecillo vestido con un buzo grasiento. En cuanto este nos ve, deja el coche que estaba pintando de rojo brillante y agarra una llave inglesa más larga que su propio antebrazo. El maromo viene hacia nosotros

gritando «¡Dudu!», y casi en el acto aparece junto a él un negro empuñando un martillo de tamaño muy respetable. De todos modos, ninguno de ellos da mucho miedo; el del buzo es un pequeñajo que no tiene media hostia; el africano, un escuchimizado con pintas de buen tipo; y el perro patada…, en fin.

—Hola, Chapi ¿qué pasó? —saluda Ayoze, con tono cordial—. ¿Todo bien últimamente?

—Peor imposible, desde que tú me la jugaste. ¿Qué coño haces aquí?

El tal Chapi me mira y recula un poco. Su acompañante tampoco me quita ojo. Ahora entiendo por qué me quería el Lagarto a su lado.

—Estamos buscando a Eladio.

—Pues no está aquí.

—Ya lo veo, pero… ¿No es ese su coche?

—¿A ti qué coño te importa?

—¿Eligió él ese color tan cantoso?

—Que te den por culo.

—Si lo ves, dile que tenemos que hablar.

—Vete a la mierda.

Nos quedamos todos callados un momento, todos menos el puto pequinés. Ayoze señala con la cabeza el calendario de la pared, que va con un mes de retraso. En él aparece una rubia sonriente enseñando las tetas. Unas tetas enormes.

—Tendrás que pasar la página algún día ¿no?

—La pasaré cuando me salga de los huevos.

—¿No te has hecho ya bastantes pajas con esa foto?

—A mí las pajas me las hace tu puta madre.

La pareja se da un respiro. Dudu me mira inquieto, le guiño un ojo y parece relajarse un poco.

—Bueno, pues tal y como están las cosas —dice Ayoze—, casi mejor si nos largamos de aquí, ¿no? —Me da un toque con el codo mientras hace un gesto señalando la calle con la cabeza.

Salimos caminando como los cangrejos, sin dar la espalda al trío, por si acaso, y nos alejamos del taller.

—Otro con mal perder, ¿no?

—¡Ños! ¿Cómo lo adivinaste?

—¿Cuánta gente os odia por culpa de las apuestas?

—¡Bah!

—¿La mitad de los habitantes de la isla, más o menos?

—Más o menos. Pero todavía nos queda la otra mitad para metérsela doblada —dice riendo—. Y en el archipiélago tenemos siete islas.

Me pregunto si este atolondrado piensa llevar nuestro espectáculo de isla en isla. Por mi parte, si las ganancias fueran siempre como las de hoy, no pondría ninguna objeción.

—Quería preguntarte algo —cambio de tema—. Después de la luchada, un hombre ha ido a hablar con Gaspar, uno pequeñajo, moreno, con un sombrero de paja. Parecía que estaban trapicheando. ¿Quién era?

—¡Ah! Ese es Tino el Peligroso.

—Me suena el nombre…, pero no sé de qué.

—Vive en el búnker de al lado.

Enseguida lo recuerdo.

—¡Claro! Vi su nombre escrito a la entrada.

—¿También viste a su mascota?

—Ya lo creo, ¡menudo susto me dio!

—Si no fue más que el susto, puedes estar contento. El peligroso de verdad no es el dueño, sino el animalito. Tino le da carne para comer y es capaz de tragarse cualquier cosa. ¿No te fijaste en una tumba pequeñita que hay al lado de nuestro búnker?

—Sí.

—Pues ahí está enterrado mi perro, o lo poco que quedó de él después de que un día se acercara demasiado al búnker de Tino y lo enganchara ese bicho.

—¡Joder!

—Otro día le entró un pibe a robar y el lagarto le comió las pelotas.

—¡No! ¡Me tomas el pelo!

—¡Qué va! Cuando ataca a los tíos siempre busca los huevos.

—¿Lo has visto con tus propios ojos?

—No, eso me lo contó Tino, pero yo le creo. Ya te avisé: no te acerques jamás a la entrada de ese búnker.

Sea verdad o no esa historia, no tengo ninguna intención de ignorar el consejo de Ayoze.

—¿Qué trato tiene Tino el Peligroso con vosotros? —pregunto.

—Es una especie de cebo. Conviene tener un cómplice entre el público para fomentar las apuestas —me hace un guiño—. Hoy solo nos trajo dinero en efectivo, pero otras veces también consigue relojes caros, joyas y cosas por el estilo.

—Pues sí que tenéis bien organizado el tinglado.

—Chacho, llevamos mucho tiempo haciéndolo. Pero —Ayoze se detiene al doblar una esquina—, mejor si nos olvidamos del trabajo un momento para tomarnos un respiro, ¿qué te parece? No veo necesidad de seguir buscando a Monroy por ahora. Aunque nos hayan mandado a tomar por culo, Casimiro y el Chapi correrán a decirle que andamos buscándolo y será él quien nos encuentre. Mientras tanto, podemos empezar a disfrutar un poco del dinero que hemos ganado dándonos de hostias.

El Lagarto señala con la cabeza hacia la fila de casas que tenemos a la izquierda, en la calle Molino de Viento. Son construcciones de una sola altura con las fachadas pintadas de diferentes colores. Lo más llamativo son las mujeres, una junto a cada puerta. Algunas en pie, otras sentadas en una silla, sus ropas y poses provocativas no dejan lugar a dudas sobre su oficio.

—Después de la paliza que nos dimos, nos merecemos un buen polvo, ¿no te parece? —propone Ayoze.

No sé qué nos merecemos, pero desde luego que eso no es lo que me pide el cuerpo ahora. Además, estas mujeres me recuerdan demasiado a las prostitutas de la Palanca, las que se convirtieron en amigas y compañeras de penas durante mi última etapa en Bilbao, su lamentable situación, sus calamidades, su futuro aún más incierto a causa de la nueva ley de la prostitución…

—Tú haz lo que quieras —respondo—, yo prefiero tomarme una cerveza fresca tranquilamente.

—*No problem*. ¿Me esperas por aquí cerca?

—En la calle Murga, cerca de la casa de Eladio Monroy, he visto un irlandés, o algo parecido. Tenía buena pinta. ¿Sabes cuál te digo?

—Claro, el *Irish Corner*.

—Pues te espero ahí, en la terraza, ¿vale?

—Vale.

El Lagarto de Escaleritas se despide y va directo hacia una casita pintada de verde claro. La mujer de la entrada le recibe con una

sonrisa, le coge de la mano y se lo lleva dentro.

Para cuando regresa el Lagarto, ya me voy por la tercera birra. Se sienta a mi lado y pide otra para él. Tiene cara de satisfacción.

—¿Qué? ¿Se te hizo larga la espera? —pregunta.

—¡Qué va! He estado entretenido con la charla de esas señoras y sus absurdas teorías —miro hacia unas mujeres que hay en una mesa cercana.

—¿De qué estuvieron hablando?

—De las costumbres de los chinos a la hora de dormir. Están convencidas de que todos los que viven aquí pasan la noche bajo el mostrador de su negocio, porque no ganan lo suficiente para pagarse otro techo.

—Antes, puede; pero yo diría que los chinos de hoy en día viven bastante mejor.

—Mejor que los africanos, seguro.

—¡Nos ha jodido!, y mejor que montón de canarios.

Llega la cerveza de Ayoze y este da un largo trago seguido por un suspiro de placer. Luego cambia de tema:

—¿Tú nunca vas de putas?

—Prefiero gastarme en otras cosas lo poco que gano.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, en comer.

—De ahora en adelante podrás ponerte morado a marisco todos los días, y también pagarte habitación en un hotel de verdad. Si es que nuestro búnker te parece poco.

—De ahora en adelante podré pagarlo, sí. Pero ¿hasta cuándo?

—Esto es para largo, querido.

—¿Estás seguro?

No soy yo quien ha cuestionado al Lagarto. La pregunta ha sonado con la voz grave de un tipo que se nos acerca por detrás, coge una silla libre y se sienta con nosotros sin pedir permiso. Lo reconozco al instante. Ahora, en la distancia corta, impone aún más que cuando lo he visto entre el público del terrero. Aparte de la cicatriz de la mejilla derecha, tiene un tatuaje en forma de K en el brazo izquierdo. También me llama la atención el bolígrafo metálico que asoma por el bolsillo de su camisa de manga corta.

—¡Cuánto tiempo, Eladio! ¿Cómo te fue? —le saluda Ayoze.

—No tan bien como a ti, seguro.

Surge un silencio tenso, y en ese intervalo el camarero trae una bebida para el recién llegado, aunque este aún no ha pedido nada.

—Arehucas Carta Blanca con cola, ¿verdad? —aventura el Lagarto.

—Después del exitazo de hoy, no creo que tengas problemas para invitarme a este trago.

—Puedes beber todo el ron que quieras, va a mi cuenta.

No hay presentaciones y yo permanezco en silencio. De momento, Eladio Monroy ni me ha mirado a la cara. A decir verdad, tampoco ha mirado al Lagarto. Primero se ha concentrado en el combinado que está bebiendo, y luego ha puesto su atención en un punto indeterminado del espacio. Aun así, da la impresión de estar controlándolo todo, y que si, por ejemplo, me diera por sacar una navaja del bolsillo, él saltaría a mi cuello como un resorte sin darme tiempo a hacer nada. Tal y como ha dicho Ayoze antes, este sujeto tiene toda la pinta de poder ser un cabrón muy peligroso. Espero que sigamos a buenas con él.

—Hace mucho que nos conocemos, Eladio, y no me voy a andar con rodeos —le suelta el Lagarto.

El tipo pega un trago a su cubata, indiferente.

—¿Para qué viniste al terrero? —continúa Ayoze.

—¿No te lo imaginas?

—¿Tiene algo que ver con Casimiro o con el Chapi?

—Para nada. Si Casimiro y el Chapi son tontos del culo, es su problema. El problema es que también has enfadado, y no te imaginas hasta qué punto, a alguien mucho más poderoso que ellos.

—¿A quién?

—Eso da igual.

—Coño, Eladio, ¿cómo va a dar igual? ¿Cuánto te va a pagar?

—No te importa.

—Yo te puedo dar más.

—No lo creo.

—Vamos, dime, ¿quién es?

La respuesta es otro trago, durante unos segundos parece que se para el tiempo. Hasta que el Lagarto saca un billete de cincuenta euros y lo estampa en la mesa. Monroy ni se inmuta.

—Piensa un poco, seguro que eres capaz de averiguarlo tú solito —responde, por fin—. A ver, ¿cuáles fueron tus últimos timos?

Ayoze intenta recordar.

—Lo de Gáldar fue un gran fracaso, y lo de Telde más de lo mismo, no sacamos ni para pagar el alquiler del terrero. Lo de Maspalomas parecía que nos iba a salir bien, pero…

—Ya, ¿lo ves? —le interrumpe Eladio—. No te costó demasiado. ¿Recuerdas quién estaba entre el público de Maspalomas?

—Vino fleje de gente, más que nunca, pero no me fijé en ningún VIP de esos. De todas formas, al final el negocio se fue a la mierda. Habíamos ganado un pastón entre las entradas y las apuestas, pero los munipas se enteraron de lo que estábamos haciendo, y al terminar el espectáculo vino una pareja a visitarnos. Se llevaron hasta el último euro los muy hijoputas, a cambio de no encerrarnos en el calabozo.

—A mí todo eso me la suda. La cuestión es que un empresario de los gordos también fue a ver el *show* y, aunque no quiso apostar con ustedes, se picó con un colega suyo, se jugó el coche deportivo con él, y lo perdió. Y no te equivoques, el problema no es el coche o la pasta que le costó, porque ese tipo podría llenar la piscina de su chalé con billetes de quinientos. El problema es que unos fulleros insignificantes se atrevan a estafarlo. Cuando se enteró de que los combates estaban amañados, se puso hecho una fiera. Después me llamó a mí.

—Y… —Ayoze traga saliva—, ¿qué te encargó, en concreto?

—Me dio dos opciones. Opción A: llevarle la piel del cabecilla del grupo para hacerse una alfombra con ella, y las orejas de sus colegas, para dárselas de comer a sus gatos. Opción B: cien mil euros en efectivo para comprarse otro coche.

El Lagarto se pone rígido, como si hubiera sufrido una repentina descarga eléctrica.

—¿Cien mil euros? ¿Está loco?

El tipo más duro de Las Palmas no se digna a responder, y yo no me atrevo a meter baza. Supongo que, siendo nuevo en el grupo de timadores, estoy exento en el tema de las orejas.

—¿Cuándo tendríamos que pagar? —Ayoze parece abatido.

—Tenéis tres días, hasta el martes a la noche.

—Es imposible reunir tanto dinero en tres días.

—Bueno, a mí me bastaría con diez minutos para despellejarte a ti y cortar tres o cuatro pares de orejas. Tengo mucha práctica.

«Tres o cuatro pares» de orejas ha dicho el cabrón. ¿Tres o cuatro? Las de Jun, las del Gallego, las de Tino el Peligroso… ¿Serán las mías las cuartas? Quiero pensar que lo dice en plan vacilada, pero en su jeta curtida no hay ni un amago de sonrisa.

—Esas son las consecuencias de andar siempre con mañas, Lagarto —añade, ante el silencio del excampeón de lucha—. Por lo visto, el tiempo que pasaste enchironado no te sirvió para espabilar.

—Joder —protesta mi compañero—, dime, al menos, quién es ese dichoso empresario.

—Es el dueño de las mayores explotaciones de tomate en Gran Canaria.

—Hostia. ¿Cabrera?

Eladio hace un gesto afirmativo, finiquita su cubata y utiliza el billete de cincuenta a modo de posavasos.

—Guárdate esta propinilla, así solo te faltarán noventa y nueve mil novecientos cincuenta euros —concede, antes de hacer una breve pausa—. No te olvides, para el martes. Si no, tendremos que elegir la opción A, y ya sabes que cuando me hacen un encargo, cumplo a rajatabla, ¿verdad?

—Sí, ya lo sé —murmura Ayoze.

Monroy se pone en pie.

—Una cosa más, Lagarto.

—Dime —casi ni se oye la voz de mi colega.

—Puede que este rubio grandullón que te trajiste intimide a Casimiro y al Chapi, pero hace falta algo más para acojonarme a mí.

Sigo sin abrir la boca, y el Lagarto de Escaleritas, tan atrevido otras veces, ahora me imita. Eladio Monroy me mira por primera vez, clava en mí sus ojos marrones durante un par de segundos, y después se larga. Es curioso, más que peligro o amenaza, he intuido en su mirada cierta fatiga y hastío. La misma sensación que me invade a mí.

4
EMILIANO CABRERA

Después de dar buena cuenta de unas lapas, unos caracolillos y unos cangrejos en el búnker, Ayoze, Gaspar el Gallego y yo nos hemos acercado hasta el paseo de Las Canteras, donde estamos citados con Jun, a ver si entre todos se nos ocurre algo para salir del marrón en el que nos hemos metido. Aunque no tengo claro que el coreano vaya a aparecer. Se ha limitado a decir que hoy, domingo, tiene mucho curro en el restaurante, y que «intentará» acudir a la cita.

—Creo que hoy dan en la televisión coreana la final de esa especie de *Got Talent* —nos aclara el Lagarto—. Así que mejor que nos olvidemos de Jun, al menos por unas horas.

Me parece que Sirum King no se ha enterado de la gravedad de la situación, no es consciente de que tiene muchos boletos para quedarse sin orejas. Al menos, los demás ya estamos aquí, sentados bajo una de las pérgolas del paseo, como los africanos del centro de acogida que están en el banco de al lado. Últimamente todos llevan una pulsera roja, como si fueran turistas de uno de esos hoteles con «todo incluido». Se las habrán puesto para facilitar su identificación

y evitar así que se cuelen buitres aprovechados en busca de cama y comida gratis.

—Cien mil euros —repite una vez más Ayoze, negando con la cabeza—. ¿Cómo carajo vamos a conseguir toda esa pasta?

No les he contado a mis colegas que hace unos meses estuve en un trance similar. Fue poco antes de huir de Bilbao, cuando unos traficantes de drogas me exigieron una cantidad parecida a cambio de liberar a mi querida Cristina, a la que tenían secuestrada por razones que no viene a cuento recordar. En aquella ocasión, aunque parezca increíble, me salió bien el descabellado plan que tuve que improvisar contra reloj: di el palo en una joyería, vendí el género a un intermediario y conseguí que los secuestradores dejasen libre a mi amiga tras pagar el rescate. De todas formas, esos milagros no suceden todos los días, y no puedo imaginarme a esta cuadrilla organizando un atraco de ese tipo. Tenemos que pensar en algo diferente y, visto que mis amigos están de bajón, me animo a tomar la iniciativa:

—¿Cuál es la mayor cantidad que habéis conseguido hasta ahora con el timo de las luchadas?

Es Gaspar el Gallego quien responde:

—La de Maspalomas iba a ser la más productiva. Si no llegan a aparecer aquellos munipas cabrones, nos habríamos levantado más de veinte mil euros.

—Ahora tenéis al León de Dakar en el plantel. ¿Eso no multiplicaría las ganancias?

—Bueno… —El Gallego no parece muy convencido—. Si hubiera tiempo para hacer una buena promoción… Pero no lo hay. O si tuviéramos un público nuevo… Lo malo es que en esta isla ya nos conocen casi todos.

—Tenerife está aquí al lado, ¿no? ¿Por qué no probamos?

—Es precisamente en Tenerife donde me enchironaron. —El Lagarto se sacude el sudor de la calva. Al menos ha levantado la frente.

Tres mujeres jóvenes que parecen salidas de la peli de moda, *Barbie*, acaban de sentarse en la terraza que hay a unos pocos metros de nuestra pérgola. Las tías se han pertrechado bien: un zumo enorme por cabeza y una bandeja llena de pequeños *croissants* y pinchos variados. ¿Todo eso van a meterse en esos

cuerpos tan escuchimizados? No nos dan envidia, nosotros nos hemos puesto hasta arriba de marisco antes de venir, pero intuyo que a los africanos que tenemos al lado se les hace la boca agua.

—¿Y en otra isla? —insisto—. ¿Cuál es la más lejana de aquí?

—La Palma —responde Gaspar, con el ánimo por los suelos.

—¿Ya habéis actuado ahí?

—No.

—¿Y tampoco tenéis ningún contacto?

—Claro que sí, eso no es problema, yo tengo contactos en todas partes —responde Ayoze—. Pero lo que dice Gaspar es verdad, no hay tiempo para organizar nada como es debido.

—Podemos pedir un poco más de plazo, un par de días al menos. Si les explicamos nuestro plan, lo entenderán.

—¿Qué dices, Touré? ¿A quién quieres pedirle más tiempo? ¿A Monroy?

—Bueno, si no es a él, directamente a Cabrera, yo qué sé… ¿Hay algún modo de contactar con él? Igual no es tan hijoputa y se atiene a razones.

—«Igual no es tan hijoputa», dice… —apostilla el Lagarto, sonriendo con amargura mientras baja la cabeza moviéndola de un lado a otro—. Créeme, cualquier insulto que te imagines le queda corto. El mundo está lleno de hijos de puta y de abusadores, pero si hubiera un *ranking* de los personajes más infames de la islas, Cabrera estaría en el top y a mucha distancia del segundo. Aquí todo cristo conoce a Emiliano Cabrera, y todos sabemos cómo se hizo rico: haciendo chanchullos y trepando a costa de los más vulnerables, utilizando mano de obra barata, esclavizando a los trabajadores de sus plantaciones…

—A ver si lo adivino: es el típico explotador sin escrúpulos que se aprovecha de los inmigrantes africanos ilegales.

—Africanos o de cualquier otra parte, pero la mayoría extranjeros en situación irregular, sí. Los pone a currar de sol a sol, y por la noche los tiene hacinados en barracones, todo a cambio de un sueldo digno de Burkina Faso. Si esa gente no le inspira ninguna compasión, ¿por qué iba a tenerla con nosotros?

—Pues… Tal vez porque le podemos denunciar por explotar a los jornaleros. ¿A nadie se le ha ocurrido hasta ahora hacer algo así?

—Chacho, los pobres currelas, siendo ilegales, no se atreven a denunciar. Los políticos y la policía deberían ser quienes controlaran estos abusos, pero resulta que ellos son los peores. La mitad están comprados, y el resto solo se preocupa de colocar a su gente.

—¿Y los periodistas?

—Hubo uno que empezó a investigar para sacar a la luz los trapos sucios de Cabrera, pero cuando la dirección del periódico descubrió lo que pretendía hacer, le pegaron la patada discretamente, y no se supo más de él. Ese cabrón tiene comprados a los medios. También hubo un sindicalista, pero eso fue todavía peor. Quiso movilizar a los trabajadores explotados y, casualidad, justo cuando estaba organizando la protesta, la palmó en un accidente de tráfico. Desde entonces parece que nadie se atreve a intentar nada más, ni los colegas del accidentado ni nadie. En lugar de complicarse la vida, prefieren hacer la vista gorda a cambio de una propina de vez en cuando. Estamos rodeados de sinvergüenzas y corruptos.

—Vaya, miren quién habla: el Lagarto de Escaleritas, un ciudadano ejemplar.

—Nada que ver, coño. Nosotros no tenemos comparación con esa gentuza. A su lado somos unos santitos.

Un vagabundo se acerca hasta las chicas traga-cruasanes. Señala la bandeja, todavía bien surtida, mientras se frota la barriga. «Ya lo siento, pero no te podemos ayudar», le dice una de ellas. El tipo se pone hecho una furia, empieza a gritar a las mujeres y les escupe una retahíla de insultos y guarradas. Las tipas se encogen en sus sillas como si desearan desaparecer y la gente de alrededor mira de reojo el circo sin atreverse a levantar mucho la cabeza. Al final tiene que salir un camarero a poner orden.

—Oye, Lagarto —digo, temiéndome que vuelva a caer en estado catatónico.

—¿Qué?

—¿Me puedes pasar el número de teléfono de Eladio Monroy?

—Claro, pero te adelanto que va a ser una pérdida de tiempo.

—Bueno, déjame intentarlo, algo habrá que hacer…, ¿no?

Ayoze me pasa el contacto por *WhatsApp* y en un minuto estoy llamando al tipo más duro de Las Palmas. Me pongo en pie al

escuchar la señal y empiezo a caminar nervioso. Mientras espero respuesta, el espectáculo de las *barbies* tragonas y tacañas enlaza con el siguiente: dos artistas callejeros se plantan delante de la terraza, enchufan la música en un bafle portátil y empiezan a hacer acrobacias. Con tanto ruido casi no oigo la señal del teléfono, joder, voy a alejarme un poco, a ver si así… Uno de los saltimbanquis tiene dos balones que maneja como si fuera un *globetrotter*. Los mantiene en equilibrio girando sobre la punta de los dedos, se los pasa de una mano a otra, desde ahí al codo, luego al hombro… Mientras tanto, su compañero empieza a bailar a ritmo de rap, primero de pie, luego patas arriba, haciendo el pino sobre las dos manos, sobre una sola, apoyándose únicamente en la cabeza…, hace unas virguerías de la leche.

Tras un rato de espera, por fin escucho la voz grave de Monroy, pero no es él, sino su contestador automático. Pasan unos segundos hasta que me decido a dejar un mensaje. Le resumo nuestro plan: ir a la isla de La Palma dentro de tres o cuatro días, timar a todos los palmeros que podamos y volver forrados, así de simple. Aunque no llegáramos a los cien mil euros, pagaríamos una parte sustancial de la deuda y, en los siguientes días, podríamos organizar algún otro espectáculo para conseguir el resto. Le aseguro que es un buen plan y le ruego que nos dé un poco más de plazo. Me despido pidiéndole que me devuelva la llamada y cuelgo con la sensación de haber hecho una propuesta muy aceptable.

De regreso al banco, bajo la pérgola, pienso que cuando estaba en Bilbao, con mis colegas de San Francisco, yo era el último mono a la hora de organizar planes ingeniosos y tomar decisiones importantes; y hoy, de repente, soy el líder de esta cuadrilla tan estrambótica. Es como para echarse a temblar… Pero debo mostrarme seguro de mí mismo, ahora urge reanimar a este par de almas en pena, como sea, porque si no nos movemos ya, estamos jodidos.

Me ha costado levantar la moral de la tropa, pero al final lo he logrado, con paciencia y haciendo un poco de psicólogo, quién me lo iba a decir. Les he dicho que, en lugar de quedarnos apalancados en la pérgola compadeciéndonos de nosotros mismos, podríamos darnos un garbeo para despejar la mente y empezar a concretar un

nuevo plan de acción. Han aceptado, y ahora, caminando por el concurrido paseo de Las Canteras, nos vamos convenciendo de que una excursión relámpago a la isla de La Palma puede ser nuestra salvación. Ayoze aún tiene buenos contactos allí, de sus tiempos de puntal campeón. Enseguida empieza a hacer algunas llamadas, y a compartir por *WhatsApp* el cartel de la luchada del siglo entre el Lagarto de Escaleritas y el León de Dakar. Con un par de retoques podremos aprovecharlo para la nueva exhibición, y, por lo que parece, uno de sus colegas se presta a imprimir algunos ejemplares y a pegarlos él mismo en varios puntos estratégicos de la isla.

Esto marcha, anunciaremos la luchada para el jueves, dentro de cuatro días. La isla es pequeña y, si espabilamos, tenemos tiempo para hacer una promoción decente. Hemos decidido montar el espectáculo en el terrero más grande de La Palma, la recién remodelada instalación de Los Llanos de Aridane. Han ampliado el aforo hasta dos mil personas, y los cálculos son muy simples: Si somos capaces de vender la moto de una exhibición única e inigualable, podríamos cobrar la entrada a cincuenta euros, así que el graderío lleno nos daría cien mil. Con eso y añadiendo los beneficios de las apuestas, cubriríamos gastos, pagaríamos nuestra deuda y puede que hasta sobrara algo para llevarnos un pellizco cada uno. Al menos, por un momento parece que el viento sopla a nuestro favor, y cuando toca pensar en el modo de llegar a La Palma, Gaspar el Gallego nos da la solución.

—Un buen amigo mío trabaja en la base militar de La Isleta. Podría llevarnos en una fueraborda por gentileza del Ejército Español.

A medida que el plan coge forma y se concretan los detalles, vamos animándonos poco a poco hasta llegar casi a la euforia, y terminamos convencidos de que hemos tenido una idea cojonuda. Sin embargo, para que esto funcione, es importante estar todos, y señalo, un poco preocupado, que faltan dos personas en nuestra reunión. El Gallego y Ayoze me tranquilizan: Tino el Peligroso siempre anda a su aire, porque no le va esto de las reuniones, pero al final siempre se apunta a la faena y podremos contar con él. En cuanto al imprescindible presentador, juez y *showman* Sirum King, tampoco supondrá ningún problema, me dicen que vale, que tiene sus rarezas y que tendremos que oírle echar alguna peste, pero que

al final se unirá al grupo.

—¿Habrá acabado el *Got Talent* coreano? —pregunto.

—Ni idea —responde Ayoze—. Pero podemos ir al Danbam, seguro que Jun está allí.

Después de tostarnos la mitad derecha del careto caminando por el paseo de Las Canteras, damos media vuelta y, hala, a tostar la parte izquierda de camino al restaurante coreano.

Al pasar frente al lujoso Reina Isabel, vuelvo a imaginarme hospedado ahí. Espero que ese pensamiento se haga realidad dentro de poco y, cuando llegue el momento, para que la experiencia sea aún más pomposa, pienso invitar a mis amigos okupas a cenar marisco del caro en el restaurante del hotel, sentados tan ricamente en una mesa próxima a los músicos que amenizan las veladas, bajo una de esas lámparas enormes, grandes como para meter debajo un búnker entero.

Mientras imagino mi futuro más cercano, pasamos junto a alguien que, además de imaginarlo puede adivinarlo, o al menos eso dice. Aminata se encuentra sentada donde siempre, rodeada de las baratijas que expone para la venta. Recuerdo lo que me dijo: «Tendrás éxito en ese nuevo proyecto. Al principio. Luego las cosas se torcerán». Hay que reconocer que, más o menos, ha acertado; aunque me gustaría saber en qué fase estoy ahora, ¿todavía en «al principio» o ya hemos entrado en «luego»?

La vidente lleva puesto hoy un *bubu* más oscuro que el de la última vez, y las cicatrices de su rostro parecen más profundas ahora, a la luz del día. Me mira con gravedad y me señala su bolsa de cauris.

—Ahora no, gracias —declino su oferta sin detenerme.

Creo que se ha fijado en mi cuello. No llevo el *gri-gri* que me regaló.

—Volveré para comprarte alguna cosa —agrego, sintiéndome en deuda con ella. Y añado para mis adentros: «Cuando venga a hospedarme en el hotel».

El paseo está hasta arriba de gente, es difícil caminar a buen paso sin tener que detenerse cada dos por tres. Pero poco a poco nos vamos acercando a La Puntilla, donde comienza el barrio de La Isleta. Y de repente aparece Jun. Para variar, me alegro de verle, aunque lo encuentro raro. Viene con prisa, sin su habitual cara de

lechuza ni la sonrisita de tocapelotas que pone cuando va a decir alguna chorrada. Por primera vez le veo preocupado, inquieto, como temeroso de algo. En cuanto llega hasta nosotros, pienso que ahora su rostro sí que refleja su edad real, como si hubiera envejecido de golpe. Me mira y abre la boca en una mueca de angustia:

—¡Hae-Won!

—Hae-Won ¿qué?

—Nieta.

—Ya sé que es tu nieta, pero ¿qué pasa con ella?

—¡Desaparecer! ¡Secuestro!

La noticia nos deja en *shock*.

—Lagarto dice tú detective. Tú buscar Hae, tú. ¡Por favor!

Hae ha desaparecido mientras jugaba en el parque de La Isleta al que había ido con su abuela después del turno de comidas en el restaurante. Alguien se la ha debido de llevar aprovechando un despiste de la vieja, y hay testigos que dicen haberla visto con un hombre blanco que llevaba puesta una visera.

Jun no se fía de los maderos, ha tenido muchos problemas con ellos, igual que todos nosotros, y no quiere ni oír hablar de ir a comisaría; pero hemos logrado convencerle de que, en este caso, lo mejor es denunciar el secuestro. Estamos esperando a que salga, sentados en la terraza del Albareda, en La Puntilla, frente a unos botellines de Tropical. A pesar del rechazo que me provoca el coreano —que, por supuesto, ahora ya no me llama «esclavo»—, el secuestro de su nieta me remueve por dentro.

—No sé qué teorías barajará la policía, pero yo lo tengo súper claro —me lanzo a decir, con tono agrio—. Esto es cosa de Eladio Monroy. Cómo se puede ser tan hijo de puta…

Mis ojos convergen con la mirada del Gallego en dirección a Ayoze, como si fuéramos a él en busca de explicaciones.

—No sé…, antes por lo menos no era así —responde con tono de disculpa, levantando las manos y encogiéndose de hombros—. Ese no es su estilo, quizás no tenga que ver con él.

—Dos y dos son cuatro, ¿no lo quieres ver? —increpo, irritado —. Esto ha ocurrido justo después de pedirle una prórroga para pagar. ¿No es demasiada casualidad? Además, le hemos llamado

varias veces y no nos coge el teléfono. ¿Por qué será?

—Chacho, no lo sé. Puede que Eladio sea un hijoputa, pero un hijoputa legal, noble. No puedo creerme que haga daño a una chiquita. Tal vez fue cosa de Cabrera. Seguramente Eladio lo llamó para ponerlo al corriente de nuestra propuesta.

—Joder…, pues vaya mierda. Eso sería aún peor.

—Desde luego que sí, mucho peor. Ese hombre no tiene escrúpulos.

La nueva hipótesis sobre la implicación directa de Cabrera nos deja aún más preocupados. Discutimos lo que podemos hacer, quizás ir a comisaría y contar nuestra historia. Pero, ¿qué historia?, y ¿hasta dónde? Tendríamos que reconocer nuestra deuda con el empresario y, tirando de ese hilo, la policía llegaría directamente hasta el tinglado de las apuestas.

—Pues lo arreglamos con una llamada anónima a la poli —propone Gaspar—. Podemos decir que hemos visto una niña de rasgos asiáticos llorando mientras la hacían entrar a la fuerza en casa de Cabrera.

—Qué va —me opongo—, no creo que sea tan imbécil como para meter a Hae en su propia casa.

—Además, ¿en cuál de ellas? —señala Ayoze—. Porque tiene varias: un chalecito en Arucas, un apartamento en la capital, otro en el sur… Eso que yo sepa. Todos los maleantes de la isla tienen unas cuantas casitas por ahí. Bueno, todos menos nosotros, que nos tenemos que conformar con un búnker cochambroso.

—Oye, ¿qué pasa con el búnker? ¿Tan mal estamos ahí, o qué? —protesta Gaspar el Gallego—. Yo no le envidio la casa a nadie. El aire que respiramos nosotros no tiene precio, desde que vivo ahí no cogí ni un catarro.

Intentamos reconducir el tema, pero nos quedamos bloqueados, en silencio, cada cual concentrado en sus propios pensamientos. Una mujer rubia con aspecto de yonqui se acerca hacia nosotros tocando la flauta. Es sorprendente lo bien que lo hace, como una profesional. La melodía me suena…, parece de una banda sonora…, sí, de una peli que vi hace años, *Memorias de África*. Recuerdo que me gustó mucho la música, y que salían unos paisajes preciosos, pero aparte de eso…, lo de siempre: una historia africana contada por blancos, donde los negros, ya sean sirvientes, malhechores o

niños adorables, solo forman parte del *attrezzo*, igual que las plantas, los árboles y los animales. Maldito colonialismo, no terminará nunca. Últimamente parece que en África Occidental, incluida mi Burkina Faso, se están rebelando contra el yugo de los franceses. Pero ahora el lugar de los gabachos lo están ocupando los rusos y los chinos, y eso es ir de mal en peor. El otro día vi en la tele unas imágenes de Níger después del golpe de estado. Mientras quemaban banderas francesas hacían ondear las rusas. Si es que no espabilamos.

El dueño de la cafetería le da un bocata a la yonqui rubia, y yo una moneda de dos euros. Luego, sin dejar de tocar la flauta, la mujer se aleja por el mismo lugar por donde viene Sirum King, que aún no ha podido quitarse la cara de susto. Se deja caer en una silla junto a nosotros y se desinfla de un resoplido.

—Ya está —dice—, pero policía nada. Tú busca, Touré, tú. ¿Cuánto quieres? —me pregunta, sacándose la cartera del bolsillo.

La oferta del coreano me deja fuera de juego. Tendría que aprovechar la ocasión para sacarle los cuartos a este cabrón… Me lo pensaré. Le digo que, de momento, solo necesitaré alguna foto de Hae. Me envía una por *WhatsApp* y, en el mismo instante, me suena el teléfono.

—¡Es Monroy! —exclamo, sobresaltado al ver el nombre en la pantalla.

Pongo el altavoz, aprieto el botón verde y dejo el móvil sobre la mesa.

—¿Qué hay, Eladio? He puesto el manos libres, te estamos oyendo todos.

—Mejor así, rubio. Llamo porque escuché tu mensaje.

—¿Y?

—Te seré sincero: al principio pensé en mandaros a tomar por culo. Pero, por si acaso, consulté antes con Cabrera.

Se queda en silencio un rato. Me lo imagino dándole una calada al pitillo. Joder, el muy cabrón nos tiene cogidos por los huevos y parece que encima lo está disfrutando.

—Bueno, ¿y qué te ha dicho?

—Que no hace falta que paguéis dentro de dos días. —Vuelve a hacer una pausa, más breve que la anterior, pero suficiente para cruzar una mirada con mis colegas y lanzar un suspiro de alivio—.

Ahora quiere el dinero para mañana. A medianoche, como muy tarde.

Mierda puta, me muerdo la lengua para no empezar a cagarme en sus muertos, más que nada porque no conviene empeorar las cosas.

—¿Por eso os habéis llevado a la niña? —Intento despejar la duda que nos corroe a todos—. Lo habéis hecho para presionarnos, ¿verdad?

—¿Qué niña?

—No te hagas el tonto. Hae, la nieta de Jun. ¿Es que no tienes escrúpulos, eres capaz de cualquier cosa o qué?

—¿Qué Hae ni qué hostias? Voy a decirlo solo una vez, rubio: quiero noticias vuestras mañana mismo. Si no, ya sabéis lo que hay.

5
GALLOTIA STEHLINI

Otra vez en mitad del terrero, otra vez haciendo el paripé con el Lagarto de Escaleritas, enganchados uno al otro por la pernera del pantalón corto, empujando una cabeza contra otra, oliendo y hasta probando a qué sabe el sudor del rival.

Después de nuestra conversación de ayer con Monroy, la única salida, por imposible que nos pareciera, ha sido meter caña con la *promo* y hacer la luchada de La Palma hoy mismo, lunes. Hemos tenido que poner la maquinaria a todo gas para adelantar los trámites y poder estar aquí ahora. El colega militar de Gaspar el Gallego nos ha recogido con puntualidad inglesa frente al búnker y nos ha traído en lancha motora hasta una cala de La Palma, donde nos esperaba otro amigo, esta vez del Lagarto, con una furgoneta para venir hasta Los Llanos de Aridane.

Igual que hicimos el sábado, estamos siguiendo el esquema de los tres tipos de lucha: coreana, canaria y senegalesa, dos agarradas de cada una. Nos preocupa que los ecos del teatrillo que hicimos en Gran Canaria hayan llegado hasta aquí, y no queremos despertar

sospechas montando un espectáculo calcado. Por eso hemos acordado un par de cambios: nadie ganará dos puntos seguidos, y, lo más importante, si el otro día Ayoze se llevó el triunfo final, hoy me dejará ganar a mí.

Así que, siguiendo el plan, hemos llegado al estilo senegalés empatados a dos puntos, uno para cada uno en la lucha coreana y lo mismo en la canaria. Nuestra interpretación está siendo como la de hace un par de días, incluidos los movimientos rituales, baño de aceite y rezos al comienzo de la lucha senegalesa. Aunque no sé si el espectáculo está enganchando del todo… En Gran Canaria conseguimos caldear el ambiente, pero el público de La Palma es más frío, quizás tenga algo que ver la ausencia de los *djembes*, hoy sustituidos por el irritante soniquete de fondo que pone la voz de Jun. El caso es que los palmeros no parecen muy emocionados, ni siquiera después de la primera agarrada senegalesa, en la que el Lagarto de Escaleritas ha logrado tirarme al suelo tras una disputa memorable. A ver si conseguimos que reaccionen en este último tramo, el más violento y apasionante. Sirum King anuncia por megafonía que la victoria final será para quien domine esta última agarrada, y el Lagarto y yo empezamos a darnos de hostias.

Mientras peleamos, no paro de repetirme que todo va a acabar bien, pero la verdad es que no termino de creérmelo, porque, aunque algunas cosas hayan salido según lo previsto, hemos fracasado en lo principal: el aforo, que ha sido una mierda. Esperábamos reunir dos mil espectadores, y aquí no habrá más de doscientos, así que la venta de entradas nos reportará diez mil pavos, muy lejos de los cien mil que pretendíamos recaudar. La única forma de remontar es a través de las apuestas, así que el Lagarto y yo estamos exprimiendo al máximo nuestras dotes interpretativas con el propósito de animar a los palmeros a vaciar sus bolsillos. Gaspar también se está esforzando todo lo posible por conseguir apuestas altas, igual que Tino el Peligroso, infiltrado entre el público con su sombrero de paja, esperando el momento adecuado para intervenir haciendo de acicate en el juego. Y mientras tanto, Jun hace lo que puede desde el micrófono, lanzando arengas incomprensibles en ese peculiar idioma que habla.

Estamos prolongando esta última agarrada hasta los límites de lo creíble. El Lagarto de Escaleritas acaba de atizarme una buena

tanda de puñetazos, sacando la punta de la lengua antes de cada golpe, y ahora yo giro el cuerpo balanceándome como si fuera a caerme, y miro a Gaspar, que me responde con un gesto ambiguo. ¿Será esta la señal? Creo que sí. Tiene que serlo, no podemos alargar esto más. Entonces busco el cuerpo de Ayoze, lo abrazo, como esos boxeadores que están al borde del KO, y después de recibir un par de hostias entre las costillas, me revuelvo cuando nadie lo espera propinando al excampeón un puñetazo en la sien y un golpe seco como un martillazo en mitad de la cabeza. El Lagarto se desploma. Ostras, igual me he pasado, encima se me ha olvidado avisarle. El caso es que ahora parece buscarme desde el suelo, confuso y con la mirada nublada. Gaspar el Gallego, se lleva las manos a la cabeza, creo que la he cagado.

Sea como sea, de repente veo salir a un gigantón de entre el público, un tipo de unos dos metros que pesará por lo menos ciento cincuenta kilos. Jun lo presenta como «El Bisonte de Tazacorte», un mito en La Palma, el luchador más grande de la historia, en todos los sentidos. El Bisonte se quita la camiseta, se acerca a Jun, le arranca el micro de la mano y me reta delante de todo el mundo. ¡Ahora sí que se calienta el público! Todos empiezan a animar a su ídolo. Yo agito la cabeza de un lado a otro, rechazando el desafío, me cae una lluvia de pitidos, no importa si estoy agotado, da igual que yo no quiera seguir luchando —mucho menos contra semejante animal—. Pero el coreano, de nuevo al micrófono, insiste en que debo aceptar el reto, y no para hasta sacarme un «vale, de acuerdo» que digo con la boca pequeña. El palmero se embadurna de aceite y se planta en el centro del terrero, listo para comenzar la lucha de propina.

Lo que viene a continuación es jodido de aguantar. No recuerdo haber recibido tantos puñetazos y patadas jamás. Estoy a punto de caer más de una vez, y cuando intento pasar al contraataque, lo único que consigo es hacer cosquillas al bestiajo de mi oponente.

De reojo veo al Gallego con la visera llena de pasta, parece contento. No como yo, que no sé cuánto más soportaré. Estoy hecho polvo de verdad, pero no puedo volver a cagarla. Trato de mantener el tipo mientras me protejo la cara con las manos. El Bisonte de Tazacorte se ha puesto bravucón y no me da tregua: ráfaga de puñetazos en los riñones, manotazo en la cabeza, patadón en el

culo… El combate es suyo y se toma unos segundos para saborear el éxito. Alza los brazos bajo una lluvia de ovaciones, se sabe triunfador, su público ríe celebrando la paliza que está dando al León de Dakar.

Pero es suficiente, ¡ya está bien! Enderezo mi cuerpo apaleado, lleno de aire mis pulmones y me lanzo en embestida. Golpeo al Bisonte en la tripa. No se inmuta mucho, la verdad, me parece que tiene la panza demasiado acolchada, debo cambiar de táctica. Empiezo a propinarle bofetadas, una tras otra, izquierda, derecha, izquierda, derecha… El gigantón retrocede poco a poco, intentando protegerse la cara con los antebrazos, ¡perfecto! Patada en los riñones, lo dejo doblado, y rodillazo en la barbilla, el golpe decisivo. El gigante se derrumba, veo a cámara lenta cómo tiembla su barriga gelatinosa mientras cae hacia atrás y aterriza sobre la arena. Ahora está tumbado panza arriba, inmóvil en mitad del terrero.

Las gradas enmudecen de repente. El público nos mira con incredulidad. El silencio se hace tenso y Jun intenta salvar la papeleta gritando chorradas por megafonía: «¡León Dakar, *black power*, campeón, merece aplauso, aplauso…!». Empieza a palmear, intentando arrancar la ovación del público, pero solo le imitan el Lagarto de Escaleritas, Gaspar el Gallego y Tino el Peligroso. Me temo que a la gente no le ha hecho mucha gracia el desenlace. Lo habitual es que el ganador se acerque al público para recoger las propinas, aunque algo me dice que hoy debo mantenerme alejado de ellos. Se nota tensión en las caras, y parece que no tienen intención de irse así como así, todavía bajan a la arena y nos hinchan a hostias…

Por fortuna, antes de que todo explote, el Bisonte se levanta y viene hacia mí para cogerme por una muñeca y levantar mi brazo mientras asiente con la cabeza. Él mismo es quien se pone a aplaudir. Alguno de sus *fans* le imita, aunque sin mucho convencimiento.

Al final el ambiente se va normalizando, el público se resigna y el terrero empieza a vaciarse. Tino el Peligroso se marcha con el resto de la gente, para no levantar sospechas. Luego se reunirá con nosotros. El Bisonte de Tazacorte aún sigue aquí. Cuando ya no quedan curiosos alrededor, nos estrecha la mano a todos, uno a

uno, hasta llegar al Lagarto. Se queda mirándolo con la mano tendida, pero no en actitud de saludo, sino con la palma hacia arriba. Ayoze coge quinientos euros del montón que hay apilado en la mesa y se los da como pago por el alquiler del terrero. Después añade otros doscientos como agradecimiento por su decisiva intervención.

—Me gustó el amaño —dice el palmero gigante—. Si me necesitan alguna otra vez…

—Contaremos contigo, Bisonte. Gracias por tu ayuda —le responde Ayoze.

En cuanto nos quedamos solos, Gaspar me regaña:

—¿En qué estabas pensando, Touré? Derribaste a Ayoze antes de tiempo. —Habla sin mirarme a la cara, mientras ordena los billetes agrupándolos según su valor—. Menos mal que al final lo compensaste con una buena luchada.

Yo tampoco despego la vista del dineral que se apila en la mesa, es bastante más de lo que ganamos en Gran Canaria.

—¿Cuánto hay? —pregunto.

—Espera. Todavía falta mucho por contar —el Gallego no para de hacer montones.

En un rato llega el que faltaba, Tino el Peligroso, anunciando que ha conseguido bastante pasta. Y no solo eso, en una mano trae dos gallinas atadas por las patas y en la otra una cabra sujeta con una cuerda. Se acerca hasta la mesa, deja las aves en el suelo, saca un queso de la bolsa que le cuelga del hombro y voltea su sombrero dejando caer un montón de billetes.

—¿Y eso? —digo, mirando a los animales.

—Algunos no tenían dinero para pagar la apuesta. —Se encoge de hombros.

Los animales no nos importan, todos estamos pendientes del dinero en metálico.

—¿Cuánto puede haber en total? —pregunta Ayoze.

Esperamos la respuesta de Gaspar. Este se toma su tiempo:

—Yo diría que, en total…, unos cincuenta mil.

—Justo la mitad de lo que necesitamos —se lamenta el Lagarto.

—Bueno, de momento puede ser suficiente —comento—. A pesar de las amenazas, yo creo que si pagamos esta cantidad hoy mismo, nos dejarán saldar el resto de la deuda un poco más tarde.

Nos quedamos todos en silencio, preguntándonos si realmente aceptarían un pago a plazos. Antes de que nadie exprese sus conclusiones, nuestro centro de atención gira hacia una voz que entra por la puerta.

—Buenas tardes.

Aparece una pareja, un hombre y una mujer cuya indumentaria me recuerda a la de los ertzainas.

—¡Hostia, la Guanchancha! —Ayoze no puede ocultar su sobresalto mientras, con torpe disimulo, empieza a guardarse en los bolsillos algunos billetes de los gordos.

Los policías se aproximan ordenando que nos separemos inmediatamente de la mesa.

—Vaya, vaya… —dice el hombre—. ¿Qué tenemos aquí?

Primero pone los ojos en los montones de dinero, y luego pasea su mirada por todos nosotros, uno a uno, hasta que se detiene en Ayoze.

—Tú debes de ser el Lagarto de Escaleritas.

—Sí, señor —nuestro colega prueba a poner cara de simpático —. Luchador profesional y excampeón. Supongo que me conocerá por eso.

—Pues supones mal, no sé nada de tus triunfos pasados. Pero ahora eres muy conocido por marrullero y estafador. Hasta esta islita llegó tu fama, así que imagínate.

A nuestro amigo se le borra la sonrisa al instante.

—Venga —continúa el poli—. ¿Alguien va a explicarnos de dónde salió todo este dinero?

—Acabamos de hacer una exhibición de lucha. —Me atrevo a responder—. Esto es la recaudación de las entradas.

—¿Y tú quién eres?

¿Para qué habré abierto la boca? ¿Ahora qué digo? ¿Que soy Mahamoud Touré, un turista de Burkina Faso? ¿O mejor presentarme como un famoso luchador senegalés conocido como «el León de Dakar»? Por suerte, Jun viene en mi auxilio:

—Grupo cultural, cultura buena, cultura todas partes, todas islas, lucha, Corea, Senegal, Canarias. ¡Buena, cultura, deporte, bien!

El policía se gira hacia la que parece su subordinada:

—¿Qué carajo dijo?

Ella se limita a encogerse de hombros.

—Vamos a ver… —resuelve el hombre—. Dejémonos de boberías. Todos sabemos de dónde salió este dineral, así que voy a explicarles qué opciones tienen: la primera, recoger todo esto y acompañarnos a comisaría acusados de hacer apuestas ilegales. O en caso contrario…

No nos queda otro remedio, obviamente, que escoger «en caso contrario».

La mujer uniformada mete todos los billetes dentro de una bolsa en un santiamén. Después se queda pensativa mientras se muerde levemente el labio.

—Comisario…, este queso les gusta mucho a los de casa. ¿Podría llevármelo?

—Sí, ¿por qué no? —Ahora el que se queda pensativo es él—. Yo me llevaré las gallinas. No hay nada como desayunar huevos recién puestos cada mañana.

Después de repartirse el dinero, el queso y las gallinas, solo les queda una cosa por adjudicar.

—¿Y qué hacemos con la cabra? —pregunta la mujer.

El comisario vuelve a clavarnos su mirada. ¿Quizás ahora transmite un poco de compasión o me lo estoy imaginando?

—Para que vean que no somos tan malvados, ustedes pueden quedarse la cabra —concede—. Pueden ordeñarla y hacer quesos, no es mal negocio en las islas. Y si no, una buena barbacoa tampoco estaría mal. —Nos mira frunciendo los labios, y se yergue sacando pecho antes de continuar—. Estupendo. Antes de despedirnos, ¿alguien quiere añadir algo?

Todos nos quedamos callados.

Estamos en la plaza mayor de Los Llanos de Aridane, sentados en una terraza, a la sombra de un gran laurel a cuyo tronco hemos atado la cabra. El animal parece feliz tragándose cualquier desperdicio que encuentra a su alrededor. Envidio su despreocupación, totalmente ajena al marrón que tenemos encima todos los demás. Manda huevos que nos haya robado la pasma. Aparte de la cara de tontos que nos han dejado, ahora, sin ese dinero, nuestra situación es realmente grave. Nadie tiene ánimo para hablar, hasta que, por fin, Gaspar dice algo:

—¿Quién será el hijoputa que se ha chivado?

—¿Tal vez tu colega, el militar? —especula Ayoze, frotándose cerca de la oreja, donde le ha quedado la marca de uno de mis golpes. Quizás le he atizado demasiado fuerte, pero él tampoco se ha quedado corto, y del Bisonte ya ni hablamos. Al final los dos tenemos el cuerpo molido, y total, ¿para qué? Ha sido un precio demasiado alto a cambio de una cabra.

—¿Mi colega? ¡Qué va! —reacciona el Gallego—. Lo conozco desde hace siglos, y es fiable cien por cien. No ha sido él.

—Puede haber sido cualquiera —intervengo—, alguien que ha perdido una apuesta y ha querido vengarse, cualquiera que haya visto el cartel por ahí… Lo hemos estado anunciando, joder, esos carteles pueden haber llegado hasta la propia «guchancha» o como se diga. ¿Así llamáis a la madera por aquí?

—«Guanchancha» —me corrige Gaspar el Gallego—. Es la policía autonómica de Canarias. La inventaron para no ser menos que los vascos con su Ertzaintza, pero no son más que cuatro gatos y casi no tienen competencias. Deben de aburrirse mucho, por eso a veces andan por ahí puteando al personal, como hicieron hoy con nosotros.

—Pues no sé si será cuestión de competencias, porque la Ertzaintza tiene un montón de ellas y, aun así, todavía saca tiempo para putear a la gente, al menos a la gente como yo. Joder, siempre he tenido mala suerte con la pasma, en Bilbao, París, Madrid… Y vengo a las Islas Canarias, y también.

—A mí ya me la suda quién fue el soplón —interviene Ayoze—. Nos jodieron bien y ahora eso no tiene arreglo. Lo único que debe preocuparnos es ver cómo salir airosos de este marrón. Yo tengo muy claro que no quiero que nadie me despelleje y seguro que ustedes no quieren perder sus orejas. A ver, Gaspar, tu colega todavía está en la isla, ¿verdad?

—Sí, en Santa Cruz, esperando nuestra llamada.

—Vale. ¿Podríamos abusar un poquito de él y llamarlo para que nos lleve adonde queramos?

—Supongo que sí, claro.

—Pues, en mi opinión, lo mejor es que en lugar de volver a Las Palmas nos quedemos repartidos por acá. El Hierro y La Gomera están ahí mismito, y podrían ser un buen escondite. La Palma tampoco está mal. Será mejor no aparecer por Gran Canaria en una

temporada, al menos hasta que se calme todo.

Tino el Peligroso niega con la cabeza.

—Yo no puedo quedarme. Dejé el lagarto atado en el búnker, y hace tiempo que no le echo de comer. Si no voy yo, ¿quién se ocupará de él? Tengo que volver por narices —nos suelta de un tirón, rompiendo con su habitual parquedad de palabras.

Me imagino que los demás están pensando lo mismo que yo: «¿Voy a regresar al lugar que podría ser mi tumba por culpa de ese bicharraco del demonio? ¡Y una mierda!».

—¿Y Hae qué? ¿Olvidamos? ¿Nosotros desaparecer, niña qué? —nos recuerda Jun, con la mirada perdida en un mural callejero.

En Los Llanos de Aridane muchos edificios exhiben paredes pintadas con diseños espectaculares, como en un enorme museo al aire libre. El mural que hay junto a nosotros muestra un mar embravecido y una pequeña embarcación debatiéndose entre olas gigantes. Dentro de la barca hay algunas personas con expresión horrorizada ante el destino que las espera. Parece el retrato de lo que sentimos ahora mismo en esta mesa. La cabra es la única que sigue despreocupada; mientras se come una especie de bellotas que le han echado unos críos, nosotros nos quedamos pensando en lo que acaba de decir Sirum King. Reparo en Tino el Peligroso, que permanece inmóvil observando a la cabra, y se me ocurre una idea que podría salir mejor que la de Ayoze.

—Es inútil esconderse —expongo—. Tarde o temprano, Cabrera acabaría encontrándonos. —Hago una pausa para atraer la atención del Lagarto—. Tú mismo lo dijiste, amigo, al toro hay que agarrarlo por las pelotas, y eso es lo que vamos a hacer. Debemos regresar cuanto antes a Gran Canaria, creo que ya sé cómo salir de esta.

Viendo el careto de los colegas, no parecen muy convencidos. De todos modos, fuerzo una sonrisa.

—¿Podríamos conseguir un coche en Las Palmas?

Se nos ha hecho tarde volviendo de La Palma a Las Palmas, pero aún faltan un par de horas para que finalice, a medianoche, el plazo impuesto por Emiliano Cabrera. El Lagarto y yo vamos dentro de un Mini amarillo del año de maricastaña en el que nos hemos metido con calzador. Mi compañero conduce cuesta arriba por una carretera llena de curvas, como cualquier ruta del interior de la isla. No sé cómo irá el tercer pasajero, el del maletero, lo mismo ya ha

echado hasta la primera papilla, con tanta revuelta. El coche lo hemos conseguido gracias a la generosidad de otro colega de Ayoze, es increíble cuántos amigos, y enemigos, tiene este hombre en todas partes.

—¿Seguro que no nos hemos perdido? —pregunto, al percatarme de que estamos dejando atrás el núcleo urbano de Arucas.

—Me dijeron que después del pueblo hay que seguir para adelante, subiendo hacia el barrio de San Francisco Javier. Se supone que el chalé está a la entrada. De todos modos, espera, vamos a preguntarle a ese tío.

—Pero…

No me da tiempo a oponerme, el Lagarto para el coche al borde de la carretera y llama la atención de un hombre que viene caminando con un palo a modo de bastón.

—Oiga, ¿usted sabe por dónde cae el chalecito de Emiliano Cabrera?

El tipo nos mira alternativamente, sin decir nada. No parece muy normal, la barbilla torcida hacia un lado y los ojos exageradamente abiertos le dan una expresión como de susto crónico. Al final reacciona y alarga un brazo, señalando la dirección en la que vamos. Luego medio balbucea algo que no se le entiende del todo: «Ahí…, blanco…», o algo por el estilo.

—Gracias —le dice Ayoze, antes de continuar.

—Joder —le reprocho—, ya solo nos falta echar fotocopias de nuestros carnés de identidad por la ventanilla.

—¿Por qué dices eso?

—¡¿Cómo que por qué?! —No respondo porque sobran las palabras. Solo hay que ver el color de nuestro coche y el nuestro propio, las pintas que tenemos; vamos, que no podríamos llamar más la atención. Me limito a lanzar un resoplido.

—Chacho, tranquilo. No es más que un pobre hombre, ¿a quién va a contar nada?

No respondo.

Después de un par de curvas más, aparece un chalé blanco, hemos llegado a la meta. Hay alguien dentro, se ven luces encendidas. Propongo al Lagarto apagar los faros del coche y dejarlo aparcado aquí mismo, al borde de la carretera. Esta vez me

hace caso.

—Será mejor que continuemos a pie —le digo.

—De acuerdo.

Salimos del Mini, estiramos brazos y piernas para desentumecer los músculos, y analizamos la situación. No tengo ni pajolera idea de arquitectura, pero salta a la vista que este chalé de dos plantas, digno de la portada de una de esas revistas de diseño, ha sido construido cuidando todos los detalles con mucho gusto y más dinero todavía. Delante del edificio hay un amplio jardín en el que se levanta un solo árbol, parece un limonero, y unas cuantas mesas y sillas de madera sobre el césped fresco. En la parte trasera está la piscina, también rodeada de una buena extensión verde.

¿Estará permitido gastar tantos litros de agua en una zona tan seca como esta? En fin, dependerá para quién. De todos modos, eso no es problema nuestro. El tema es que tenemos que colarnos en esta propiedad privada y, para mi sorpresa, podremos hacerlo fácilmente, el único obstáculo visible es el seto que delimita el jardín, que apenas pasará de un metro. Antes de llegar aquí me imaginaba que encontraríamos una tapia muy alta, una valla con cuchillas o algo por el estilo. Será deformación profesional. En fin, no vamos a quejarnos, esto facilitará mucho nuestro trabajo. Encima, veo entreabierta una ventana de la planta baja.

—¿Seguro que estará solo? —desconfío.

—Seguro. Es soltero y el servicio solo viene cuando la casa está vacía. Le gustan los jovencitos, pero a esos se los lleva al apartamento de Las Palmas. Acá viene para estar tranquilo y relajado.

—¿Y cómo sabes tú todo eso? ¿Algún otro contacto que tienes por ahí?

—Sí, bueno, tampoco fue tan difícil, todo el mundo sabe cuáles son las aficiones y vicios de Cabrera. Basta con preguntarles a los pibes que tiene trabajando en los cultivos del sur. Todos saben cómo pueden sacarse un sobresueldo.

—Joder, cuanto más sé de este individuo, mejor me cae.

—Pues todavía no te conté ni la mitad. El muy asqueroso debería estar en la cárcel hace tiempo, pero hacen falta pruebas muy contundentes para condenar a esta gente de las altas esferas, y los pocos que lo intentaron acabaron muy mal.

—A la mierda las pruebas, nosotros vamos a darle su merecido directamente y punto. ¡Vamos a por él!

Abrimos el maletero del Mini y nos ponemos unos guantes. Luego echamos mano al saco, Ayoze tira de él para levantarlo.

—Espera, ya lo llevo yo —le digo, y me ayuda a echármelo a la espalda.

Miramos alrededor, no hay nadie, todo en silencio. Pasamos al otro lado del seto sin dificultad y nos dirigimos hacia el limonero, sin hacer ruido. Siento en la espalda las patadas procedentes del saco. Señalo al Lagarto la ventana entreabierta, vamos hacia ella. Este es el momento más delicado. Pongo el saco en el suelo.

—Ahora tú me lo sujetas fuerte por el cuerpo —me dice Ayoze en voz baja.

Agarro con firmeza mientras él deshace el nudo de la cuerda que cierra el saco. Tiramos hacia atrás de la arpillera y enseguida queda al descubierto el hocico de la mascota de Tino el Peligroso, que lleva varios días sin comer. No parece estar de muy buen humor, menos mal que tiene la boca cerrada con una brida. Sacamos el lagarto con mucho cuidado, yo enganchando el cuerpo, Ayoze la cabeza. ¡Joder, menuda bestia! Casi parece un cocodrilo, encima ahora intenta revolverse y empieza a dar coletazos, hago lo que puedo para controlarlo, al final tengo que usar las rodillas.

—Vamos a levantarlo hasta la ventana —propone mi compañero —. ¿Preparado?

De repente, me viene un mal presentimiento.

—¡Espera! ¡¿No estará Hae ahí dentro?!

—Coño, no creo. Tú mismo dijiste que muy tolete tendría que ser Cabrera para tener a la niña secuestrada en su propia casa, ¿no?

El bicharraco no para de agitarse, cada vez nos cuesta más contenerlo, al final se nos va a escapar…

—Pues venga, ¡adelante! —me decido.

Ayoze corta la brida y tiramos al reptil por la ventana, al interior de la casa. Vemos cómo echa a correr hacia el interior y volvemos agachados hasta el árbol, donde nos quedamos a esperar.

—Tino quiere que le devolvamos su lagarto —recuerdo—. ¿Cómo haremos para meterlo en el saco otra vez?

—Nos apañaremos. Con la tripa llena suele estar más tranquilito.

De repente, salen del chalé los gritos desesperados de un

hombre, y enseguida empiezan a oírse también unos maullidos, y golpes y ruidos de trastos cayendo. Se ha montado la de dios, me imagino la escena que acompaña a esa banda sonora y no puedo evitar una sonrisa maliciosa. Lo estoy disfrutando. Yo antes no era así, antes renunciaba a cualquier tipo de violencia. Ahora, sin embargo, a veces hasta me regodeo en el sufrimiento ajeno. A estas alturas ya he perdido la cuenta de los que me he cargado sin piedad, sin sentimiento de culpa. ¿Será normal esto? Qué diablos, todos ellos se lo merecían, y Emiliano Cabrera es uno de tantos. A tomar por culo.

El escándalo va remitiendo hasta que ya no se oye nada. De todos modos, esperaremos unos minutos más en silencio, por si acaso, antes de entrar a recuperar el lagarto. Espero que Ayoze esté en lo cierto y que con la modorra de después de comer se deje coger fácilmente. Pero coño, ¿qué se oye ahora? Viene de la carretera, ¿son sirenas?

—¡No me digas que hay policía en Arucas! —Miro sorprendido a Ayoze.

—Municipales sí, seguro. Y creo que también un cuartelito de la Guardia Civil.

—¡Me cago en todo! ¡Pues vámonos de aquí echando leches!

—¿Y el lagarto?

—El lagarto… —Ya hemos salido corriendo hacia el coche—. No sé, ya veremos. Ahora lo importante es desaparecer. Como nos pillen, sé de otro Lagarto que se pudrirá en la cárcel, con su colega el León. Y no queremos que eso pase, ¿verdad?

Llegamos jadeando al Mini, entramos, Ayoze mete la llave en el contacto y… ¡no arranca! Hostia, ¿precisamente ahora? Probamos otra vez, y nada.

—Tú sigue intentándolo —digo, y salgo del coche para empujar.

Las sirenas se oyen cada vez más cerca, he conseguido sacar el Mini del borde del camino hasta la carretera, se distingue el destello de las luces en la oscuridad. Ahora, al menos, el coche está enfilado cuesta abajo. Sigo empujando… Después de un corto petardeo, el motor por fin se pone en marcha, entro rápidamente a mi asiento de copiloto y nos vamos. Un poco más abajo nos cruzamos con los picoletos.

6
AMINATA

El móvil de Ayoze es el que tiene la pantalla más grande, y ahí estamos mirando unos cuantos artículos y vídeos en relación con los sucesos de anoche en Arucas. Hay hasta una entrevista a Emiliano Cabrera. El tipo cuenta que sufrió el ataque de un lagarto gigante que se le coló en casa, pero que pudo salvar el pellejo gracias a sus gatos. Los mininos le salvaron la vida, sí, pero a costa de perder la suya, confiesa, apenado. Parece ser que sus mascotas se enfrentaron al intruso, dándole tiempo a él para salir corriendo de la cocina y encerrarse en el cuarto de baño. Desde allí pudo llamar a la policía. El empresario hace sus declaraciones desde la cama de un hospital. Nuestro único consuelo es que, con un poco de suerte, el lagarto le habrá dejado impotente. Él ni menciona ese tema, por supuesto.

Después escuchamos lo que dice uno de los picoletos. Cuenta que tuvieron que forzar la puerta del chalé de Cabrera, y que el lagarto se les escapó entre las piernas. Pegaron un par de tiros pero no lograron darle y el animal todavía anda por ahí suelto. Aun así, envían un mensaje de tranquilidad a los habitantes de Arucas,

porque ya lo están buscando y no tardarán en dar con él. Mientras tanto, y aunque el lagarto no tendría por qué dar problemas, recomienda, por si acaso, mantener cerradas puertas y ventanas, especialmente durante la noche.

En un tercer vídeo, aparece una mujer del pueblo expresando su temor a que pueda ocurrir una desgracia. Dice que los aruquenses están muy preocupados por eso del lagarto asesino, sobre todo los que tienen niños pequeños. Este vídeo nos ha dejado mal cuerpo, pero no por las declaraciones de la mujer, sino porque detrás de ella, entre los curiosos, había un hombre con la barbilla torcida y ojos saltones, que no paraba de gesticular reclamando la atención de las cámaras mientras farfullaba algo incomprensible. Por suerte, los periodistas lo han tomado por un zumbado con ganas de protagonismo y no le han hecho ni caso.

Finalmente vemos la entrevista que hacen a un experto, un zoólogo, o algo así. Explica que el lagarto gigante de Gran Canaria, *gallotia stehlini* —lo ha pronunciado perfectamente—, vive sobre todo en la zona montañosa de la península de La Isleta, y no suele ser peligroso. Dice que los ataques a personas son rarísimos, salvo que el animal quiera proteger a sus crías, y bla, bla, bla…

—¡Ños! —suelta Ayoze—. Casi me *chirgo* cuando apareció el tío de los ojos de cherne, menos mal que al final nadie habló de nosotros.

A Gaspar el Gallego se le ve de lo más relajado:

—No nos salió tan mal la jugada. Si Cabrera ya no tiene gatos, se supone que no le hacen falta para nada nuestras orejas.

—Con la mala hostia que se le habrá puesto, las orejas no sé, pero lo mismo ahora viene a por nuestras pelotas, sobre todo si él ha perdido las suyas. —Parece que soy el único en darse cuenta de que esto se ha puesto todavía más chungo—. Y como se entere de que fuimos nosotros los que le metimos el bicho en casa… Entonces también va a querer nuestras cabezas.

Estamos los tres tomando un café bien cargado a la puerta del búnker. Tino el Peligroso no ha querido acompañarnos, está muy rebotado. Le hemos regalado la cabra para compensar de alguna manera la pérdida del lagarto, y le hemos prometido que intentaremos recuperarlo, pero no hay manera de contentarle. Lo único que quiere es salir hacia Arucas ahora mismo, aunque le

hemos explicado que la madera todavía estará dando vueltas por allí, que no conviene dejarnos ver por los alrededores… ¡Lo que nos ha costado convencerle para que tenga un poco de paciencia! Al final se ha ido refunfuñando a por la caña, ha dejado la cabra atada frente a su búnker y se ha ido a pescar. Por allí se distingue su silueta, cerca de ese otro búnker que comparten dos mujeres, al fondo, entre las rocas negras salpicadas por la espuma del oleaje. Hoy la mar está picada y el viento sopla fuerte. Gaspar dice que este viento es saludable, y puede que tenga razón, a mí al menos me hace bien, me ayuda a relajarme, me trae serenidad, justo lo que vamos a necesitar para la toma de las próximas decisiones.

Terminamos el café y nos vamos hacia el barrio de La Isleta. Hemos quedado con Jun en su restaurante para hablar sobre los últimos acontecimientos y el secuestro de Hae. Le dije que trataría de dar con la niña, pero después de este fracaso, no sé qué rayos hacer. Liquidar a Emiliano Cabrera no era un mal plan, o al menos, eso me parecía a mí. El lagarto de Tino podría habernos hecho la mayor parte del trabajo, la muerte habría parecido un accidente y nos habríamos ido de rositas. Ya aparecería Hae luego, en alguna parte, probablemente en uno de los apartamentos que el empresario tiene por la isla. Aunque… ¿Quizás deberíamos habernos centrado en encontrar a la niña primero? Podríamos haber cogido a Cabrera en su chalé y haberlo torturado hasta hacerle confesar antes de darle matarile. Algo de experiencia tengo en esos quehaceres.

Joder, ¡cómo echo en falta la lucidez de mis colegas de San Francisco! Seguro que si estuvieran aquí tendrían alguna idea brillante. Pero en esta movida, al torpe de Touré no le acompañan Cristina, Osmán ni Xihab, sino el Lagarto de Escaleritas, Gaspar el Gallego, Tino el Peligroso y Sirum King, muy hábiles en el engaño, pero en lo demás…

Ahora está por ver qué piensa hacer Cabrera con Hae —y con nosotros— una vez agotado el plazo para pagar la deuda. Tal vez deberíamos adelantarnos y sorprenderlo en algún sitio, pero me cuesta creer que tengamos otra oportunidad de pillarlo desprevenido.

Cruzamos la playita del Confital. Como todos los días, hay un grupo de chavales aguantando la chapa del monitor de las colonias. «La península de La Isleta es uno de los lugares más especiales de

Canarias. Tiene un barrio de veinticuatro mil habitantes y el inmenso puerto de Las Palmas, además de una gran base militar, Canarias-50, construida tras la derrota de Filipinas en 1898; y el Castillo de la Luz, la fortaleza construida por los castellanos cuando conquistaron Gran Canaria. ¿Saben de qué año es ese castillo?».

Pues no. Nadie lo sabe, o, al menos, nadie responde. La mayoría de los chavales están más pendientes de los bañistas —sobre todo de los que van en pelotas—. También les llama la atención un sintecho junto al pequeño refugio que se ha montado él mismo entre unas rocas apartadas, utilizando tan solo unos plásticos y unos palos. Es de lo más precario, pero suficiente para guardar sus pocas pertenencias y darle cobijo del sol, del viento o de la lluvia ocasional. Yo también me tuve que apañar así algunos días. Ahora estoy en el búnker de los colegas, he aceptado su invitación mientras me animo a mudarme a otro sitio más elegante, puede que al lujoso Reina Isabel. Al pensar en ese hotel, me viene a la mente una persona. Quizás le haga una visita, puede que me dé alguna pista… O puede que no, pero no pierdo nada con intentarlo.

Para acceder al barrio de La Isleta desde la playa del Confital, hay una pasarela de suelo metálico bastante empinada que se nos hace larguísima, hasta el punto de que nos vemos en la necesidad de hacer varias pausas para recobrar el resuello. Definitivamente, solo estamos en buena forma para dar mamporros. Llegamos doblados, pero llegamos, por fin, al parque Pepe el Limpiabotas que tan bien conozco. Y de repente, sin tiempo suficiente para recuperar el aliento, me da un vuelco el corazón, aún acelerado por la subida. Ahí está, esperándonos, la última persona que querríamos encontrar en este momento.

Eladio Monroy, sentado en un largo banco de piedra, se pone en pie para recibirnos. El del morro torcido con ojos de sapo está junto a él, y le dice no sé qué mientras nos apunta con un dedo al Lagarto y a mí. Entonces Monroy se lleva una mano al bolsillo de la camisa. Parece que va a coger el bolígrafo metálico, pero no, saca un billete, se lo da al chivato y este se pira. Observamos la escena sin mover un pelo, y luego aceptamos la invitación del tipo para sentarnos junto a él. El investigador privado, sicario, gorila o lo que sea, se pellizca la barbilla durante un instante que parece eterno y, por fin, arranca:

—Tenéis un par de pelotas, eso hay que reconocerlo.

Se nos queda mirando con gesto de superioridad.

A Ayoze y el resto de los colegas los tiene acojonados, pero, en el fondo este tío es una persona de carne y hueso, como todas, y yo ya me las he visto antes con otros hijos de puta mucho más peligrosos que él. Decido tomar la iniciativa:

—¿Y tu jefe? ¿También conserva las suyas?

Intuyo un amago de sonrisa en el rostro de Monroy. Es la primera vez que le veo un gesto relajado.

—Tuvieron que extirparle un testículo, pero eso que quede entre ustedes y yo.

Luego recobra la gravedad. Pasa mucha gente por aquí, camino de la playa del Confital o de vuelta hacia Las Canteras. Muchos se nos quedan mirando.

—Bueno, ¿y ahora qué? —pregunto.

—Las cosas cambiaron un pizco. Da igual lo que diga la tele, nosotros sabemos perfectamente lo que sucedió en Arucas, ¿verdad? —hace una pequeña pausa, parece regodearse—. Y ahora tengo una duda: ¿Se lo cuento a Emiliano Cabrera, a la policía…? ¿Tú qué me recomiendas, rubio?

Otra vez ese tono arrogante, intimidador… Este tío ya me está hartando con tanta chulería. Estoy a punto de soltarle una burrada, pero el Lagarto se me adelanta con un tono mucho más conciliador:

—Eladio, tú antes no eras así. Antiguamente, no trabajabas para ricachones corruptos, solo aceptabas encargos para joder a los de su calaña. ¿Qué pasó para que cambiaras tanto?

El tipo no responde y mantiene su cara de póker, pero apostaría que las palabras de mi colega le han afectado. Vuelve la vista hacia la bahía de Las Palmas, sin decir nada, y yo intento aprovechar el resquicio:

—Te lo dijimos el otro día… Cabrera ha ordenado secuestrar a una cría de ocho años, la nieta de Jun. ¿Qué te parece?

—Yo también les dije que no tengo nada que ver con ese asunto.

—Claro, tu jefe ya imaginaría que no querrías formar parte de eso, porque aún tienes tus líneas rojas. —Intento ganar puntos dándole coba—. Aun así, en cuanto pedimos más tiempo para pagar, encargó el trabajito a algún otro elemento con menos escrúpulos que tú. Y ahora quién sabe dónde estará esa criatura y

qué planes tendrán para ella. ¿Estás dispuesto a ser cómplice de algo tan repugnante?

Monroy no responde, y Ayoze me coge el relevo:

—Eladio, todos los canarios sabemos cómo es Cabrera, cómo consiguió su fortuna: explotando en sus plantaciones del sur a esos pobres inmigrantes que tú antes solías defender. Muchos de ellos son también sus esclavos sexuales, y ahora vete a saber si no tiene un plan similar para la nieta de Jun. ¿Por qué trabajar para semejante tipejo?

Monroy se levanta, es evidente su incomodidad.

—¿Pero ustedes qué coño se creen? —escupe rabioso—, que, haciéndome la pelota, ¿van a ablandarme el corazón? Yo no tengo corazón, ¿se enteran?, y esa chiquita no es mi problema, y los inmigrantes de los cojones, tampoco. ¡A tomar por culo todo!

Surge un silencio tenso, y es Gaspar el Gallego, quien decide romperlo:

—Claro, a tomar por culo todo. Pero no entiendo aún a santo de qué esas ganas de jodernos a nosotros.

—No es nada personal, no va en contra de ustedes ni de nadie más, es mucho más simple. ¿Ustedes por qué viven en ese búnker de mierda y no en un chalé elegante? ¿Por qué montan esas luchas de paripé? ¿Por qué te jugaste tú el pellejo —me pregunta a mí— para pasar de África a Europa?… Pues por la misma razón los puteo yo a ustedes.

Se impone el silencio. Parece que está todo dicho, solo resta saber qué piensa hacer ahora con nosotros Eladio Monroy. Después de una pausa que parece infinita, por fin abre la boca.

—Tendréis noticias mías.

Y ya está. El tipo más duro de Las Palmas nos vuelve a perdonar la vida y se larga por el paseo del acantilado, en dirección a La Puntilla.

Jun está hecho polvo, como era de esperar. Se le ve cabizbajo, no tiene ánimo ni para medio chiste, y sigue enganchado a ese maldito e interminable *Got Talent* coreano, yo creo que para evadirse de la cruda realidad. Ahora hasta siento lástima por él, no me lo puedo creer. Y su esposa está todavía peor, un terrible sentimiento de culpabilidad la fustiga por no haber vigilado mejor a su nieta el día

que la secuestraron en el parque. Ella sí que me ha conmovido de verdad cuando me ha cogido de una mano para rogarme entre lágrimas que dé con el paradero de Hae. La he obligado a levantar la cabeza y, mirándola a los ojos, le he jurado que haré todo lo posible.

Y en eso ando ahora mismo, haciendo todo lo que está en mi mano, o más bien lo único que se me ha ocurrido. Quizá sea una idea absurda de la que me arrepienta pronto, pero habrá que probar, no tengo nada que perder salvo unos pocos euros. El caso es que he dejado a los colegas de charleta en el Danbam, y he venido hasta el paseo de Las Canteras para encontrarme con la vidente africana.

—Hola, Aminata —saludo.

—Hola, Touré, ¿qué tal? —la vendedora— adivina beninesa me mira fijamente. Mi instinto me dice, una vez más, que detrás de las cicatrices de su viejo rostro hay algo auténtico. Y procuro recordar, una vez más, que mi instinto es menos fiable que una escopeta de feria.

—Las cosas no van muy bien —reconozco.

—Sabía que volverías.

—Pero no he venido para compensarte lo del *gri-gri* —acaricio el collar que me regaló.

—Ya lo sé.

Me invita a sentarme frente a ella, saca los cauris y los suelta sobre la tela extendida en el suelo.

—El *gri-gri* es gratis, pero ya sabes lo que pido a cambio de mi magia, ¿verdad?

Saco de mi cartera un billete de veinte euros y se lo entrego.

—Por ser yo —añado.

—Por ser tú —asiente.

Guarda el dinero, recoge los cauris y, bajando la frente, los agita entre sus palmas cerradas. Luego abre un poco las manos y me las acerca a la cara.

—Di a los cauris cuál es tu problema.

Susurro lo ocurrido con Hae, pero ella me interrumpe:

—Más alto.

—Han secuestrado a una niña, la nieta de un amigo —yo mismo me sorprendo cuando sale de mi boca la palabra «amigo»,

refiriéndome a Jun—. Quiero liberarla antes de que le hagan daño.

—De acuerdo —la vidente beninesa recoge las manos de nuevo —. ¿Tienes alguna foto?

Manipulo el teléfono y le muestro la imagen de la cría.

—A mí no, a los cauris.

Obedezco, la señora cierra los ojos y vuelve a agitar las pequeñas conchas entre sus manos mientras susurra algo ininteligible. Luego las echa sobre la tela y se queda mirándolas. Yo también. Toquetea algunas con las puntas de los dedos, a otras les da la vuelta, siempre en una actitud reflexiva…

—La niña está viva —dice, por fin.

—¡Menos mal!

—Y la tienen cerca de aquí.

—¿En Las Palmas?

—Sí.

—¿Podrías concretar algo más? En una casa, un apartamento, un chalé…

Aminata vuelve a jugar con los cauris, cerrando los ojos mientras los acaricia con las yemas de los dedos… Está haciendo exactamente lo que hacía yo cuando quería metérsela doblada a mis clientes en Bilbao. ¿Será esta mujer una estafadora? ¿Me estará engañando? En Burkina Faso la gente cree de verdad en las capacidades adivinatorias de los videntes. Yo mismo acudía a ellos cuando necesitaba ayuda, y casi nunca me decepcionaron. Aminata tiene el aspecto de aquellos, parece fiable, auténtica, pero nunca se sabe. Lo que está claro es que no se pasa el día tirada en este rincón del paseo solo por ayudar al prójimo, sino para ganar dinero. El dinero, eso es lo que mueve el mundo.

—Un hotel —dice, de repente, poniéndome en alerta—. Veo un hotel.

—¿Ahí tienen a la niña?

—Sí.

—¿Cómo es el hotel?

Le cuesta un poco responder:

—No estoy segura… —Las arrugas de su rostro se confunden con las cicatrices—. Creo que se está agotando el poder de los cauris.

Saco la cartera otra vez, todavía está llena gracias a los beneficios de la primera luchada, y gastar un poco más no supone

un problema para mí. Le entrego un billete de diez.

—Sopla —me ordena, señalando los cauris.

Soplo y, por lo que parece, les hago resucitar.

—Es un hotel elegante —continúa ella—, de muchas estrellas…

—¿Y el nombre? Dime al menos dónde se encuentra. Hay cientos de hoteles en Las Palmas.

Se hace el silencio en la antesala del augurio…

—Es grande, pone algo de un rey. —Levanta una mano como si quisiera calmar el ritmo de sus pensamientos—. O quizás una reina.

Levanto la vista hacia el imponente edificio junto al que estamos.

—¡No será el Reina Isabel!

Se queda pensativa.

—Rey, reina… No estoy segura.

Y, de repente, termina la sesión de magia. Aminata sale de su pseudo-trance, recoge los cauris, y se los mete en el saquito que guarda entre la ropa.

—Los cauris han hablado —resuelve, y se me queda mirando con los labios sellados.

No ha habido manera de sacar una palabra más a la vidente Aminata, y aún dudo si lo que he presenciado ha sido una exhibición de sus poderes ocultos o si, en realidad, la señora ha estado todo el rato aguantándose la risa delante del tontaina que tenía enfrente.

En cualquier caso, una vez escogido este camino, tendré que ser coherente y tirar para adelante. Por eso llevo un rato mirando el móvil aquí sentado, bajo una pérgola, compartiendo banco con tres chicos del centro de acogida que han venido a aburrirse al paseo de Las Canteras. He abierto el navegador, estoy buscando hoteles con nombre de rey o reina en Gran Canaria. Me sorprende encontrar menos resultados de los que cabría esperar en un país monárquico. Así, a bote pronto, solo veo cuatro que contengan alguna palabra relacionada con la realeza y todos se ubican en el sur de la isla, a excepción del Hotel Reina Isabel. Aminata me ha dicho que la niña está en Las Palmas, en un lugar grande, elegante, con muchas estrellas… Así que más claro, imposible.

¿Y ahora qué hago? ¿Me presento en la recepción de este hotelazo y pregunto por una niña llamada Hae-Won? Apuesto a que

no me dejan ni cruzar el umbral de la puerta, y aunque consiguiera entrar, seguro que no me dirían nada, con la disculpa esa de la protección de datos.

También podría plantarme frente al edificio y aguantar ahí, por si veo algo sospechoso, incluso puede que a los secuestradores se les ocurra sacar a Hae a dar un paseo. ¡Joder, qué pereza! Sería más rápido convencer a algún trabajador del hotel para que me informe, pero ¿cómo me acerco a ellos?

Los jóvenes africanos que hay junto a mí matan el tiempo mirando cómo llegan las olas a la playa. Todavía tengo dinero en la cartera, se me ocurre una idea.

—¿Qué tal, hermanos? No parecéis muy ocupados.

Me responden sin palabras, con una sonrisa y encogiéndose de hombros.

Saco dos billetes de cincuenta euros.

—¿Os vendría bien esto?

—¿A cambio de qué? —pregunta uno que lleva una camiseta roja.

—Poca cosa. Solo tendríais que cambiaros de sitio, ir un poco más adelante, y quedaros frente al hotel, atentos a la gente que entra y sale.

—¿Solo eso?

—Y avisarme si veis a esta niña —les enseño la foto de Hae en la pantalla de mi móvil—. Tiene ocho años y es fácil de reconocer.

—No parece un trabajo complicado.

—Además, cuando aparezca algún empleado, tendríais que preguntarle si ha visto dentro a la cría. ¿Qué os parece?

Tras unos segundos de duda, comentan algo entre ellos y me responden:

—Somos tres.

Todavía tengo muchos billetes en la cartera, qué hostias. Si esto sale bien, ya le pediré una compensación económica al cabrón de Sirum King. Y si sale mal…, no es para tanto, al menos habré ayudado a unos chavales africanos que están pasando por una situación difícil.

—De acuerdo. —Aflojo otro billete de cincuenta—. Y si localizáis a la chiquilla, os daré otro como este a cada uno. ¿Os parece bien?

Vaya que si les parece bien, ¡pues claro! Les paso mi contacto y la foto de Hae.

—Pero solo podemos estar aquí hasta las diez… menos veinte —advierte uno de ellos.

—Bueno, pero si hace falta, mañana por la mañana, cuando salgáis del centro de acogida, vendréis a vigilar otra vez, ¿vale?

—¿Nos pagarías más?

—Por lo menos otro billete.

Me sonríen, cerramos el acuerdo con un apretón de manos y me voy. No tengo muchas esperanzas, pero en fin…, tal vez funcione, quién sabe. Ahora tendré que comentar el plan con los colegas, me imagino que seguirán en el Danbam.

De camino al restaurante coreano, se me ocurre que también podría llamar a la policía. Lo que pasa es que a ver cómo planteo el asunto. Si les digo que una vidente africana en trance ha visto una niña secuestrada en la habitación de ese hotel…, olvídate. Y, además, ¿quién es esa niña?, ¿cómo sé yo que ha habido un secuestro? Me lo puede haber contado un amigo… No. Podría plantearlo de otro modo: «Hola, soy un empleado del Hotel Reina Isabel, he oído llorar a una niña, creo que la tienen encerrada en una habitación». No sé, ya me imagino lo siguiente: «Dígame su nombre, por favor», «prefiero no decirlo», «¿por qué?». No, no tiene sentido.

Cruzo por delante de uno de esos supermercados *Super Dino*. Dos yonquis compiten, vaso en mano, por conseguir el mejor sitio junto a la puerta; un par de africanos de pulsera roja observan tranquilamente a los clientes de edad avanzada que salen cargados con bolsas; otra pareja de inmigrantes revuelve con un palo dentro de los contenedores de al lado; y, mientras, el segurata no les quita ojo a ninguno de ellos.

Lo más lógico sería que el propio Jun volviera a la comisaría para dar cuenta de esta pista, pero ¿cómo justificar la nueva información de manera convincente? ¿Que un conocido que trabaja en el Reina Isabel le ha dicho…? ¡Uf!

Al pasar cerca de La Pata Caliente me da un repentino ataque de hambre. Aquí preparan unos bocatas de pata de cerdo acojonantes, y ahora, por una vez, no tengo problemas de dinero. Pero mejor vencer la tentación y dejarlo para luego; primero he de reunirme

con los colegas para ponerles al día, después puedo proponerles venir a cenar todos aquí.

Creo que lo mejor será hablar con la policía, sí. Podría llamar alguien haciéndose pasar por un empleado del hotel. Si preguntan, siempre se puede dar un nombre falso, pero de cualquier modo habrá que ser cautos a la hora de decidir quién lo hará, no quiero ni imaginar las explicaciones de Sirum King al teléfono, y yo, con este acento afro-vasco que tengo, tampoco sería la persona más adecuada. Debería telefonear el más canario de la cuadrilla, o sea el Lagarto, y midiendo mucho las palabras para no meter la pata. Ahora, en cuanto me junte con los demás, pensamos entre todos qué decir y cómo.

A la entrada de la calle La Naval, los efluvios de un asadero de pollos, uno de tantos en Las Palmas, me recuerda lo hambriento que estoy. Aguanta, Touré, ya falta poco para llegar al Danbam, ahí mismo está.

Ahí mismo, sí, pero… ¡Ay la hostia! ¿Qué pasa aquí? La calle está cortada desde el cruce anterior y hay patrullas de la policía a la puerta del restaurante, también una ambulancia… ¿Qué demonios…?

Me acerco prudentemente, quedándome entre los curiosos que se agolpan al borde del cordón policial.

—¿Qué ha pasado? —pregunto.

—No sé, parece que se liaron a tiros dentro del restaurante —responde una mujer.

—Yo me asomé al escuchar el ruido y vi cómo se los llevaron, a Jun y a otro tipo, a punta de pistola —añade un abuelo que ha salido medio desnudo a cotillear desde el balcón de un primero—. Para mí que dejaron al menos un muerto ahí dentro, porque con la policía vino una ambulancia, y entraron los sanitarios corriendo, pero al poco salieron, ya sin prisas, todos negando con la cabeza.

Siento un escalofrío. ¿A quién se habrán cargado?

—Esto es que no es normal. Parece que estamos en una película de la mafia, no es normal, no —se escandaliza la señora—. Cuando llegué se oía llorar y chillar a una mujer, me imagino que sería la de Jun. Pobrecita… —añade, restando una candidata a mi lista de posibles fiambres.

—¿El tipo que se han llevado con Jun era un calvo fuertote? —

pregunto, alzando la vista hacia el balcón.

—Sí, y además creo que me sonaba su cara, pero no sé de qué. ¿Tú sabes quién era?

No respondo. Si se han llevado a Ayoze y al coreano, y la mujer está viva, entonces, la víctima… Intento recabar más información:

—¿Y no han visto quiénes eran los que se han llevado a Jun y al otro?

—Eso es mucho decir, mi niño, llevaban la cara tapada, pero se fueron en una furgoneta negra.

Siento al mismo tiempo el frío de la tristeza y el calor de la rabia. De momento no se puede entrar al Danbam, así que me alejo un poco del mogollón y echo mano al teléfono. Tengo que hacer una llamada. Sorprendentemente, me responden al momento:

—¿Qué fue, rubio?

—¡Cabronazo, hijo de puta!

—Sí, yo también te quiero. ¿Para qué llamaste? ¿Solo para echarme flores?

—¿Qué has hecho con mis amigos?

Parece que la pregunta le pilla por sorpresa, se queda callado un momento.

—No sé de qué me hablas —responde, por fin, con tono monótono.

—Di lo que quieras, no te creo. Cada vez que hablamos contigo pasa algo malo, algo malo para nosotros.

—Oye, rubio, ya me estás empezando a tocar los cojones. ¿Vas a explicarme de una puta vez qué coño pasó?

Joder, ¿en serio no sabe nada? No me lo trago. De todos modos, cojo aire y le explico lo ocurrido en el restaurante.

Monroy escucha sin interrumpirme, y continúa en silencio unos segundos más después de mi relato. Me lo imagino dando una calada a su cigarrillo y exhalando una larga bocanada de humo. Cuando vuelve a hablar, lo hace con ese tono de suficiencia al que ya me tiene acostumbrado:

—Yo no tengo nada que ver con todo eso. Me la suda si te lo crees o no.

—Pero tú has llamado a Emiliano Cabrera después de estar con nosotros, ¿verdad?

—Sí.

—Para avisarle de que estábamos en La Isleta.

—Pues no, listillo. Lo llamé para decirle que no quiero seguir trabajando para él.

Mi sorpresa es total. ¿Significa esto que, después de todo, hemos conseguido ablandar el corazón del tipo más duro de Las Palmas? A ver si Ayoze va a tener razón y este es un hijoputa noble y legal.

Sea como sea, la situación ha cambiado sustancialmente. Tras la repentina dimisión de Eladio Monroy, nuestra amenaza más inminente desaparece de un plumazo, pero quien maneja los hilos cubre esa vacante en el acto y, visto lo visto, con alguien mucho más peligroso. Encima ahora me he quedado solo en mitad del follón. Esto me queda demasiado grande, aunque se me ocurre una idea.

—¿Estás cerca de La Isleta?

—En la plaza Santa Catalina, echándome una caña.

—Voy para allá, ¿me esperas?

—Solo si te pagas una ronda cuando llegues.

—Hecho.

La plaza Santa Catalina está a escasos diez minutos desde donde me encuentro. Paso todo lo cerca que puedo del restaurante coreano, caminando despacito y ojo avizor, por si veo algo…, y vaya que si veo… Un policía sale del Danbam y los escasos segundos entre ese abrir y cerrar de la puerta son suficientes para hacerme una instantánea: La mujer de Jun sentada y cabizbaja, rastros de sangre en el suelo, y unos pies con chanclas rojas sobresaliendo por debajo de una sábana. ¡Pobre Gaspar!

Monroy está en la primera terraza según se entra en la plaza Santa Catalina. Me siento a su lado sin pedir permiso.

—Hola, rubio —me saluda—, se pide lo que usted quiera y luego pague la cuenta.

El camarero me toma nota: un tercio de Tropical y unas papas arrugadas.

—¿Tú quieres algo más? —pregunto.

—Sí, otra de estas —dice Monroy antes de apurar su jarra.

Parece que el tipo se ha relajado un poco desde nuestro último encuentro, será por el peso que se ha quitado de encima al despedirse de Cabrera. Ya no tiene ese gesto tan duro de perdonavidas, ¡si hasta ha sonreído, coño! A lo mejor tengo alguna

posibilidad de conseguir lo que espero de él.

—¿A qué se debe este cambio repentino? —indago—. ¡No será porque hemos despertado tu compasión!

—Ustedes no se merecen mi compasión ni la de nadie. Como Emiliano Cabrera tampoco se merece mis servicios. Es demasiado hijoputa, sin más.

—¿Y hasta ahora no lo habías visto?

—Sabía que era un sinvergüenza corrupto, toda la isla lo sabe, pero me enteré de algo más.

—¿De qué?

—Después de hablar con ustedes, consulté a mis fuentes para tirar del hilo, y no para de salir mierda. Cabrera ya no tiene suficiente con los tejemanejes que se ha venido trayendo hasta hoy para hacer crecer su empresa a toda costa, no se conforma con explotar a los inmigrantes que trabajan sus tierras, ni con llevarse alguno a la cama de vez en cuando. Ahora los está utilizando para hacer bisnes en el mundo de la prostitución. Muchos de esos pibes son menores de edad, carne fresca para turistas ricachones en el sur de la isla.

El camarero trae las bebidas y nos dice que las papas llegarán enseguida. Estoy seco, vacío media botella de una tacada. Monroy también le pega un buen trago a su jarra.

—Una persona encantadora, el tal Cabrera.

—De verdad.

—¿Y cómo se ha tomado tu dimisión?

—No muy bien, pero es problema suyo. Eso sí, me exigió que le devuelva todo el dinero del adelanto.

Estas últimas palabras me suenan de maravilla. Si está apurado, será más fácil convencerle.

—¿Necesitas pasta? —tanteo.

—¿Tú no, o qué?

—Bueno, he estado peor.

—Pues yo no. Hubo imprevistos familiares y mi pensión de marinero no da para todo.

—Tampoco es que tengas pinta de chaval, pero ¿no eres demasiado joven para estar jubilado?

—Prejubilado, por culpa de una lesión. —Agarra el paquete de tabaco y me lo ofrece para que coja un cigarrillo. Hago un gesto de

rechazo, él se enciende uno—. Así que me quedó una mierda de pensión. Y ahora, encima, va y se me muere el viejo. No tenía mucho trato con él, pero tendré que pagarle el entierro, y… joder ¡no te imaginas qué caro es irse al otro barrio! —Exhala el humo de su cigarro y pierde la vista en el vacío con gesto hastiado—. Por si eso fuera poco, tengo un hija a la que daba por perdida desde hace años, y recientemente recuperamos el contacto. Quiero ayudarla en todo lo que pueda, y para eso también necesito guita.

Siento un fuerte pellizco en el estómago con la sola mención de su hija. Aún no he superado, ni creo que pueda hacerlo nunca, la pérdida de la mía, de Sira. No fui capaz de protegerla, y eso no me lo perdonaré jamás.

—¿Y esa cara? ¿Dije algo inapropiado? —el exmarinero ha notado mi malestar.

—Nada, tranquilo.

Llegan las papas, no espero ni un segundo para probar la primera y me quemo la lengua, tengo que terminar la cerveza para aliviar el escozor. La jarra de Monroy también está casi vacía. Pido otra ronda y decido que ha llegado el momento de ir al grano.

—Eladio, yo puedo echarte un cable en asuntos de dinero. Ahora mi cartera está caliente y puedo darte todo lo que llevo, más de quinientos euros. A cambio, tienes que ayudarme a liberar a mis dos amigos y a la niña coreana.

El tipo más duro de Las Palmas apaga el cigarrillo estrujándolo en el cenicero, coge una patata, le sacude el exceso de sal en la piel, y se la mete en la boca. Hasta que no la mastica y se la traga, no me responde.

—¿Por qué no vas a la policía?

—La desaparición de la niña ya está denunciada, y la poli no ha hecho una mierda. Además, me juego el cuello a que tú averiguas antes que la pasma dónde están Jun y el Lagarto, y no hay tiempo que perder, quiero pensar que siguen vivos, pero ni siquiera eso tengo seguro. Tú conoces a Cabrera, ¿qué piensas que hará con ellos?

—No creo que los sacaran en *furgona* para llevárselos directamente al matadero. Si el objetivo era quitarlos del medio, lo habrían hecho en el mismo restaurante.

—Como a Gaspar el Gallego.

—Es posible que el Gallego les hiciera frente obligándolos a salirse del guion. O tal vez cargarse a uno formaba parte de su estrategia, así acojonan al resto y demuestran que van en serio. Quién sabe… Supongo que, de momento, se conformarán con torturar un poco a tus amigos. Quizás les corten algún trocito y te lo hagan llegar con la exigencia de pagar un nuevo rescate. ¿Todavía no te han llamado?

—No.

—¿Y no le dijeron nada a la mujer del coreano?

—No lo sé. La policía tenía el restaurante acordonado y no he podido entrar a hablar con ella. Pensaba volver a intentarlo luego. ¿No tienes idea de dónde podrían tener a mis colegas?

—Seguramente en algún pabellón industrial perdido por ahí. Cabrera tiene unos cuantos distribuidos por toda la isla.

Me quedo mirándole fijamente sin decir nada durante unos segundos, hasta que lanzo la pregunta:

—¿Me vas a ayudar?

—Mira, rubio… —desvía su mirada hacia el cielo—. Ahora que me saqué un marrón de encima, no voy a meterme en otro, quiero estar tranquilito un tiempo.

—Tiempo es lo que les falta a mis colegas, ya ha empezado su cuenta atrás. Y tú verás lo que haces o dejas de hacer, pero el Lagarto, en el fondo, te aprecia, siempre anda diciendo que, a pesar de esa fachada, eres un tío legal y noble.

—¿Y? ¿A mí qué carajo me importa lo que diga ese?

Parece que no estoy planteando bien el asunto. El tío sigue mirando cómo cambian de forma las nubes, está evitando el contacto visual conmigo. ¿Debería ofrecerle más pasta? Tengo que encontrar alguna grieta en esa coraza que lleva encima.

—¿No te da pena la niña?

—Mucha más que ese par de machangos, pero ¿qué puedo hacer yo por ella?

—Hombre, por de pronto, una cosa sí. ¿No tienes a nadie de confianza dentro de la Policía?

—Por supuesto, hay que tener contactos hasta en el infierno. Conozco a un comisario con el que me llevo bastante bien.

—¿Y no le harías una llamadita?

—¿Para qué?

—Creo que sé dónde podría estar la niña.

De repente, se vuelve hacia mí.

—¿Dónde? ¿Y cómo lo sabes?

—No me pidas detalles, por favor. Puede que el chivatazo no sea fiable, pero deberíamos comprobarlo, por si acaso. ¿Por qué no llamas a ese comisario?

Monroy se mete otra papa a la boca. La mastica lentamente, traga, y busca un contacto en su teléfono móvil.

—¿Y qué sitio es ese?

En cuanto se lo digo, aprieta el botón de «llamar». Parece que no responden…, pero al final…

—Por aquí me ando, Déniz. ¿Estás muy liado?

A juzgar por el tono amistoso de la conversación, vaciladas incluidas, parece que ese tal Déniz y Monroy son íntimos. Tras saludarse y soltarse alguna pulla entre colegas, van al grano:

—Te llamo por la chiquita coreana que secuestraron.

No puedo oír lo que dice el comisario, pero la cara de desconcierto y el silencio de Monroy dan una pista de que no es lo que cabría esperar.

—¿Estás seguro? —pregunta el exmarinero. Y lo siguiente que dice ya es para despedirse.

Deja el móvil sobre la mesa y me mira.

—En la comisaría no tienen noticia del secuestro de ninguna niña coreana.

¿¡Cómo!? La sorpresa me deja fuera de juego un rato, dándole al bolo, intentando encontrar un sentido a lo que acabo de escuchar. Lo primero que se me ocurre es que, en realidad, Jun nunca denunció la desaparición de su nieta. Pero, ¿por qué? ¿Quizás sí lo intentó pero no le hicieron caso? ¿O no entendieron lo que decía y solo le llevaron la corriente, como a los locos, diciéndole «sí, sí» a todo para quitárselo de encima?

La única persona que, tal vez, pueda aclararme esto es su mujer, tengo que volver al Danbam. También necesito saber si los pistoleros le dijeron algo.

De cualquier modo, este asunto se me va de las manos, es demasiado para mí solo, y Monroy no está por la labor de implicarse. Tal vez solo necesita tiempo para darle una vuelta, me niego a tirar la toalla:

—A lo mejor podría pagarte más de quinientos euros, mucho más —añado, pensando en la caja registradora del restaurante coreano y confiando en la generosidad de la mujer de Jun—. ¿Cómo lo ves?

—Hoy necesito un descansito —concluye el exmarinero—. No sé, tal vez te llame mañana.

Aquí, de momento, no hay nada más que rascar. Dejo un billete de veinte sobre la mesa para pagar la cuenta antes de irme.

—No es suficiente —dice Monroy—, para cuando llegaste yo ya me había metido tres cervezas y un Arehucas Carta Blanca con cola.

Joder, ahora comprendo por qué está tan hablador el tipo. Recojo el billete azul y en su lugar pongo otro anaranjado. No me duele en absoluto, hasta me hace ilusión que, al menos por una vez, se inviertan los roles.

—Quédate las vueltas, como adelanto.

Hago un guiño al exmarinero y me dirijo hacia el Danbam.

Encuentro el restaurante coreano cerrado, sin rastro de la pasma ni ambulancias ni mirones. Antes de irse, la policía ha dejado una hoja pegada en la puerta, indicando que la entrada está sellada, pero alguien la ha roto, tal vez la mujer de Jun esté dentro. Toco con los nudillos varias veces hasta que, efectivamente, su cara triste aparece al otro lado del cristal. Abre y, sin decir nada, me deja entrar. Por lo visto ha estado limpiando, no hay rastros de sangre y los muebles están en su sitio. La señora señala con la mano una de las mesas invitándome a tomar asiento, me trae una cerveza y se sienta frente a mí.

Al darle las gracias por la birra, me avergüenza no poder dirigirme a ella por su nombre, ni siquiera lo sé. Entre nosotros siempre ha sido «la mujer de Jun», como si solo fuera un accesorio de su marido, un chollo de accesorio: discreta y dócil, buena cocinera, madre y abuela ejemplar, guardiana del hogar, una de esas mujeres que solo salen a la calle para hacer la compra. ¿Será esta la vida que siempre soñó? ¿Nunca habrá tenido otras inquietudes?

Probablemente, ni siquiera ha podido plantearse ese tipo de cuestiones. Todavía hoy, y en cualquier lugar, es mucho más fácil ser hombre. Sin ir más lejos, me vienen a la mente las mujeres de mi familia: mi querida hija Sira, víctima de la mafia nigeriana,

atrapada en una red de prostitución, asesinada; mi madre Oumou, obligada a casarse con un hombre que se sentía con derecho a maltratarla, que tenía varias esposas y disponía de una o de otra a su antojo; y Mariam, mi mujer. Quién sabe lo que habrá tenido que pasar ella sola en Gorom-Gorom desde que me fui dejándola al cuidado de nuestros hijos. No sé qué será de su vida ahora, durante un tiempo mantuvimos el contacto, pero ya he olvidado cuándo hablamos por última vez. Sé que montaron una pequeña tienda con el dinero que pude enviarles desde París, entonces yo manejaba mucha pasta y me lo podía permitir. Pero luego nos distanciamos, cada vez más, y la esperanza de volver a reunirnos algún día se fue apagando poco a poco. Supongo que ya no pensarán mucho en mí. Es comprensible, yo nunca pude traerlos a Europa, como prometí, y tampoco me decidí a regresar aceptando mi fracaso. Aunque todavía me duele, y sigo sintiéndome culpable cada día que pasa. Más ahora que estoy tan cerca del continente africano. Estos días me han entrado dudas, he pensado si no debería volver a casa, finalizando de una maldita vez mi aventura europea.

Levanto la frente y, antes de que me atreva a decir nada, me encuentro con los ojos negros de la mujer de Jun. Las profundas arrugas de su rostro hablan de una larga historia de sufrimiento, de humillaciones y menosprecios, tal vez alguna paliza también…

—¿Cómo te llamas? —le pregunto.

—¿Qué?

—Tu nombre.

—Migyung —responde señalándose a sí misma con un dedo.

Creo que si ya me costaba entender a Jun, con su mujer, mejor dicho, con Migyung, lo voy a tener mucho más crudo. Continúo hablando, muy despacio, intentando vocalizar bien, y haciendo gestos:

—Jun y Ayoze, el Lagarto. Se los han llevado en una furgoneta.

—Sí.

—¿Adónde? ¿Tú lo sabes?

Me dice que no con la cabeza.

—¿Te han pedido algo los secuestradores?

No comprende mi pregunta.

—¿Rescate? ¿Tú tienes que pagar? Para que vuelvan a casa —reformulo la pregunta, pero ella solo me mira arrugando la nariz.

No me doy por vencido:

—Los secuestradores, los malos —ahora ya hace gestos de asentimiento—. ¿Qué quieren? ¿Dinero?

—Sí, dinero. Dinero o matar.

—¿Cuánto quieren? —continúo—. Mil, diez mil…

—Cien mil.

—Cien mil euros. —Para estar seguro de que lo entiende, escribo las cifras en la pantalla del móvil. Ella agita la cabeza diciendo que sí.

—Cien mil Jun, cien mil Ayoze —aclara—. Si no, matar.

Joder, esto se está complicando demasiado.

—Un día —añade Migyung—. Un día dinero o matar.

—Nos dan un día de plazo, de acuerdo. ¿Eso hasta qué hora es? ¿Te lo han dicho? —Vuelve a arrugar la nariz. Señalo el reloj de la pared—. Tenemos que pagar mañana, pero ¿a qué hora? ¿tenemos tiempo hasta la medianoche?

Uf, no hay manera de que entienda mi pregunta. De todos modos, ¿qué más da? Imposible reunir esa cantidad, ni de coña, mucho menos yo solo.

—¿Has hablado con la policía?

—No, malos dice «¡¡¡policía no, si no matar!!!».

—Claro, los malos siempre amenazan con eso. Pero algo dirías a los polis cuando vinieron. ¿No te preguntaron nada?

—Policía no.

No hay forma de sacarla de ahí. Cualquiera sabe lo que habrá dicho a los polis y lo que habrán entendido ellos. ¿Que su marido y el Lagarto se han ido de excursión con unos señores? Me imagino que ya estarán investigando lo ocurrido, que habrán interrogado a algún testigo, el tipo del balcón, por ejemplo. ¿Debería hacer una llamada para contarles lo del rescate? ¿O, incluso, que Emiliano Cabrera está implicado?

Migyung se levanta y se acerca a la imagen de Jesucristo que cuelga de la pared. Por un segundo, pasa por mi imaginación si no se pondrá a rezar frente al cuadro, pero nada de eso. Lo agarra por el marco y lo descuelga, dejando a la vista un agujero en el muro. De ahí saca un bote de latón, lo trae a la mesa, le quita la tapa y vacía su contenido. Hay mucho dinero, pero todavía muy lejos de los doscientos mil que nos piden. No creo que llegue ni a la cuarta

parte.

—Coge —dice, sujetándome por una muñeca. Tiene la mano helada.

Esta pobre mujer está poniendo demasiadas esperanzas en mí.

—¿Los malos han dicho algo de Hae? —le pregunto.

—Hae no.

—¿No?

—No. Hae tú busca, tú.

Migyung me tira de la muñeca hasta que mis dedos tocan los billetes que hay sobre la mesa. Hace un esfuerzo por sonreír.

7
VICTORIANO SUAREZ

Anoche, camino del búnker, intenté contactar con Monroy, pero no recibí respuesta. Al menos parece que leyó un *WhatsApp* que le envié contándole mi encuentro con Migyung en el restaurante. Al final del mensaje le pedí que pasará esa información a su colega madero, Déniz, pero no sé si me habrá hecho caso, porque sigue sin responder a mis llamadas. Volveré a intentarlo más tarde.

He pasado la noche solo en este refugio. Es curioso, durante el tiempo compartido aquí con Gaspar y Ayoze, siempre me ha parecido un lugar casi acogedor; sin embargo, ahora que tengo todo el espacio para mí, me resulta claustrofóbico. No he podido descansar bien, he pasado las horas en un duermevela interrumpido constantemente por el rugido de las olas y los aullidos de las violentas ráfagas de viento. Por momentos ni siquiera sabía si estaba soñando o despierto. He visto una luna llena, enorme, y a la cabra de Tino mirándola fijamente. En las pezuñas llevaba unas chancletas rojas, y balaba con fuerza, más y más, insistentemente, cada vez más alto, hasta provocarme dolor de cabeza. Luego me he

visto rodeado de cangrejos, cientos de cangrejos, miles. Entraban al búnker, llenando todo el piso y subiendo por las paredes hasta el techo. Escalaban también las patas de la cama, abriendo y cerrando sus pinzas, clic-clac, clic-clac… Después ha habido un cambio súbito de escenario, y he visto aparecer un barco surcando las aguas sosegadas del mar, acercándose con calma a la costa africana, al puerto de Dakar, en concreto. Y yo viajaba en el interior de ese barco.

Ahora tengo la cabeza embotada. Mientras preparo un café que me ayude a despejarme, se me ocurre que, quizás, he tenido un sueño premonitorio, y que la mejor solución a mis problemas podría ser la huida pura y dura, no a la Península ni a otra isla, sino a casa, a mi auténtico hogar. Seguro que hay barcos que hacen el trayecto desde el puerto de Las Palmas a la costa africana, sobre todo a Dakar. Si consiguiera colarme en uno de ellos, acabarían mis quebrantos, adiós a los disgustos y sinsabores de estos últimos años. No creo que el maldito Cabrera enviara a sus sicarios hasta allí, no soy tan importante para él. Por fin viviría en paz, en mi tierra, en Burkina Faso, en Gorom-Gorom, con mi familia, si es que aún quieren saber algo de mí, o sin ella, pero en paz. ¿Por qué no?

Mientras tomo el café, me fijo en el cartel que sigue pegado a la pared: *El Lagarto de Escaleritas vs El León de Dakar*. Al observar el torpe dibujo del lagarto, me viene a la mente la sonrisa de Ayoze, mientras me dice «¡chacho!»; pero también la cara de lechuza del cabrón de Jun llamándome «esclavo»; y la mirada triste de Migyung, su mano helada, y los ojos vivarachos de Hae… Y siento ese pellizco en el estómago que… Joder, ¿qué me pasa? Hace unos días ni siquiera conocía a esta gente, ¿por qué tengo que preocuparme por su suerte ahora? Después de todas las hostias que me ha dado vida, ya va siendo hora de espabilar, ¿no? Debería darme prioridad a mí mismo, pero no puedo pasar de ellos, algo me lo impide. Tengo que salvar el culo, pero si pudiera hallar el modo de hacerlo sin remordimientos…

En cualquier caso, puedo ir pensando en un posible plan de fuga. El puerto está cerca de aquí, sin salir de La Isleta, junto a la plaza Manuel Becerra. He pasado por allí varias veces y nunca me ha parecido que haya demasiado control de entrada. Aun así, debería estudiarlo mejor, y este puede ser un momento adecuado.

Termino el café y salgo, ya con las ideas un poco más claras. Sin embargo, vacilo al pasar cerca del búnker de Tino el Peligroso. Quizás debería hablar con él. Es un tipo muy reservado, no hemos intercambiado más de cuatro palabras desde que nos conocemos, pero creo que se merece saber lo que pasó ayer. En fin, también están en juego sus orejas, o su pescuezo.

Me dirijo, pues, hacia la entrada de su búnker, y al llegar noto súbitamente que todos los rizos de mi cabeza se quieren poner de punta. La cabra está muerta en un charco de sangre, medio devorada, y a su lado descansa el lagarto gigante, con el hocico rojo, aparentemente saciado. Ahogo un grito y retrocedo trastabillando, al mismo tiempo que Tino sale a la puerta haciéndome señas para que no haga ruido. Veo que, al menos, el bicho está atado por una pata. Tino el Peligroso me coge por un brazo y nos alejamos un poco del búnker.

—¡Encontró él solo el camino de vuelta! —me dice con una sonrisa llena de dientes.

—¿Pero cuándo ha venido?

—Anoche.

—¿Y se ha comido a la cabra?

—Tenía hambre, el pobrecito. Además, es muy celoso.

Este Tino es raro de cojones. No sé de dónde habrá salido, no le noto ningún acento marcado, pero su aspecto físico, pequeño y musculoso, y en especial ese careto achinado con un bigotillo de cuatro pelos ralos sobre su morro de pez, me recuerda a los indios de la Amazonía. Una vez vi un reportaje en el que salía un cacique repitiendo: *«Se tei, tei»*, lo que en brasileño viene a ser «si hay, hay; y si no hay, no hay». Esa frase encaja a la perfección con la filosofía de vida de los africanos. Y parece que a Tino no se le ha ocurrido que podría haber ordeñado la cabra todos los días para desayunar leche fresca, que incluso podría haber hecho quesos para guardar en la despensa. Ahora, durante unos pocos días, él y su monstruo tendrán comida hasta hartarse, y después se acabó, volverán a su dieta de cangrejos y lapas. Lo esencial es el presente, vivir el momento, y punto. Pues me parece muy bien, qué demonios.

—¿Sabes lo que pasó ayer en el restaurante de Jun? —le digo.

—Claro.

Me pregunto cómo se habrá enterado. Apenas se aleja de su

búnker, y por aquí no pasa ni dios, como no se lo hayan soplado las gaviotas…

—¿Y? —le interpelo.

—¿Y…, qué?

—¡Digo que qué piensas hacer!

Estoy a punto de contarle que yo seguramente me dé el piro, que lo mejor es desaparecer rápidamente, huir tan lejos como uno pueda. Pero él se encoge de hombros y me deja flipado con su respuesta:

—Yo me voy a pescar.

«Claro, muy lógico», me digo.

El tipo se cala el sombrero de paja, agarra la caña y, sin más, da media vuelta y se aleja dándome la espalda. Echo una última mirada al lagarto y lo dejo sesteando plácidamente mientras hace la digestión.

Continúo mi camino hacia la zona habitada de la península, enfrascado en mis pensamientos. Mastico mis dudas en calma mientras cruzo la playa del Confital, mientras me asfixio subiendo la pasarela hasta el parque Pepe el Limpiabotas, y mientras bajo la cuesta entre las coloridas fachadas del barrio de La Isleta. Y, tal vez inspirado por la alegría que estas casas transmiten, es aquí donde empiezo a ver la luz. ¡Sí! Ya sé lo que tengo que hacer para salir de esta movida sin sufrir demasiado cargo de conciencia.

Por fin llego a mi destino, la plaza Manuel Becerra. Las fiestas del barrio han terminado, ya han retirado el escenario y todas las sillas, pero todavía quedan muchos banderines por ahí colgando. Desde aquí veo la entrada al puerto de Las Palmas, a unos cien metros, justo al otro lado de la rotonda donde arranca la autovía. Ahí mismo está el puesto de la Guardia Civil, pero no se ve ningún picoleto, todo el mundo pasa sin ningún impedimento.

Es la misma impresión que me ha dado cuando he venido por aquí otras veces. Pienso que, de haber policías, estarán dentro de la caseta. Me los imagino hojeando el periódico o viendo la tele, el caso es que nunca los he visto controlando el paso junto a la señal de stop. Solo hay un detalle que me hace dudar: toda la gente que he visto cruzando por ahí tiene el rostro pálido, algunos tirando a morenos, pero todos ellos con pinta de autóctonos. ¿Habrá alguien dentro de la caseta vigilando lo que se mueve fuera?

Solo hay una manera de averiguarlo: probando. Dejo atrás el monumento a los marineros, cruzo la rotonda y… Justo cuando estoy llegando al punto de control, ¡magia! Sale de la caseta un tipo vestido de verde, muy simpático él. ¡Puta casualidad! Me giro en el último segundo, con mucha naturalidad, carraspeando mientras me rasco la cabeza. Por suerte, el madero no me da el alto para pedirme explicaciones, se conforma con lanzarme una sonrisilla maliciosa.

Doy toda la vuelta a la rotonda y me voy por donde he venido, hasta llegar otra vez a la plaza Manuel Becerra. No podía ser tan fácil. Pero bueno, tampoco parece extremadamente complicado, porque los coches siguen pasando por delante de la caseta sin detenerse. A lo mejor…

Suena mi móvil. Es Monroy, casi había perdido la esperanza de recibir su llamada.

—Rubio, ¿qué pasó? —Esta vez su tono es amable—. ¿Te pillo liado?

—Imagínate, a tope de trabajo, como siempre. ¿Por qué?

—Me estoy comiendo unos churros en la cafetería La Naval. ¿Puedes sacar unos minutitos para reunirte aquí conmigo?

—Sí, creo que puedo permitírmelo.

—Perfecto, sabes dónde está La Naval, ¿no?

—Claro, en un par de minutos estoy ahí.

El tipo más duro de Las Palmas está sentado en una de las mesitas de la acera. Aún quedan algunos churros en su plato. Me hace una seña para que me acomode frente a él, y entonces le veo el ojo morado. También salta a la vista otro cardenal sobre la cicatriz de la mejilla. Antes de que pueda preguntar nada, llega el camarero, el siempre alegre y enrollado José. Parece que hoy tiene el día operístico, canta gesticulando como un divo y con emoción impostada un aria que me suena mucho: *«Il nome suo nessun saprà…»*.

—¿Aida de Verdi? —pregunto, recordando mis tiempos de figurante y corista de ópera en Bilbao.

—Casi casi: Turandot de Puccini —me corrige Monroy—. Es el aria *Nessum dorma*.

—Últimamente no te he visto por aquí, Touré —me saluda José,

sin darme tiempo a fustigarme por la metedura de pata—. ¿Qué tal todo? ¿Mejor?

—Bueno, en parte, sí.

—¡Bien! —celebra—. ¿Y qué vas a tomar?

—Un café con leche obrero, por favor.

—¡Marchando! —el esquelético camarero vuelve a entrar en la cafetería-churrería, subiendo el volumen de su canto—. *«No, no, sulla tua bocca lo dirò…»*.

Apenas nos quedamos solos, dejo caer mis sospechas:

—¿La razón por la que me has hecho venir tiene algo que ver con lo guapo que te han dejado?

—Algo que ver no, mucho. Todo —Monroy pilla un churro y lo moja en su café—. Anoche, mientras caminaba por el paseo marítimo de mi barrio, me atacaron por sorpresa un par de gorilas de Cabrera, no sé si querían darme pasaporte o solo advertirme para que no siga metiendo el hocico en sus asuntos. Y lo peor de todo es que, mientras me zurraban, se les ocurrió decir que iban a violar y matar a mi hija —se lleva el churro a la boca y le pega un mordisco con rabia—. Ahí es cuando la cagaron de verdad. Uno de ellos fue de excursión al hospital, y el otro está explorando el fondo marino —alza la vista y me mira fijamente—. Y después de la mala noche que tuve por culpa de los golpes, pensé que esto no iba a quedar así.

—Eso quiere decir…

El exmarinero me interrumpe:

—Quiere decir que ese pervertido hijo de puta va a pagar muy cara su osadía. Si quiere guerra, guerra tendrá.

Celebro esas últimas palabras, lo único que interfiere en la agradable sensación que me dejan son los aullidos desafinados que vienen del interior de la cafetería: *«¡Vincerò! ¡Vincerò! ¡Vinceeeeerò!»*.

—Me imagino que aún estás pensando en liberar a tus colegas —añade Monroy.

—Precisamente de eso quería hablarte.

—Cambiaste de opinión, ¿o qué?

—No, qué va. Al contrario, se me ha ocurrido un plan que quiero contarte, seguro que te gusta.

Echo un rápido vistazo a nuestro alrededor y, sin andarme con chorradas, pongo en la mesa dos fajos de billetes bien gordos, todo

el dinero que me ha dado Migyung.

—¡Mi niño! —suelta el camarero José, casi derramando el café que trae en una mano—. Pues sí que cambiaron las cosas para ti. Pero no te preocupes, no pienso hacerte ninguna pregunta comprometida.

Deja el vaso largo sobre la mesa y hace ademán de alejarse.

—Espera, José —saco un billete azul de uno de los fajos y lo tiendo hacia él—. Quédate con las vueltas.

—Lo dicho, no pienso hacer ninguna pregunta comprometida —me guiña un ojo al coger el dinero y se marcha, repitiendo la última frase del aria con los brazos en alto—. *«¡¡¡All'alba vincerò, vincerò, vinceeeeerò!!!»*.

Monroy se queda observando los billetes de la mesa.

—¿De dónde sacaste tanta pasta?

—¡Qué más da! —empujo los fajos hacia él—. La cuestión es si basta para pagar tus servicios.

—A estas alturas no necesito ninguna motivación extra para ir a por Cabrera, pero un poco de guita me vendrá bien. Podemos hacerlo a medias.

—No, es todo para ti porque vas a tener que currártelo tú solo. Son tus honorarios por liberar al Lagarto y a Jun, y por encontrar a la pequeña Hae. ¡Ah!, y además necesito que me hagas un favor: ¿Tu coche tiene maletero grande?

El exmarinero echa mano a los fajos y los arrastra hacia sí, mirándome con indolencia. Evidentemente, espera más explicaciones; pero antes de que pueda dar ninguna, suena mi teléfono, miro la pantalla y pulso de inmediato el botón verde.

—¿Diga?

—¡La niña, la de la foto, ha salido a la calle!

Casi me había olvidado de los africanos que dejé vigilando a la puerta del Reina Isabel. La verdad, no confiaba mucho en que fueran a volver por la mañana. Además, prácticamente ya me había convencido de que Hae no estaba en ese hotel. Una prueba más de mi afinado instinto.

—¿Seguro que es ella?

—Segurísimo.

—¿Con quién está?

—Ha salido del hotel con un hombre. Se han plantado en la cola

de un puesto de helados.

—Vale, ahora mismo voy. Procurad que no se metan otra vez en el hotel.

—Ya, ¿y qué hacemos si quieren volver a entrar?

—No sé, algo se os ocurrirá. Llego enseguida.

Cuelgo y miro a Monroy poniéndole cara de pena.

—Acompáñame, por favor.

—Al menos parece que están tratando bien a la cría —le digo a Monroy, mientras caminamos a toda leche por el paseo de Las Canteras.

—No te fíes.

Por fin divisamos el hotel Reina Isabel. Frente a la entrada, apoyados en la barandilla que separa la playa del paseo, esperan los tres africanos a los que encomendé la vigilancia. Al pasar junto a la vidente Aminata, levanto una mano en señal de saludo pero ella no me hace caso. Los chavales del centro de acogida nos ven, el de la camiseta roja hace un gesto para que nos demos prisa.

—Han cogido un helado cada uno y han bajado a la playa. Están allí delante, ¿los veis? —Señala con un dedo.

En efecto, la niña y un hombre que lleva visera están cerca de la orilla, comiéndose el helado mientras miran las olas. ¡Qué fácil es engañar a una criatura! Monroy y yo también bajamos a la arena, justo cuando ellos se giran, parece que de vuelta al hotel. Hemos llegado a tiempo, ¡menos mal!

—Quizás no sea buena idea que coja yo a la niña —observo mientras nos acercamos—. La gente podría sacar conclusiones equivocadas.

—Tranquilo, déjalo en mis manos.

Coño, no pensaba que el exmarinero fuera a ser tan literal. Apenas llegamos hasta el hombre, Monroy le arrea dos puñetazos por sorpresa, uno en cada mejilla, y el tío cae redondo.

La gente que ha visto la agresión reacciona como era de esperar: en un primer instante todos se quedan mudos, con cara de susto, y luego algunos empiezan a hacer comentarios entre ellos, censurando la agresión. La niña rompe a llorar, la habremos asustado, a la pobre. Pero, mientras los lagrimones le bajan por las mejillas, empieza a balbucear algo que no entiendo bien.

—¿Qué dice? —pregunto mirando a Monroy—. «¡¿Papá?!».

¡Hostia! Pues sí, está diciendo «papá», no para de repetirlo mirando al hombre que se ha quedado grogui en el suelo. Ahora recuerdo una de las parrafadas incomprensibles que me soltó Jun en su restaurante: «Hae medio vasca, como tú, padre malo, problemas, fuera, luego más problemas, aquí bien…». Joder, habrá que aclarar este embrollo; pero eso más tarde, ahora lo urgente es salir de esta movida que acabamos de liar. La gente empieza a rodearnos. Aunque todavía no ha salido ningún valiente que nos recrimine nada directamente, la indignación se refleja en sus caras, esto está a punto de estallar. Algunos cogen el móvil, no sé si con intención de grabarnos o para llamar a la policía, ninguna de las dos opciones nos conviene. El exmarinero tampoco tarda en intuir el peligro.

—Touré, ¡lárgate de aquí! —me dice.

—¿Yo solo? Y tú ¿qué?

—Te digo que te largues, yo ya me las arreglaré —insiste, empujándome a un lado.

Obedezco y vuelvo hacia el paseo, con la cabeza gacha, intentando no llamar la atención, como si el incidente de la playa no fuera conmigo. Muchos paseantes se detienen al ver el mogollón que se está formando y se preguntan unos a otros qué es lo que ha ocurrido. Al menos nadie se fija en mí, solo los tres jóvenes africanos, que me están esperando con cara de asombro.

—Pero ¿qué habéis hecho? —me pregunta uno de ellos.

—Nada, un malentendido —recordando mi promesa, saco tres billetes de cincuenta y se los entrego—. Yo no os he hecho ningún encargo y vosotros no habéis visto nada.

—Tranquilo, ni siquiera nos conocemos —responde el de la camiseta roja, mientras sus dos colegas hacen un gesto de complicidad. Los chavales se guardan los billetes tan contentos y yo me doy el piro sin perder un segundo más.

El dinero de la primera exhibición de lucha está dando mucho de sí, pero si continúo gastando a este ritmo, y teniendo en cuenta que no he querido quedarme con un solo billete de Migyung, pronto volveré a tener la cartera vacía. Tendré que posponer un poco más lo de alojarme en el Reina Isabel.

Me cruzo con unos munipas bastante fondones que acuden con desgana a poner orden en la playa, y unos metros más adelante encuentro a Aminata.

—Tenías razón —le digo, a modo de saludo—, la niña estaba en ese hotel de nombre «Reina» Isabel.

—Los cauris nunca se equivocan.

—Y tu buena vista tampoco, ¿verdad? —guardo silencio para observar su reacción, pero ella no dice ni mu—. ¿Por qué no me dijiste desde el principio y sin mamoneos que habías visto a la cría entrando a ese hotel?

—Porque yo solo vi una niña feliz paseando tranquilamente de la mano de un hombre normal. Tú, en cambio, ¿de dónde has salido? ¿Por qué me iba a fiar de ti? Ahora creo que incluso te dije demasiado.

—Claro, pero bien que cogiste mi dinero, ¿verdad? ¿Los cauris no te dijeron que soy un tipo legal?

—No.

Bueno, siendo honesto, a día de hoy me queda muy poco de legal, no hace falta preguntar a las conchas africanas. Y, poniéndome en el lugar de Aminata… Probablemente haya actuado del modo más correcto. Mejor pasar página.

Echo una última mirada hacia la playa. Los municipales ya han llegado al lugar del incidente. El hombre de la visera se ha puesto en pie, señala con dedo acusador a Monroy mientras con la otra mano acaricia la cabeza de Hae, que se le abraza a la cintura, pegándose a él como una lapa. La policía empieza a cachear al exmarinero. ¡Lo que faltaba! Será mejor que me esfume del todo, cuanto antes mejor. Doy la espalda a la adivina beninesa sin decir nada, no me apetece ni despedirme de ella, pero aún escucho su voz antes de alejarme:

—Los cauris han dicho algo más.

Me vuelvo hacia ella, desconfiado.

—¡Cómo no! Todavía esperas sacarme otro billete, ¿verdad?

—No quiero tu dinero. Escúchame con atención: los cauris dicen que estás en grave peligro. Te he visto rodeado de rojo, rojo sangre por todas partes. Ándate con cuidado si ves algo de ese color.

Me vienen a la mente las chancletas de Gaspar el Gallego, primero en sus pies, cuando vi su cuerpo tirado en el Danbam; después en mi sueño, en las pezuñas de la cabra que también acabó muerta. El augurio de Aminata me confunde. ¿Cómo demonios puede saber…?

—No te quites nunca el *gri-gri* —concluye, observando el collar que llevo en la garganta.

La última mirada de la adivina me provoca un escalofrío, y me alejo de ella sin decir nada más.

Ha pasado ya un rato desde el puñetero malentendido de la playa de Las Canteras. Nada más huir de allí, he ido directo al *Danbam* en busca de explicaciones. Cuando Migyung me ha abierto la puerta, no le he ocultado mi cabreo, no he querido sentarme ni aceptar la birra que me ofrecía, he preferido quedarme de pie junto a la barra, respirando hondo, intentando calmarme, porque sabía que si me dejaba llevar y le soltaba de golpe todo lo que llevaba acumulado no se iba a enterar de nada. He procurado hablarle con frases cortas y claras.

—Hae con su padre.

Al principio me miraba confusa, luego ha empezado a negar con la cabeza.

—Con su padre —he insistido, levantando la voz y vocalizando exageradamente—. ¡Está bien, contenta! En un hotel elegante de Las Palmas.

—No, ese no padre.

—Pues ella le llamaba «papá» todo el rato.

—Papá mentira, padre no. Madre sí, madre hija mía —decía, señalándose a sí misma.

—Jun me dijo que la niña era «medio vasca», como yo. ¿Me puedes aclarar, por favor, toda esta historia?

—Vasco malo, Hae aquí bien, ¡con abuelos!

Le he contado la escenita de la playa. Después he intentado sacarle la verdad, cómo se produjo realmente el supuesto secuestro, dónde está la madre de la niña… Pero esta señora solo entiende lo que quiere, y han sido inútiles todos mis esfuerzos. Imposible aclarar nada.

Al final se me han hinchado las narices y la he amenazado con llamar a la policía para que sean ellos quienes aclaren el entuerto. Entonces es cuando la vieja se ha puesto como una fiera. Se le han abierto los ojos como platos y ha empezado a chillar con el rostro desencajado. Ahora resulta que la dulce abuelita es, en realidad, una bruja horripilante. «¡¡¡Dinero!!!» gritaba, sacándome las uñas,

«¿¡Dinero dónde!?». Al final he comprendido que si quería conservar los ojos, más me valía largarme. Y menos mal, porque apenas he salido, ha llegado un coche patrulla al restaurante y se han llevado a la vieja detenida.

¡De la que me he librado! Una buen rato después, todavía resuena en mi mente la última pregunta de Migyung: «¿Dinero dónde?». Pues Monroy sabrá…, que es a él a quien se lo he dado antes. Justo ahora me entra una llamada suya.

—¿Dónde estás? —pregunto, temiéndome lo peor.

—Saliendo de comisaría.

—¿Así, sin más?

—No, por mi cara bonita. ¿Recuerdas que tenía un contacto aquí dentro?

Me explica que los involucrados en la movida de la playa —a excepción del negro que se ha escaqueado a tiempo, claro—, han tenido que ir a comisaría para declarar. Nuestra acción podía haber tenido consecuencias muy negativas, pero afortunadamente ha aparecido el ángel de la guarda de Monroy, ese colega suyo, el comisario Déniz, que se lo ha llevado a su despacho para hablar a solas con él, le ha comprado una versión de los hechos convenientemente adaptada y, luego, en nombre de su antigua amistad y teniendo en cuenta todos los favores que se han hecho mutuamente, se ha arreglado para que lo dejen libre. Seguramente ha ayudado la buena predisposición del agredido, más apaciguado después de que le hayan prometido agilizar todos los trámites burocráticos para que pueda regresar cuanto antes a Bilbao acompañado de su hija. De cualquier modo, los fajos de billetes que había en el bolsillo de Eladio se han quedado en comisaría. No han colado las explicaciones sobre una herencia inesperada que se ha inventado para justificar su origen. Así que podemos dar por perdido ese dineral.

Además, Monroy le ha contado al comisario todo lo que sabemos sobre el secuestro de Jun y Ayoze, esto también bastante tergiversado para no comprometernos a ninguno. Parece que la policía se pondrá a trabajar en ello, pero, aun así, nosotros no vamos a quedarnos de brazos cruzados. Al menos eso me ha asegurado el exmarinero. Dice que necesita un poco de tiempo para obtener «cierta información», y que ya me volverá a llamar.

Después de los últimos acontecimientos, y tras evaporarse el dinero de Migyung, con el que yo pretendía pagar a Monroy, no me he atrevido a recordarle mi plan de fuga. Tendré que aguantar un poco más en Las Palmas, y luego… será lo que tenga que ser.

En fin, es lo que hay. Echo mano a la cartera y la palpo, a ver cuánto abulta. Todavía no ha adelgazado del todo, pero a saber cuánto tiempo durará así. El caso es que, desde que estoy en esta isla, todo el dinero que pasa por mis manos o por delante de mis ojos, acaba desapareciendo por una razón u otra. Conclusión: será mejor gastar lo que queda rápidamente, antes de que me lo quiten. Para empezar, voy a darme un homenaje en un bar de La Isleta al que ya le tengo echado el ojo desde hace tiempo, uno con el techo lleno de jamones colgando, el Bar Bochinche Los Jamones, precisamente.

Entro al establecimiento y voy pisando fuerte hacia la barra. Me pido una ración doble del mejor ibérico, unas papas arrugadas con mojo picante, un plato de pulpo y la botella más cara de vino tinto.

El tasquero escucha mi comanda con gesto de desconfianza. Probablemente piense que le estoy vacilando, espero que no se le ocurra echarme a la calle. Yo, por si acaso, pongo los brazos sobre la barra, para que vea que no llevo ninguna pulserita roja. El tío continúa entre sorprendido e indeciso, hasta que, de repente, veo que hay una bufanda del Athletic colgada de la pared, y se hace la magia.

—¡Aúpa Athletic! —le suelto. Y su expresión se relaja en el acto. La enseña rojiblanca me da pie a contarle que he vivido muchos años en Bilbao, que he estado varias veces en San Mamés animando al equipo… Y a partir de ahí todo es mucho más fácil, me ofrece una mesa y me trae todo lo que pido, sin un mal gesto y al son del himno del Athletic que enseguida pone a sonar en el aparato de música: *Athletic gorri ta zuria, danontzat zara zu geuria…*

Después de disfrutar de la jamada como un animal, dejo una propina en consonancia. Al final, todos contentos. Salgo del Bochinche mucho más animado, recordando lo acertado de la filosofía amazónico-africana «*Se tei, tei*», y con cierta euforia, fruto del vino que me acabo de pimplar.

Y entonces, de súbito, aparece frente a mí Batman. Por un momento dudo si no será una visión producida por los efectos del

alcohol, pero no, es el Batman de La Isleta en persona, y este tampoco parece un encuentro casual, porque se me acerca y me da una tarjetita con la silueta del murciélago. Doy la vuelta a la cartulina y leo una anotación escrita a boli: «*Victoriano Suárez, Canarias7, El Sebadal*».

Para cuando levanto la vista, Batman ya se está alejando. Pero aún no se pira del todo, agarra lo que parece un cóctel molotov, prende con un mechero la punta del trapo que sobresale por el cuello de la botella y lanza esta contra la fachada de una oficina inmobiliaria. Mientras se extienden las llamas, espray en mano, escribe algo en una pared y lo remata con su firma, me hace un gesto levantando el dedo pulgar y desaparece rápidamente por una bocacalle. Leo lo que ha escrito en la pared blanca: *«Corruptos a la hoguera, políticos y empresarios especuladores a la cárcel. Batman de La Isleta»*.

Será mejor que yo también me largue de aquí a toda pastilla.

Preguntando un poco por ahí, resulta que *Canarias7* es el nombre de un diario que tiene sus oficinas en El Sebadal, el polígono industrial de La Isleta. La guagua 19 me ha traído hasta la puerta del periódico en pocos minutos. Entre las oficinas, los talleres, una cadena de televisión que está aquí al lado y el *Mercadona* de enfrente, hay mucho meneo por esta zona. En cuanto me bajo del bus, pienso, «¿y ahora qué?». Dudo que sea buena idea presentarme diciendo que busco a Victoriano Suárez y que vengo de parte de Batman.

No sé qué hacer. Ya llevo indeciso un rato, frente a un enorme logo de *Canarias7* que, por cierto, el que lo diseñó tampoco se rompió mucho la cabeza: letras blancas y número amarillo sobre un fondo rojo, y ya está. Me llama la atención el mogollón de placas de ese mismo color sangre distribuidas por la fachada del edificio, en alternancia con las amplias cristaleras. Rojo, rojo por todas partes, joder, esto me da un mal rollo…, yo ahí no me meto.

Así que me quedo junto a la entrada del edificio, plantado como una farola más, y así estoy mucho tiempo, demasiado, hasta que, cuando ya me empiezo a sentir gilipollas, sale un grupo de personas. Y me animo a probar:

—¿Victoriano Suárez? —digo, en alto.

Se detienen, me miran y, después de unos segundos de incertidumbre, un hombre se diferencia dando dos pasos al frente.

—Tiren para la cafetería —dice a sus colegas—, que yo enseguidita voy.

Se me acerca. Es pequeño, calvo… Resulta curioso, todos los canarios genuinos que he conocido últimamente tienen la cabeza pelada. Pero es lo único en lo que coinciden, el resto no tiene nada que ver. La expresión de Ayoze es bonachona, traviesa y simpática, Monroy es el típico malote duro de película, y este periodista transmite inteligencia y afabilidad con esa mirada de ojos negros, enmarcados en unas gafas de cristales redondos. Pocas personas me dan unas vibraciones tan buenas desde el primer momento. Ya veremos si, por una vez, mi instinto no me traiciona.

—Hola, soy Victoriano, redactor de *Canarias7*. ¿Y tú?

Su choque de manos y su sonrisa me inspiran confianza.

—Yo me llamo Mahamoud Touré. Me han dado esto por las calles de La Isleta —le enseño la tarjeta que me ha pasado Batman.

La sonrisa desaparece de los labios del periodista.

—Tengo un problema con un empresario, un empresario rico y corrupto —añado—. Igual le conoces: Emiliano Cabrera.

Me da la impresión de que el periodista aprieta el culo al oír ese nombre.

—Ese tío va a por mí —continúo, sin andarme con rodeos—, y quiero tomarle la delantera.

—¿Estás solo en esto? —me pregunta con gesto grave.

—No, con otro colega. El empresario ha secuestrado a dos amigos, y estamos buscándolos. Tal vez tú puedas ayudarnos.

Victoriano mira en la misma dirección por donde han desaparecido sus colegas, y vuelve la vista hacia el edificio de *Canarias7*.

—Tal vez los pueda ayudar, pero prefiero no hablar aquí.

—Lo comprendo.

—¿Podemos vernos en una hora, en otro sitio?

—Claro, donde tú digas.

—Un lugar discreto, que no esté muy lejos… —se queda pensativo unos segundos—. ¿Conoces el parque Pepe el Limpiabotas?

—Como la palma de mi mano.

—Bien, entonces ya sabes que en la parte de abajo hay unos asientos en los que casi nunca hay nadie. Quedamos ahí, ¿de acuerdo?

—Vale.

Volvemos a estrecharnos la mano y nos separamos, cada uno por nuestro lado.

Estoy en la zona más solitaria del parque que tantas noches me ha servido de dormitorio, sobre el acantilado, frente a una bonita estampa de la bahía de Las Palmas. Tengo a Eladio Monroy sentado a mi lado y, mientras esperamos la llegada del periodista Victoriano Suárez, me cuenta los últimos detalles sobre la rocambolesca historia del secuestro de Hae. Su colega, el comisario Déniz, se ha puesto en contacto con la comisaría de la Ertzaintza en Bilbao, y le han dado unos datos sorprendentes. Después, han interrogado a la mujer de Jun, con ayuda de un intérprete, hasta terminar de aclarar el asunto.

El caso es que había una denuncia previa en Bilbao por la desaparición de la niña, denuncia interpuesta por el padre legal, Unai Ugalde, con quien los abuelos de Hae ya habían tenido algunas desavenencias en el pasado. Según parece, al cabezota de Jun no se le ocurrió otra cosa que coger un vuelo a la capital vizcaína, agarrar a su nieta a la salida del colegio y traérsela a Las Palmas. Así, con dos huevos, sin decir nada al tal Ugalde y confiando en que este perdiera la pista de la chiquilla y se olvidará de ella. Pero de eso nada, el hombre enseguida sospechó dónde podría estar la cría, vino hasta aquí y la recuperó. Por lo que se sabe del padre biológico de Hae, que era de nacionalidad vietnamita, repudió a su mujer y a su hija al poco de llegar a Gran Canaria, y luego desapareció para siempre. La madre, según parece, conoció a Unai Ugalde mientras este veraneaba en la isla, y empezaron una relación que culminó cuando ella se trasladó a Bilbao con la niña y empezaron a convivir. Entonces sucedió la tragedia: la madre de Hae murió en un accidente. Desde entonces, a los abuelos siempre les ha parecido que lo más lógico es que su nieta esté en Las Palmas, con ellos; pero pasan por alto que el vasco es el padre legal de la niña, y es ahí donde surge el conflicto y empiezan los problemas.

Después de conocer toda la historia, tengo sentimientos

encontrados. Por un lado, me da rabia que Jun y Migyung no hayan sido sinceros conmigo, pero, por otro, siento cierta lástima por ellos; en cierta medida les comprendo.

Me imagino que ahora se aplicará la ley y será en los juzgados donde se decida quién se quedará con Hae. Pero ese ya no es mi problema, bastante tengo con lo mío.

Victoriano Suárez se está retrasando y empiezo a preocuparme. Me pregunto si se habrá arrepentido…, pero no, por ahí viene, bajando las escaleras, quince minutos tarde. Cuando ve a Eladio Monroy junto a mí, pone cara de susto, pero le tranquilizo: el individuo con cara de mala hostia que me acompaña es el colega del que le he hablado antes, el que me va a ayudar a joder bien a Emiliano Cabrera.

Después de las presentaciones, el periodista va directo al grano y nos dice que es muy difícil saber dónde pueden estar Ayoze y Jun, porque el empresario tiene varias residencias en la isla, además de muchos almacenes y locales repartidos por diferentes polígonos.

—Eso lo dejas en mis manos, no te preocupes —me sorprenden las palabras de Monroy, pero no digo nada—. Tú danos información sobre los trapos sucios de ese tiparraco. Seguro que tienes detalles muy sustanciosos, ¿verdad?

—Pues sí, a mansalva.

A continuación, el periodista nos cuenta unas cuantas cosas bastante interesantes. Algunas no nos sorprenden, ya estábamos al tanto de su debilidad por los pibes, como dicen aquí, y también de su red de prostitución y de la explotación de sus trabajadores. Pero es que la cosa no queda ahí, parece que el tipejo ha extendido sus tentáculos en busca de otras vías de enriquecimiento, tiene una avaricia insaciable. Últimamente se está centrando en el mundo de la construcción y quiere aprovechar el *boom* de los apartamentos turísticos. De hecho, la mayoría de los que se están construyendo ahora mismo en La Isleta son de su propiedad. Aunque esto en concreto no es ilegal, lo que está haciendo en el sur de Gran Canaria apesta: muchas de sus explotaciones agrícolas y terrenos se han ido recalificando como suelo urbanizable sin ninguna traba, con una rapidez sorprendente, y ahora se está forrando, construyendo chalés. Es fácil deducir que ha conseguido modificar las calificaciones a base de sobornos.

—En mi anterior puesto de trabajo, en el periódico *Las Islas* —continúa explicando Victoriano—, colaboraba con otro colega que quería sacar a la luz toda esta basura. Pero cuando acudió al director para enseñarle las conclusiones de la investigación… ¡A que no adivinan ustedes lo que sucedió!

—Que le ordenó olvidarse de esos temas sin interés y escribir un artículo sobre el ascenso de la Unión Deportiva Las Palmas —responde Eladio Monroy.

—Pues no. Lo echaron del periódico.

—¿Y sigue vivo?

—Sí, pero lejos de aquí. Después de quedarse en el paro, empezó a recibir amenazas de muerte, contra él y contra todos los suyos. Ya pueden imaginarse ustedes de parte de quién venían esas amenazas. El pobre se acojonó, como es normal, y se largó con toda la familia a la Península, al pueblo de su mujer.

—¿Y tú no tuviste problemas? —pregunto.

—En esos temas, yo siempre estuve a la sombra de mi compañero. Al poco tiempo de su despido, decidí largarme del periódico *Las Islas*. Ahora, en *Canarias7*, estoy mucho mejor. Sigo investigando esos asuntos por mi cuenta, pero debo reconocer que todavía no me he atrevido a publicar ni a compartir nada.

—Hasta hoy —puntualiza Monroy.

Victoriano se pone serio.

—Así es, hasta hoy. A ustedes les puedo pasar algún material, pero con una condición.

—Que es…

—Nadie debe saber de dónde ha salido la información.

—Por supuesto, no te preocupes.

Se hace un silencio que aprovecho para intentar aclarar alguna de las dudas que me rondan:

—Conoces al Batman de La Isleta, ¿verdad?

—Sí, estoy haciendo un reportaje sobre sus acciones.

—Y sabes que es él quien me ha pasado tu contacto.

—Claro.

—Si me ha enviado a hablar contigo, es porque sabe que estamos metidos en esta pelea contra Cabrera. ¿Cómo es eso posible?

—Batman lo sabe todo, es un superhéroe —una sonrisilla

traviesa se dibuja en los labios del periodista—. La cuestión es que el justiciero de nuestro querido barrio también quiere darle en los morros a ese sinvergüenza, sobre todo por los estropicios que está ocasionando a cuenta de los apartamentos turísticos. Batman quiere ayudarlos a ustedes y, tal vez, a ustedes también les venga bien su colaboración.

Eladio Monroy se tira un rato rascándose la barbilla antes de volver a hablar:

—Dejándonos de boberías y resumiendo: tanto Batman como nosotros, cada uno a su manera, queremos dar por el culo a ese hijo de la gran puta. Pero nos falta lo fundamental: pruebas de sus trampas y amaños, pruebas sólidas. ¿Las tenemos o no?

Victoriano asiente y saca un *pendrive* del bolsillo.

—Aquí tienen todo el material. En lo que se refiere a los trapicheos de Cabrera en la construcción, no hay más que indicios, no tenemos ninguna prueba irrefutable que pudiera ser utilizada en un juicio —hace una pequeña pausa—. Pero en lo que respecta a las redes de semi-esclavitud y prostitución que tiene montadas, hay unos testimonios muy interesantes, recogidos en grabaciones de vídeo.

Monroy se me adelanta y coge el pincho al periodista.

—No creo que tengas ordenador en el búnker —me suelta, y se lo guarda en el bolsillo. Luego se dirige a Victoriano—. ¿Los testigos declararían ante un juez?

El periodista se toma unos segundos para responder:

—No estoy seguro, los tendrían que convencer. Lo que está claro es que, si toda esa basura sale a la luz, Cabrera no se libra de esta.

El rostro del exmarinero no refleja tanto optimismo.

—Ya pasaron por mis manos un montón de casos como este —niega con la cabeza—. Algunos de ellos, incluso más evidentes, y después de trabajar en unos cuantos, llegué a una conclusión: en nuestras islas, los corruptos poderosos casi siempre consiguen, de una manera o de otra, irse de rositas, por muy graves que sean sus delitos.

Una parejita desciende por las escaleras que llevan hasta el rincón donde estamos. Vienen muy acaramelados, pero se les tensa el gesto en cuanto nos ven, y se largan por donde han venido.

—Yo no puedo hacer más —concluye Victoriano, poniéndose en

pie—. En manos de ustedes queda sacar provecho de toda esa información. Me parecerá bien lo que decidan hacer con ella, pero, por favor se lo ruego, que mi nombre no salga por ningún lado. Yo también tengo familia y quiero disfrutar de ella en paz.

Tras la marcha del periodista, Monroy permanece serio, cavilando mientras se pellizca el mentón. Seguramente está pensando qué uso dar al *pendrive*. A mí también me interesa el tema, pero tengo que recordarle que hay un asunto más urgente.

—Oye, Monroy, mientras nosotros pasamos el tiempo aquí, dándole al coco, el Lagarto y Jun están en grave peligro. Deberíamos hacer algo cuanto antes. ¿Por qué le has dicho al periodista que no se preocupe por el lugar donde puedan estar secuestrados, y que deje el asunto en tus manos?

—Porque sé dónde están.

Eso sí que no me lo esperaba, me cuesta reaccionar.

—Antes, cuando me has llamado desde comisaría, has dicho que tenías que ir a «obtener cierta información». ¿Se trataba de esto?

—Exactamente.

—Y, ¿cómo la has conseguido?

—Haciéndole una visita al matón que dejé vivo ayer. El tipo tuvo la amabilidad de confesarme adónde se llevaron a tus amigos.

—¿Así de fácil?

—Así de fácil, no. Tuve que convencerle para que soltara la lengua.

Monroy se pone en pie y va hacia las escaleras. Yo sigo lleno de dudas.

—¿Adónde vas? —le pregunto.

—Adónde «vamos», querrás decir. ¡No pensarás que voy a liberar yo solo a tus colegas!

Sigo sin tenerlo claro, pero me levanto y le sigo escaleras arriba.

—Mira, no sé qué te ronda en la cabeza, pero a mí se me ocurre algo muy simple para lograr nuestro objetivo —le digo—. ¿Por qué no utilizamos el *pendrive* para chantajear a ese cabrón y exigirle que libere al Lagarto y a Jun a cambio de dárselo?

—Haciendo antes una copia de seguridad, ¿no?

—Por supuesto.

—¿Tú te crees que Cabrera es gilipollas?

Tiene razón el exmarinero, a veces parezco bobo. Llegamos a la parte alta de Pepe el Limpiabotas, cruzamos la plazoleta y tiramos calle Faro abajo.

—Al menos tendrás un plan.

—Claro.

—¿Y cuándo piensas contármelo?

—Enseguida, en cuanto entremos al coche.

Monroy se detiene junto a una Renault Express de color rojo chillón que reconozco al instante. Es la misma furgona que estaban pintando en aquel taller al que fuimos Ayoze y yo a preguntar por él.

—¡Venga, entra! —me apremia, ya sentado frente al volante.

—¿No tienes otro coche?

El tipo más duro de Las Palmas me mira con un gesto de extrañeza.

—¿Qué le pasa a este?

Joder, ¡qué mal rollo!

—Creo que no has tenido en cuenta una cosa —protesto—. Ese matón al que has apretado las tuercas ya le habrá largado a Cabrera que sabemos dónde retienen al Lagarto y a Jun. Ahora estarán preparándose para darnos la bienvenida.

—Ese pringado no le va a decir nada a nadie nunca más. Mi cara de cabronazo es lo último que vio en este mundo.

Eladio Monroy arranca el motor mientras yo continúo clavado, pensando en lo afortunados que somos porque se haya cambiado de bando.

—Todos los matones que trabajan para Cabrera son de la peor calaña —sentencia—. Nunca te apiades de ellos. Y ahora —me señala el asiento del copiloto—, ¿vas a entrar o qué?

—Espera —el color rojo inunda mi cerebro, estoy al borde de la desesperación—. ¿Por qué no dejamos todo esto en manos de la policía?

—Porque la policía, como mucho, conseguirá detener a los malhechores.

—¿Y qué más quieres?

—Quiero mucho más. ¿Vas a entrar de una puta vez?

Me da vergüenza confesar mis temores quedando como un tonto supersticioso, así que, mal que me pese, finalmente entro a la

furgona.

—Conduce despacio, por favor —le pido, mientras me ajusto bien el cinturón.

Cruzamos el barrio de La Isleta hasta llegar al punto de inicio de la autovía, la gran rotonda situada a la entrada del puerto. Los recelos me estrangulan el estómago y empiezo a sentir un sudor frío. No sé por qué hostias he tenido que meterme aquí, mi pensamiento se acelera, debería bajarme, pero a ver qué le digo yo a este para que pare ahora, me dan ganas de abrir la puerta y tirarme en marcha… En realidad no necesito su ayuda para colarme en el puerto, seguro que hay algún sitio por donde se puede saltar la valla evitando el puesto de control de los picoletos. Y después, una vez dentro, hay un montón de barcos, no sería complicado colarse en alguno. Venir de África a Europa es complicado, pero el camino inverso… ¿Quién querría hacer la ruta opuesta? No creo que haya muchos controles, y ahí están esos buques, tan cerca… Si no salgo ahora mismo de esta furgona roja, quién sabe lo que me ocurrirá, es ahora o nunca.

—El Lagarto de Escaleritas —dice la voz calmada de Monroy, interrumpiendo por un momento el ritmo frenético de mi cabeza—, el mayor timador del archipiélago, deudor de media isla. Y Jun el coreano, el gran caradura, un liante de campeonato. ¡Menuda pareja! Y nosotros nos vamos a jugar el tipo por liberarlos.

La reflexión del exmarinero me trae sin cuidado, estamos saliendo de la rotonda, ahora entraremos en la autovía, esta es mi última oportunidad para bajarme…

Y entonces, súbitamente, me viene a la mente la imagen de la gente a la que dejaría tirada si me largo ahora en uno de esos barcos. Visualizo a Ayoze, su cara de susto cuando nos topamos en el huerto urbano, su sonrisa traviesa, los hipnóticos movimientos de su lengua reptiliana entrando y saliendo, rápidamente, una y otra vez, entre sus labios, justo antes de zurrarnos en el terrero… Me recuerda a otro lagarto: el que tenía tatuado mi querida Cristina. Se lo arrancaron a lo bestia los mafiosos de Burdeos, y ahora está en la cárcel. Si ahora me escapo a África, tendré que olvidarme de ella para siempre. ¿Es eso lo que quiero de verdad? Mi ataque de pánico queda sepultado, finalmente, bajo una avalancha de recuerdos y sentimientos. No puedo irme ahora, ya llegará el momento de

pensar con calma qué quiero hacer con mi vida.

Monroy me hace volver de golpe a la realidad cuando pisa a fondo el acelerador y sube a tope el volumen de la música. En poco tiempo, la chatarra roja que nos lleva hacia una meta incierta supera el límite de velocidad mientras le tiemblan todas las chapas. Me siento dentro de un féretro con ruedas. Vuelvo a ajustarme el cinturón y acaricio el *gri-gri* de Aminata, que llevo colgado del cuello.

8
ILIMANE

Bajamos hacia el sur de Gran Canaria pisando a fondo el acelerador y a ritmo de Extremoduro. Después de dejar atrás algunos pueblos genuinos y otras poblaciones mucho más artificiales, con urbanizaciones de chalés y complejos hoteleros construidos en pro del turismo, salimos de la autovía siguiendo una señal que marca «El Tablero» y, dos minutos más tarde, la furgona se detiene en un cruce para que monte un joven africano. Mientras continuamos por una carretera secundaria, Eladio Monroy no se complica con las presentaciones:

—Ilimane, Touré.

—Me podéis llamar «Ili» —añade el joven.

La aparición de un nuevo compañero de aventuras no me pilla por sorpresa. El exmarinero ha venido dándome detalles de su plan durante el viaje. Un plan que, a decir verdad, me parece muy arriesgado, casi suicida. Aun así, a falta de una idea mejor, le he dado el visto bueno y ahora ya no hay vuelta atrás.

Monroy me ha hablado bastante de Ili y, después de escuchar la

azarosa vida del chaval, llego a la conclusión de que, por muy mal que creamos haberlo pasado algunos inmigrantes durante nuestra travesía, siempre encontraremos a alguien aún más desafortunado que nosotros. Esa es la sensación que me queda con este joven senegalés que llegó en patera a Fuerteventura. Sobrevivió a la clásica ruta plagada de desgracias y sufrimiento, pero lo peor de todo comenzó una vez cruzada la línea de meta. Le detuvieron en cuanto desembarcó, casi antes de que pudiera poner un pie en tierra, y encima le culparon de ser nada menos que el patrón del cayuco, todo en base a falsos testimonios. Sus compañeros de viaje fueron a un centro de acogida, mientras que a él se lo llevaron directamente a la prisión de Las Palmas, que se llama «Salto del negro», para más inri.

Ilimane confiaba en el sistema judicial del primer mundo, estaba convencido de que pronto se demostraría su inocencia y quedaría en libertad, pero el asunto se alargó durante casi tres años, y el hecho de ser un chico joven y guapo no jugó a su favor en aquel largo periodo entre depredadores. Finalmente, gracias a la mediación de una ONG, logró salir del talego, pero ya no era la misma persona. Y, por desgracia, ese no fue el final de su mala racha. Ili tenía sus principios, no quería vivir mendigando, y buscó un trabajo digno. Así llegó, precisamente, a las plantaciones de tomate de Emiliano Cabrera, donde pasó mucho tiempo en régimen de semi-esclavitud, trabajando de sol a sol a cambio de un sueldo miserable que apenas le daba para vivir. Por eso cedió ante la posibilidad de ganar un poco más y terminó atrapado en la red de prostitución del empresario, convirtiéndose en un juguetito de lujo para viejas británicas y alemanas. Por si todo eso fuera poco, ahora es el propio Cabrera quien ha empezado a presionarle: «O te pones mirando a La Mecca para mí o te vas a la puta calle».

Pero ya está, Ili ha decidido poner fin a esa situación. Y ese es el motivo por el que se ha prestado a colaborar en nuestro plan. Bueno, y también porque Monroy le ha prometido una compensación económica. El exmarinero me ha confesado que para eso cuenta con los billetes que aún quedan en mi cartera.

Comienza a anochecer mientras circulamos por carreteras cada vez más deterioradas, hasta que, por fin, llegamos a una zona de invernaderos. Monroy desacelera, da media vuelta para dejar la

Renault Express mirando cuesta abajo, y aparca al borde de la carretera.

—El plan está claro, ¿verdad? —pregunta tras detener el motor.

—Muy claro —respondo. Ili expresa su conformidad con un simple gesto de cabeza. La dureza de sus ojos llama la atención en alguien tan joven, y contrasta con los rasgos finos y agradables de su rostro. Las cicatrices que las experiencias más crudas dejan en el alma siempre asoman por la mirada, lo compruebo cada vez que me miro en el espejo.

El exmarinero abre el portón de la furgona. Dentro hay dos mochilas, y una garrafa de gasolina de cinco litros en el interior de cada una. La que yo me echo al hombro contiene, además, un martillo bien grande. También hay una manta que Monroy aparta dejando al descubierto un rifle con aspecto viejuno pero provisto de mira telescópica.

El joven senegalés carga la otra mochila, y yo compruebo que mi mechero sigue en su sitio. Antes de ponernos en marcha, Eladio coge el bolígrafo metálico que siempre lleva en el bolsillo de su camisa y lo introduce en el mío.

—Por si acaso —añade.

—Por si acaso ¿qué?

—Puede ser un arma cojonuda, además de imprevista para el enemigo. A mí me ha sacado de más de un apuro.

Dicho esto, Ili y yo nos encaminamos hacia la entrada del campamento. Según nos alejamos vemos a Monroy, rifle en mano, trepando por la colina en busca de un escondrijo donde apostarse.

Ilimane me precede cuando pasamos por el puesto de control del campamento, que no destaca por su rigurosidad. Un blanco barbudo juega con el móvil, sentado en una silla, junto a una mesa pequeña sobre la que descansan una pistola y un paquete de tabaco; detrás de ellos, una caseta pequeña, dentro de la cual se intuye la presencia de alguien más, aunque nadie asoma la cabeza. El barbudo apenas nos hace caso. Mi compañero senegalés le saluda con un «buenas noches», y él simplemente levanta la vista un segundo, sin dignarse a devolvernos el saludo. Se supone que somos dos currelas del campamento y que regresamos a dormir después de pasar en el pueblo el poco tiempo libre que nos queda. No somos sospechosos, no suponemos ningún riesgo. Ni te imaginas, imbécil,

la que os vamos a liar en un par de minutos.

Seguimos hacia adelante y compruebo que la descripción que nos había hecho Ili se ajusta perfectamente a lo que vemos ahora: a la derecha del camino están los barracones para los trabajadores, separados en dos bloques; a la izquierda, al otro lado del cauce seco de un riachuelo, los invernaderos; y al fondo, arriba del todo, una chabola para guardar herramientas y trastos. Se supone que es ahí donde están encerrados Sirum King y el Lagarto de Escaleritas.

Nos acercamos en silencio al primer bloque de barracones. Son prefabricados, sin ventanas, y a su alrededor se amontona la basura. Al asomarnos por la puerta del primero, sentimos un golpe de hedor a suciedad, sudor y humedad. El escenario es desolador bajo la luz mortecina de las bombillas. Unas pocas literas están ocupadas por algunos afortunados, mientras el resto se las arregla como puede para descansar en el suelo, tirados sobre colchones llenos de mugre, esterillas o cartones. Entre la gente y sus escasas pertenencias todo está ocupado, no hay ni un centímetro libre donde poner un pie. La ropa tendida en unas cuerdas que atraviesan en zigzag el espacio, de un extremo a otro, contribuye a dar una aún mayor sensación de ahogo.

A cualquier europeo se le haría insoportable un minuto aquí dentro, pero los inmigrantes africanos estamos habituados, qué remedio, a estos hacinamientos. Viajamos en pateras abarrotadas sin poder siquiera estirar un poco las piernas para desentumecer los músculos, dormimos apelotonados en pequeños pisos o en los barracones de los campos de España, e incluso morimos por aplastamiento contra las vallas y muros de las fronteras. Ese es nuestro sino.

De cualquier forma, este no es momento de reflexiones, dejo la mochila en el suelo y me preparo para la acción. Pero…, qué puta casualidad, justo ahora tenía que pasar por aquí un coche. Viene del segundo grupo de barracones, lo conduce un tipo blanco que se nos queda mirando al pasar. Por suerte, no se detiene y continúa hacia la salida del campamento. Parecía que detrás llevaba a unos chicos negros.

—«Servicio tele-puto», así lo llaman los vigilantes —me aclara Ilimane—. Se los llevarán a algún hotel.

—Pues van a ver nuestro coche a la salida del campamento —

observo con inquietud—, y seguro que les parecerá un poco raro. ¡Venga, hay que moverse!

El senegalés saca de la mochila su bidón de gasolina y se dirige con rapidez hacia los invernaderos. Yo entro en el primer barracón.

—¡Hermanos! —grito—. ¡Coged vuestras cosas y a la calle! ¡Tenéis un minuto!

Me doy una vuelta rociando de gasolina las paredes interiores, derramo el líquido que me queda sobre las literas, por encima de los cartones… Saco el mechero del bolsillo, salgo a la puerta y miro hacia el otro lado del cauce del riachuelo, puesto que el plan es que comiencen los dos fuegos al mismo tiempo. No distingo a Ili, pero enseguida comienzan las llamas en los invernaderos de la parte baja. Es el momento, giro la rueda del mechero… no enciende, lo intento otra vez… nada, coño, que no funciona. Sigo probando, pero no lo consigo, ¡mierda! Al final parece que me lo he cargado. ¡Joder, siempre me tiene que pasar algo! Me vuelvo hacia los trabajadores, que me observan, confusos.

—¿Alguien tiene un mechero? —se hace el silencio—. ¿Unas cerillas?…

Nadie responde, la mayoría me miran asustados. Es comprensible; al fin y al cabo, ¿qué estamos haciendo? Ponemos en riesgo el único medio que tienen para subsistir y, encima, les dejamos sin su lugar de descanso. Nosotros pensamos que vamos a hacerles un favor; pero no creo que ellos lo vean así.

La zona de los invernaderos arde con rapidez gracias a los plásticos. Y yo todavía estoy así, buscando algo para prender fuego. Me viene a la mente la mesa a la entrada del campamento, el paquete de tabaco. Tal vez haya un mechero dentro.

Voy corriendo hacia allí. Parece que fuera del campamento ha empezado a liarse una buena, se oyen disparos, y un quejido que parece la voz de Monroy. Siguen más tiros.

Pase lo que pase, yo a lo mío. Nadie en el puesto de control de la entrada, está abandonado, los gorilas habrán ido a toda leche a la zona de invernaderos, ese era precisamente nuestro plan. En la mesa ya no hay pistola, pero el tabaco sigue ahí. Lo inspecciono a toda prisa y no encuentro ningún mechero, ¡mierda!

Tendré que saltarme un paso del plan, lo más gordo viene a continuación. Regreso zingando al barracón, cojo la mochila que he

dejado antes en el suelo, y saco el martillo. Los africanos de los otros barracones también están fuera, contemplando el espectáculo alucinados, sin reaccionar. Yo no me detengo, sigo corriendo, esta vez empuñando la pesada herramienta, tan rápido como me permiten mi pesado cuerpo y mis pulmones asfixiados. Voy hacia la caseta que hay en la zona alta de los invernaderos, con la esperanza de que los gorilas encargados de su vigilancia también hayan acudido a apagar el fuego. Por fin, llego hasta la puerta, aunque casi echando las tripas. Cojo aire y me dispongo a romper la cerradura a martillazos. Pero… la puerta está entreabierta, qué raro… Me detengo, desconfiado, alerta… El silencio es inquietante, ni «¡socorro, ayuda!», ni amenazas para que me aleje… Ahora mismo solo se escucha el rumor de las llamas que se extienden.

Empujo prudentemente la puerta con la cabeza del martillo, y lo que distingo a la tenue luz de la bombilla del interior me hace comprender que las cosas no pintan bien. Nuestros dos colegas están atados con cuerdas a sendas sillas. Al Lagarto le han tapado la boca con cinta de embalar, y a duras penas coge aire por la nariz, agobiado seguramente por el dolor que le provoca la herida sangrante de una oreja arrancada. La situación de Jun es aún peor, no está amordazado, pero tiene el filo de un cuchillo apoyado en la garganta, un cuchillo que sujeta un joven de expresión firme y serena, demasiado serena.

—Hola, esclavo —saluda el coreano, con un amago de sonrisa.

—Yo dejaría en el suelo ese martillo —añade el del cuchillo.

Me asalta una sospecha repentina. ¿Por qué está amordazado solo Ayoze? ¿Por qué parece tan jodido uno y tan entero el otro? El coreano ni siquiera ha intentado prevenirme ¡A ver si va a estar compinchado desde el principio con los delincuentes! ¿Y dónde está Ili? El plan era juntarnos los dos aquí después de provocar los incendios. Si lo han atrapado, estamos jodidos. Tal y como están las cosas, sería un error claudicar, así que me abalanzo sobre el secuestrador, pero este demuestra ser mucho más rápido que yo: rebana de un tajo la yugular de Jun al mismo tiempo que esquiva mi golpe, luego me hace un corte en el pecho con un ágil movimiento, y me tira al suelo con una simple zancadilla.

El tipo aparta de una patada el martillo que he perdido al caer, mientras yo me llevo la mano a la herida y me quedo sentado con la

espalda contra la pared. La escena es descorazonadora: yo tirado en el suelo con una herida abierta en el pecho, el Lagarto mirando horrorizado cómo se desangra el pobre Jun, y este mirándome con su rostro de lechuza, sin expresar ningún tipo de emoción mientras se le va la vida. ¿Cómo es posible?

—Ya te avisé —me recrimina el asesino, acercándose a mí, seguramente para rematarme.

Tapándome la herida del pecho con la mano, susurro algo.

—¿Qué dijiste? —pregunta el tipo.

Vuelvo a susurrar, haciéndome el moribundo mientras tiendo una mano hacia él.

Sin soltar el cuchillo, se agacha inclinándose hacia mí. Eso es, precisamente, lo que yo quería. Esta es mi única oportunidad, agarro con fuerza el bolígrafo de metal que me ha dejado antes Monroy, y lo clavo en el ojo del secuestrador, haciéndole retroceder bramando de dolor y dejando caer el cuchillo. Esta es la mía, me pongo en pie, recupero el martillo y le golpeo en la cabeza con rabia, una vez, dos, hasta que pierde el conocimiento. Me acerco a Jun y trato de taponarle la herida del cuello con mis propias manos. Enseguida me doy cuenta de que es inútil.

—¿Hae? —regurgita, con voz débil.

—La he encontrado —intento sonreír.

—¿Bien?

—Sí, está muy bien, no te preocupes.

—Tú cuida, tú.

Esas son las últimas palabras de Sirum King.

Acuciado por los gemidos ahogados del Lagarto, me apresuro a liberarlo. Primero le quito de un tirón la cinta de la boca, arrancándole al mismo tiempo un «¡Chacho, hostia!», luego recojo el cuchillo del suelo y corto las cuerdas de sus muñecas. Ya con las manos libres, es él mismo quien se hace con el arma para liberarse de las ataduras de sus piernas.

—¿Te duele mucho? —le pregunto, mirando la herida tan fea de su oreja.

—Sí, pero al menos sigo vivo —mira hacia el cuerpo de Jun—. ¿Y tú? ¿Qué tal?

—Podría estar peor —respondo, viendo que la hemorragia del pecho disminuye.

—No habrás venido solo.

—No, y tenemos que encontrar al colega que me ha acompañado. ¡Vamos!

Salimos a la calle como dos toros bravos, yo sujetando con fuerza el mazo y Ayoze empuñando el cuchillo, pero algo nos para en seco, dos pistoleros que nos topamos de frente. Uno es el barbudo del puesto de control, el otro es un gigantón unicejo con pinta de tener muy pocas luces. A este último no le he visto antes, debía de estar dentro de la caseta cuando hemos entrado. Sea como sea, ahora nos mira desafiante mientras encañona en la sien a Ilimane, arrodillado a sus pies. Dejamos caer las armas, no tenemos otra. Los ojos del senegalés parecen decirme «lo siento», expresando más contrariedad que acojono. Le respondo con un leve gesto de aprobación, suficiente para que relaje un poco sus facciones.

El barbudo mueve la cabeza haciendo una seña al gigante. Resuena un tiro y el cuerpo de Ili se desploma como un fardo. No, no puedo reaccionar, no ha habido tiempo para nada, siento esa bala como si hubiera atravesado mi propia carne.

—No hay piedad para los desagradecidos —sentencia con voz serena el que ha ordenado la ejecución.

Me quedo en *shock* frente al cadáver del muchacho. Qué final tan cruel para alguien que ha sufrido tantas desgracias; ahora, cuando parecía que por fin iba dejar atrás su mala suerte…, ahora que tenía por delante toda una vida, larga y tranquila… ¿Y por qué? Solo por el arrebato caprichoso de un asesino despiadado. Después del primer momento de conmoción, empiezo a sentir cómo me hierve la sangre. Pero no debo dejarme llevar. ¿Qué oportunidades tengo contra dos pistolas que me apuntan? Además, Ayoze parece bloqueado, si me decidiera a atacar, no podría contar con él.

El barbudo, sin quitarnos ojo de encima, envía al otro matón a la caseta de las herramientas, y este vuelve al poco rato, cargando con el cuerpo de su colega a la espalda.

—Todavía está vivo —anuncia.

—Me alegro —celebra el que está al mando—. Ahora habrá que pensar qué hacer con ustedes, pero esa decisión no es nuestra. ¡Venga, arreando!

Nos llevan a punta de pistola hacia la entrada del campamento. Siento el cañón del arma pegado a mi espalda. Al llegar a los

barracones, vemos que todos los braceros africanos se han esfumado. Es lógico, tan lógico como perjudicial para nosotros. Tal vez, si esto estuviera lleno de testigos, estos tíos tendrían algún reparo en liquidarnos aquí mismo.

El teléfono del barbudo empieza a sonar.

—Buenas noches, patrón —dice, tras comprobar quién llama.

Me imagino que ese patrón será Emiliano Cabrera, pero no nos da tiempo a confirmarlo, una bala sale de la oscuridad e impacta en el suelo sin llegar a herir a nadie, y a continuación, otro tiro, otra bala, que, esta vez, me roza una zapatilla y rebota en una roca para terminar en la pierna del gigantón. El tipo cae al suelo aullando, bajo el peso del colega herido que llevaba a cuestas.

—¡Ni un movimiento! —Es la voz de Monroy. Siento un alivio del copón, pero rezo para que no vuelva a disparar, a juzgar por la puntería que ha demostrado hasta ahora, sería una lotería muy peligrosa—. Aquí tengo los fiambres de dos colegas suyos. ¿Quieren acabar como ellos?

Me atrevo a girar el cuerpo y me encuentro a los dos criminales mirando indecisos a un lado y a otro, hasta que terminan dándose por vencidos y bajan las armas.

—¡Las pistolas al negro! —ordena Monroy. Los gorilas obedecen.

De repente, Ayoze parece reaccionar, me quita una de las armas y le pega al de barba un culatazo en la cabeza. Un hilo de sangre baja por la frente del tipo, le ha tenido que doler, pero no dice ni pío, solo nos mira retador.

El exmarinero emerge entre las sombras con un rifle entre las manos. Él también está herido, parece que ha recibido un disparo en el hombro derecho. Aun así, ahora controlamos la situación nosotros.

El teléfono del barbudo está en el suelo. Lo recojo y me doy cuenta de que la comunicación no se ha cortado.

—¿Quieres hablar con Cabrera? —Alargo el móvil a Monroy. Este lo coje y se lo acerca a la boca para que pueda oírle bien quien esté al otro lado.

—En cinco minutitos te envío un vídeo. —Y cuelga sin dar opción a responder.

Luego se enciende un cigarrillo, le pega una buena calada, y se queda mirando a los tres tiparracos. El que estaba inconsciente

ahora empieza a espabilarse.

—Y en estos cinco minutitos vamos a decidir, entre otras cosas, qué hacer con estos machangos de mierda —añade.

Resulta difícil interpretar el gesto que asoma por la cara de neandertal del más grande, y el que acaba de despertar bastante tiene con sujetarse la cabeza dolorida. Sin embargo, el barbas continúa con esa sonrisita asquerosa. Parece muy tranquilo, como si se sintiera bajo el manto protector del todopoderoso Cabrera. Pero a mí me vienen a la memoria la última mirada de Jun y el cuerpo del joven Ili con la cabeza reventada… Y me vuelve a hervir la sangre como hace un rato, a diferencia de que ahora no tengo por qué reprimir mi rabia, me sobra para tomar la decisión que los demás aún no afrontan.

—Entrad en ese barracón —ordeno, apuntándoles con la pipa. Me obedecen—. Hasta el fondo —añado, viendo que se quedan cerca de la puerta. Vuelven a obedecer.

Y, de repente, la sonrisita del barbudo desaparece.

—¿A qué huele? —pregunta, inquieto.

No me molesto en responder. Solo abro la boca para dirigirme a Monroy.

—¿Me pasas el cigarro?

Le doy una calada antes de echarlo a los cartones del barracón.

—No hay piedad para los despiadados.

Las llamas se encienden en el acto y, rápidamente, cierro la puerta de un golpe. Luego trabo la manilla sin escuchar los gritos que vienen del otro lado.

El Lagarto me hace un gesto de conformidad, Monroy ni siquiera me mira, está grabando un vídeo del campamento destrozado, de fondo se oyen los chillidos desesperados procedentes del barracón en llamas. Cuando termina de hacer la panorámica, lo envía con un mensaje de voz adjunto:

—Si con esto tienes suficiente, me lo dices y firmamos la paz. Estaremos esperándote en los búnkeres de La Isleta mañana a mediodía. Ven solo y desarmado.

9
TINO EL PELIGROSO

Los búnkeres se encuentran en un paraje totalmente abierto, por eso eligió Eladio Monroy este lugar para reunirse con Cabrera, por lo difícil que le resultaría organizarnos una emboscada o cualquier otra estratagema. Además, con la base militar tan cerca, sería un disparate liarse a tiros aquí.

De todos modos, no parece que Cabrera traiga intenciones ocultas. Lo vemos acercarse por el sendero que viene de la playa del Confital, solo, vestido con un chándal azul oscuro, a buen paso, con la frente alta y esa altanería de la gente que se cree importante, caminando como si se hubiera tragado un palo de escoba.

—No nos tiene ningún miedo —digo.

—Así son los que están acostumbrados a actuar con total impunidad —explica Monroy.

Eladio, el Lagarto de Escaleritas, Tino el Peligroso y yo le esperamos sentados a medio camino entre el búnker de Gaspar el Gallego y el de Tino, junto a la ajada bandera roja que prohíbe el baño en toda esta zona.

Ayoze lleva un parche sobre la herida de la oreja. Anoche pasamos por Urgencias, le curaron y le recetaron antibióticos y algún analgésico. Dentro de lo que cabe, el hombre se lo toma con humor, dice que nunca le han gustado sus orejas de soplillo, que está más guapo ahora y que a lo mejor se corta él mismo la otra para quedar más compensado. A mí también me hicieron una cura, desinfectaron la herida del pecho y me dieron unos puntos de sutura, advirtiéndome que posiblemente me duela en los próximos días cada vez que tosa o me ría. Si no es más que eso… Tuvimos suerte en el hospital, me atendieron sin pedirme ningún papel y, sobre todo, no avisaron a la policía. Habíamos preparado una historia para justificar unas heridas tan sospechosas, pero, afortunadamente, nadie nos pidió explicaciones, las enfermeras se limitaron a curarnos amablemente y nos mandaron a casa, sin más.

Monroy, sin embargo, ni siquiera quiso ir al hospital. Dijo que su herida no era tan grave, que la bala no se le había quedado dentro y que ya se curaría él mismo en casa. Hoy ha venido en camisa de manga larga, con otro bolígrafo metálico en el bolsillo. Lo único que se le nota es que intenta mantener inmóvil el brazo derecho, en ningún momento ha mencionado el tema ni se le ha oído quejarse lo más mínimo, como corresponde al tipo más duro de Las Palmas.

Según se acerca, Cabrera me recuerda esos carteles que se pegan en las paredes durante las campañas electorales, esos candidatos sonrientes, rejuvenecidos en el ordenador, de aspecto arreglado y expresión artificiosamente amable. En la cara del empresario no hay trabajo de ordenador, obviamente, pero apostaría a que ha pasado horas en el quirófano para poder lucir ese aspecto tan discordante con su edad. Ese pelo negro y abundante, esa piel morena sin arrugas, esos dientes blanquísimos y perfectamente alineados… Llega con una actitud extremadamente amable y educada hacia nosotros. Es increíble lo falsa que puede ser la gente. ¡Si hasta nos tiende la mano! Por supuesto, nadie le corresponde, pero tampoco parece afectarle y se sienta en el suelo junto a nosotros, como si tal cosa.

—Me dijiste que viniera solo y desarmado y así lo hice, como muestra de buena voluntad —se abre la cremallera del chándal para dar veracidad a sus palabras, con esa sonrisa de anuncio de dentífrico. Me dan ganas de darle un puñetazo y mandarlo de vuelta

a la consulta del dentista.

Monroy, sin embargo, mantiene su sangre fría habitual. Saca un cigarrillo, lo enciende, se toma su tiempo para dar la primera calada y echa una bocanada de humo antes de empezar a hablar.

—Así que vienes en son de paz.

—Por supuesto.

—¿Viste cómo quedó el campamento?

—Estoy al tanto del desgraciado accidente de anoche, sé que se quemaron todos los invernaderos, toda la plantación, que se perdió un barracón… Bueno, pudo haber sido peor, afortunadamente el seguro lo cubre todo.

El exmarinero espera unos segundos antes de soltar lo que estamos pensando todos:

—¿Y los muertos? ¿A esos también los cubre el seguro?

—¿Qué muertos? —Cabrera finge sorpresa con la profesionalidad de quien está más que acostumbrado a mentir—. El informe de daños que me pasaron esta mañana no menciona ninguna víctima.

Monroy sigue fumando en silencio. Los demás tampoco decimos nada.

—Que yo sepa —continúa el empresario—, solo hubo daños materiales, y he de confesar que este infortunio, a fin de cuentas, me viene bien. En Europa ya empezaron a comprar tomate marroquí, porque sale más barato, ¿saben ustedes? La producción canaria ya es un negocio de capa caída, y estaba pensando en quitar esas explotaciones. —Hace una pausa mirando el paquete de tabaco de Monroy— ¿Puedo? —El exmarinero saca un cigarro de la cajetilla y se lo alarga—. En Canarias no hay grandes misterios, amigos —continúa mientras enciende el pitillo—. El futuro, igual que el presente, está en el turismo. Ya les digo que tuve mucha suerte; gracias a este accidente, con el dinero del seguro, podré montar algo nuevo en ese paraje de El Tablero. Podría ser algún negocio inmobiliario, pero ya tengo en marcha unos cuantos proyectos de ese tipo, y como sabrán, no conviene poner todos los huevos en la misma cesta —suelta una risita asquerosa—. Esta vez será algo diferente, seguramente un parque temático, algo de aventura, pero nada de niños, estoy pensando en el público adulto —interrumpe su discurso para dar una calada al cigarro. Mientras,

yo reparo en la cara de Tino, no ha abierto la boca, pero noto el fuego en sus ojos—. Es una pena que no pueda contratar trabajadores africanos sin regularizar para este nuevo proyecto, los pobres se van a quedar en el paro. ¿Qué le vamos a hacer? Así son estas cosas.

El muy cabrón dice esto último sin inmutarse mientras me mira directamente a mí. Me gustaría contestarle: «Sí, dejas en la puta calle a los que solo se dedicaban al tomate, pero apuesto a que tu intención es mantener a los más jóvenes en esa red de prostitución que seguramente ya habrás previsto reorganizar dentro del nuevo negocio». En fin, no merece la pena, eso ya da igual.

Nuestras últimas acciones me han dejado sabor a derrota. Vale que hemos liberado a los africanos de El Tablero, pero también les hemos quitado el refugio y el único modo que tenían de sobrevivir. Se han quedado sin nada de repente, expuestos a que venga otro de esos empresarios sin escrúpulos a aprovecharse de ellos. Y encima hemos perdido a dos amigos.

El cigarrillo de Cabrera va mermando rápidamente. Yo diría que con esas largas caladas trata de disimular su nerviosismo. No soporto tanta hipocresía ni tanta soberbia.

—De cualquier modo —continúa—, voy a necesitar personal para este nuevo proyecto y, precisamente, pensé en ustedes. Tú, Monroy, sabes que tienes la puerta abierta para trabajar conmigo, me hará falta un jefe de seguridad y ese puesto te iría que ni pintado. Además, tendrías un sueldo acorde a tu responsabilidad.

El exmarinero arroja lo que le queda del cigarro, consumido prácticamente hasta el filtro, y se enciende otro pitillo.

—Y para ustedes también tengo una propuesta muy jugosa —sigue Cabrera, también deshaciéndose de su colilla—. Estoy dispuesto a olvidar lo que ocurrió con mi deportivo, al fin y al cabo la culpa fue mía por calentarme demasiado y apostar —se queda un momento observando cuál es nuestra reacción, pero continuamos en silencio—. En adelante, ustedes también podrán trabajar para mí, a las órdenes de Monroy, con un sueldo digno y estable. Además, como imagino que ya estarán cansados de vivir en uno de estos tristes búnkeres, les proporcionaré una vivienda aparte del sueldo. Pueden elegir una casita en el sur o un estupendo apartamento en uno de esos bloques turísticos que estoy construyendo aquí mismo,

en La Isleta. Es una oferta demasiado tentadora para ser rechazada, ¿no creen?

Monroy sigue sin decir nada, como si solo prestara atención a su cigarrillo; yo continúo tragándome la bilis en silencio; Tino mantiene su mirada asesina fija en el empresario, y el Lagarto se aclara la garganta para lanzar a Cabrera una pregunta que nos sorprende a todos:

—¿Sabes cómo son los ritos funerarios en Corea?

El tipo no sabe qué responder, así que Ayoze continúa:

—Cuando un hombre coreano muere, su esposa es la encargada de amortajarlo. Lo lava con incienso, le corta las uñas, lo peina bien y le pone el *suui*, un traje de cáñamo con el que se viste a los muertos. Al final, le coloca algodones en los oídos y en la boca. Si no hace todo eso, el alma del difunto no podrá encontrar la paz y su fantasma atormentará a los vivos.

—Muy interesante, ¿pero por qué me cuentas todo eso ahora?

—Por el respeto que se merece la mujer de Jun.

—¿Jun? ¿Quién es Jun?

—Seremos gente sencilla, pero no toletes. ¿Dónde está el cuerpo de nuestro amigo?

El silencio se hace tenso durante los siguientes segundos. Tino el Peligroso se levanta y va hacia su búnker sin decir nada. Solo se escucha la voz del viento jugando con la bandera, la bandera roja que hay sobre nuestras cabezas. Hasta que Eladio Monroy se decide a hablar:

—Un coreano y un senegalés, Jun e Ilimane, nuestros amigos, se dejaron la vida… No, les quitaron la vida, ayer en El Tablero. ¿Qué coño hicieron con los cuerpos?

Emiliano Cabrera no tiene huevos para llevar la contraria a Monroy, desvía la mirada y hace un tímido gesto señalando hacia el mar. Por lo visto, Migyung no podrá amortajar a su marido, y los restos del chaval senegalés nunca se podrán reclamar, el pobre Ilimane se ha ido tan solo como vino.

—Corea cambió mucho en los últimos años —dice Cabrera, poniéndose serio—. Ahora son más prácticos, la mayoría de la gente incinera a sus muertos.

—Puede ser, pero en esos casos, al menos pueden guardar las cenizas de su ser querido —añade el Lagarto—. Sin embargo, la

viuda de Jun no podrá hacerlo, porque hasta eso tuviste que arrebatarle.

Emiliano Cabrera ya no es capaz de disimular su incomodidad. Hace un último intento, ahora sin rastro de la sonrisa que traía al llegar.

—Venga, algunas cosas ya no se pueden cambiar, lo mejor es seguir hacia adelante sin echar la vista atrás, ¿no es así? —Se pone en pie—. Ustedes, al menos, me valoran la oferta que les hice, ¿OK? Entiendo que tal vez necesiten un par de días para decidirse.

Eladio Monroy se me adelanta para soltar justo lo que yo estaba pensando:

—¿Por qué será que los ricos creen que pueden comprarlo todo con dinero?

Cabrera no responde, se limita a dejar escapar un suspiro condescendiente y se gira con intención de largarse. Pero, de repente, sale alguien del búnker de Tino el Peligroso. ¡Batman! El empresario vuelve la cabeza y se queda de piedra cuando ve al superhéroe con una pequeña rotaflex entre las manos. Antes de que pueda reaccionar, el enmascarado pone en marcha la herramienta y se aproxima a él acercándole el disco al pecho. Ahora sí que parece acojonado el ricachón de mierda. Nos mira con los ojos muy abiertos, como pidiéndonos explicaciones, explicaciones que no recibe. Batman, con el poder persuasivo de su rotaflex, obliga al empresario a retroceder caminando hacia el búnker que tiene a su espalda.

—¡¿Pero te volviste loco?! —dice con un hilo de voz apenas audible bajo el sonido de la radial—. Todos ustedes están mal de la cabeza —seguimos haciendo como si no oyéramos.

Poco a poco, van llegando hasta la rampa que baja hacia la puerta del fortín. Entonces, aparece el protagonista de la última pesadilla de Cabrera. Este pega un grito al ver el lagarto gigante.

—¡Túmbate! —ordena Batman al reptil, que obedece como un perrito.

El empresario, a punto de cagarse en los pantalones, sigue retrocediendo bajo la amenaza del disco abrasivo que continúa girando a toda velocidad a escasos centímetros de su cuerpo. Un pasito más… y ¡ya! Emiliano Cabrera está dentro del búnker. Tino desata al bicharraco en un segundo y este también entra, corriendo

excitado al encuentro de su viejo amigo.

Han pasado ya veinticuatro horas desde el encuentro con el exempresario, y Tino el Peligroso sigue cabreado con nosotros. No acaba de entrarle en la cabeza que no podíamos dejar los restos de Emiliano Cabrera en su búnker, llenando la despensa de su mascota para darle de comer unos cuantos días más. ¡Lo que nos costó convencerle para sacar de ahí el cuerpo! Bueno, no le convencimos, en realidad, cedió al final de puro aburrimiento. Eso sí, luego cogió la caña y desapareció toda la tarde, y hoy, otra vez, se ha pasado la mañana pescando. Ahí está, en su rincón favorito, entre las rocas negras cercanas al búnker que comparten nuestras dos vecinas de urbanización.

Arrojamos el cuerpo de Cabrera al mar tan pronto como anocheció. No le pusimos ningún lastre, para que las corrientes se lo llevaran bien lejos de aquí. Y si el destino quiere que el fiambre llegue a tierra, no encontrarán ningún indicio que haga pensar en un asesinato. Lo único que verán son marcas de mordiscos, mordiscos de animal. El tipo no había denunciado ningún ataque al campamento, en teoría no hubo ningún enfrentamiento, ningún muerto, sus sicarios hicieron desaparecer cualquier resto humano, y los posibles testigos, si los hubiera, no hablarán nunca, todos son inmigrantes sin papeles que tienen terror a la policía. Nadie preguntará, tampoco, por el pobre Ili; y por Jun… quién sabe, nosotros, al menos, no. De cualquier modo, su desaparición no podría relacionarse con los sucesos de El Tablero. Todo quedará como si hubiera ocurrido un accidente, y, en el peor de los casos, siempre tendríamos el respaldo del comisario Déniz, el madero colega de Monroy. Bien sabe él que para atrapar a los malos, a los verdaderos hijos de puta, a veces hay que usar métodos extraoficiales. Además, aún le debe algún favor al exmarinero y, si fuera necesario, sabría hacer la vista gorda.

De todos modos, qué hacer con los restos de Cabrera no fue el único punto de desacuerdo entre nosotros. Todavía hubo otro motivo de conflicto, aún más peliagudo. En el preciso momento en que íbamos a lanzar el cadáver del empresario al agua, el Lagarto se acordó de Migyung. Que si iba a ser una tragedia para ella no conservar ningún resto del cuerpo de su marido, que si la pobre mujer no iba levantar cabeza, que teníamos que hacer algo por

intentar remediar todo eso…

—El cuerpo de Jun se lo ha llevado el mar, quién sabe dónde estará ahora —dije yo—. ¿Qué quieres que hagamos, ponernos a buscarlo?

—No, pensé otra cosa.

Alucinamos cuando nos contó la ocurrencia. La brillante idea del muy cabeza de chorlito consistía en cortar algún trozo del cadáver de Cabrera y entregárselo a la viuda de Jun como si fueran los últimos restos de su marido.

Monroy y yo coincidimos en que eso era un disparate y que, además, ya estaba decidido tirar el cuerpo de Cabrera enterito, que si por un casual llegara a una mesa de autopsias, resultaría muy sospechoso que le hubieran cortado un pedazo. Pero el cabezón del Lagarto erre que erre, hasta que, al final, dimos con una alternativa, no menos disparatada pero que podría funcionar: aprovechar lo que quedaba de la cabra que se estaba zampando, a ración diaria, la mascota de Tino.

Así que esta mañana hemos cogido unos huesos de cabra y los hemos puesto a hervir en una cazuela hasta dejarlos bien limpios. Luego Ayoze los ha troceado utilizando una sierra pequeña que Monroy ha traído de su casa. Ahora son tan minúsculos que una persona sin conocimientos médicos difícilmente podría saber si son restos humanos o de animal. Además, hay que reconocer que el Lagarto se ha esmerado haciendo todos los trocitos iguales.

—Las viudas coreanas —nos ha explicado—, a veces usan estas bolitas hechas con los huesos de sus difuntos maridos como si fueran las cuentas de un rosario.

Y con esta tarea tan delicada hemos dado por finiquitadas las cosas importantes que teníamos pendientes para dejarlo todo bien atado.

Ahora, por fin, podemos relajarnos un poco y, aprovechando que se acerca la hora de comer, hemos decidido celebrar con una cangrejada que todo ha salido bien.

Hemos sacado las últimas cervezas que le quedaban a Gaspar el Gallego y, menos Tino, que sigue por ahí a su bola, los demás estamos dando buena cuenta de los crustáceos. Tenemos al lado la bolsa con los restos óseos de la cabra, preparados para la viuda de Jun.

—¿Cómo haremos llegar los huesos a Migyung? —me surge la duda.

—Se los puede llevar Tino esta noche, vestido con su traje de Batman —propone el Lagarto.

—No sé si querrá —señalo con la cabeza hacia el lugar en el que parece divisarse la punta de la caña—. Creo que no se le ha pasado el mosqueo.

—Tranquilo, mi niño, lo conozco muy bien y sé que eso ya es agua pasada. Utiliza el enfado y su afición por la pesca como excusa para rondar cerca del búnker de las pibas. Aún no perdió la esperanza de llevarse al huerto a alguna de ellas. Lo malo es que a veces es un poco tolete y todavía no se enteró de que esas dos son bollos. Pero, bueno, qué más da, cuando vuelva le pido que lleve los huesos, seguro que está dispuesto. Los puede dejar en el restaurante cuando anochezca, así, en esa misma bolsa donde están ahora, pero con una nota, anónima, por supuesto. Así se acabó el problema, y todos podremos pasar página. Yo, al menos, me sentiré mucho mejor con la sensación de haber hecho bien las cosas.

—¿Haber hecho «bien» las cosas, has dicho?

El Lagarto de Escaleritas se encoge de hombros y sigue sorbiendo el jugo de los cangrejos. Yo también estoy en ello, aunque no me encuentro tan a gusto como otras veces, no puedo quitarme de la cabeza que estos animalitos podrían haberse alimentado con la carne de Cabrera, algo que parece que a nadie más preocupa. Ahí está Monroy, que no abre la boca más que para comer. Ayoze se le queda mirando un momento, dándole un repaso de arriba abajo.

—Eladio —dice, de repente.

—¿Qué?

—No llegas a 1’80, ¿no?

—No.

—Pero a los 80 kilos sí.

—Sí.

—Todo hueso y músculo.

—Si quitamos el flotador que me rodea la cintura.

—Aun así, todavía estás en forma, ¿verdad?

El exmarinero deja por un momento la degustación de cangrejos para responder muy serio al Lagarto.

—Para eso que estás maquinando, ni de coña.

—¿Por qué? Con todas las mañas que te sabes, nos moveríamos estupendamente en el terrero, y, si lo hacemos bien, podemos forrarnos. Podríamos organizar desafíos, nosotros tres…

—¡Lagarto! —le corta Monroy—, no te me enrales. Tu fama, tu mala fama, llegó a todos los rincones. No quiero complicarme la vida, uno se hace mayor y cada vez le dan más pereza estas cosas, ¿sabes? Este tiro que me pegaron en el hombro es el último que recibo, se acabaron las aventuras y el ir golijineando por ahí, ya no hay más favores. De ahora en adelante, nada de marrones, iré tirando con lo que cobro del retiro, y me dedicaré a disfrutar de la familia que me queda, mientras sigo echando días para atrás.

El tono firme del tipo más duro de Las Palmas deja poco espacio para réplicas. El Lagarto de Escaleritas fija, entonces, su atención en mí.

—Contigo todavía puedo contar, ¿no, Touré?

—No, Lagarto, lo siento. Yo también tengo mis planes.

—Pero si tenemos un *show* cojonudo que nos puede seguir dando montón de dinero fácil, ¿qué más quieres?

—Monroy tiene razón, amigo. Tus tejemanejes son demasiado conocidos en las Canarias.

—Bueno, pues nos llevamos el espectáculo a otra parte, a África, a Dakar, por ejemplo. Ya estuve antes por allí y sé cómo funcionan las cosas.

—No tan bien como crees, por lo que veo. En África hay poco dinero para apuestas; y, encima, no se andan con chorradas cuando pillan a un timador. Si te cazan haciendo trampas, te despellejan en el acto. Olvídalo.

El Lagarto de Escaleritas se rinde por segunda vez, y a mí se me queda el pensamiento enganchado a mi continente, más allá de Dakar, en Burkina Faso, en Gorom-Gorom. Veo en mi memoria el mercado de los jueves, el más grande del Sahel, en todo su esplendor, lleno de colores y de etnias diferentes: Tuareg, Bella, Peul… Y veo a mi familia paseando entre toda esa gente. Han pasado años desde que recibí la última foto de los niños. ¿Cómo estarán ya? Hechos unos hombres, seguramente. ¿Cómo me recibirían si volviera? ¿Acaso tendría que sufrir su desprecio?

Las escenas africanas se van difuminando mientras mi pensamiento vuela hacia Bilbao, a la Pequeña África de San

Francisco, y también a la cárcel de Basauri. ¿Qué estarás padeciendo ahí, Cristina? ¿Y si volviera para estar cerca de ti? ¿Podría aligerar en algo tu carga o sería inútil? Dudas y más dudas.

Miro a Monroy y luego a Ayoze.

—Escuchad, ¿vosotros podríais conseguir un coche con un buen maletero?

El exmarinero recupera su expresión de perdonavidas y me clava su mirada como diciendo «¿tú eres tonto o qué?».

—Que no sea rojo —añado.

—¿Para qué lo necesitas, rubio? —me pregunta con resignación.

—Para entrar en el puerto evitando los controles.

—Con eso de que tú también tienes tus planes, quisiste decir que estás pensando en largarte de aquí metido en un barco, ¿no? —prueba el Lagarto.

—Sí.

—No es tan fácil, querido.

—Ya me las arreglaré.

—Yo podría ayudarte —dice Monroy, con una expresión un poco más amable—. Ya sabes a qué me dedicaba antes, todavía tengo muchos conocidos en el mar.

El viaje desde Bilbao a Las Palmas se me hizo muy largo. Larguísimo. Vine escondido en un agujero, sin atreverme a salir para nada, pasando sed y hambre, apurado para hacer mis necesidades… Esta vez, mi castigado cuerpo agradecería un viaje algo más confortable.

—Chacho, te echaremos de menos —dice el Lagarto de Escaleritas. Se nota pena de verdad en su mirada—. Ese barco tendría como destino África, ¿verdad?

Me cuesta encontrar una respuesta:

—Aún no estoy seguro.

Me encuentro sentado frente a Aminata, en el centro del paseo de Las Canteras. Como todos los días del año, hay un montón de gente yendo y viniendo, y tanto músicos callejeros como artistas excéntricos, vendedores de quincalla o yonquis pedigüeños compiten por atraer la atención de los transeúntes. Pero yo me siento ajeno a todos ellos, estoy concentrado en la penetrante mirada de la vidente beninesa y la bolsita que tiene en el regazo.

Cuento a Aminata por lo que he pasado en los últimos días, sin

entrar en detalles comprometedores, reconociendo solamente que se ha cumplido su premonición sobre la funesta influencia del color rojo, que ha habido sucesos salpicados de sangre. Me escucha tranquilamente y cuando termino, me dice:

—Los cauris nunca mienten.

Le explico que he acudido a ella porque necesito su consejo, se queda callada, con expresión seria, grave… Saco uno de los últimos billetes que me quedan, uno de veinte euros, y lo pongo sobre la tela.

—Por ser yo —le digo, casi en tono de súplica.

—Por ser tú —acepta, guardándose el dinero.

Entonces, la mujer abre la bolsita, extrae las pequeñas conchas, las encierra entre sus palmas y las agita unos segundos. Después acerca a mi boca sus manos, ofreciéndome los cauris que reposan en ellas como si estuvieran en un cuenco.

—Diles cuál es tu problema.

Dudo un momento, buscando las palabras para expresarme.

—Tengo una familia en África, en Burkina Faso —musito—, y otra en la Pequeña África de San Francisco. Siento que debería volver, pero no sé a cuál de ellas. Tampoco sé cómo me recibirían. Y, además, haga lo que haga, me sentiré culpable, porque decidirme por una implica renunciar a la otra. No sé qué hacer.

Aminata cierra sus manos y, entornando los párpados, revuelve otra vez los cauris dentro de ellas, pero ahora más despacio y durante más tiempo que antes. Escucho el sonido que producen chocando unos contra otros mientras miro hacia la línea en la que el mar se junta con el cielo. Y, sintiéndome más calmado, también cierro yo los ojos. Al ruido de los cauris se unen el rumor de las conversaciones que vienen del paseo, y los acordes de una guitarra acompañando a la voz de un hombre maduro, una canción triste… Hasta que, de repente, se impone el sonido de una flauta, una melodía melancólica que me resulta conocida. Sí, es el tema principal de *Memorias de África*, esa película que me produce sentimientos encontrados. Me estoy emocionando… Parece que la flautista pasa junto a nosotros sin detenerse, la oigo cada vez más distante, se aleja más rápido de lo que yo quisiera, y tengo el impulso de seguirla. ¿Será una señal? ¿Estará ahí la respuesta?

—Que hablen los cauris —la voz de la vidente tira de mí,

sacándome de mis ensoñaciones.

Luego, ella espera un momento, sabedora de que aún necesito un poco de tiempo para volver en mí. Entonces, lanza las conchas sobre la tela y los dos nos quedamos mirándolas fijamente mientras las últimas notas de *Memorias de África* van perdiéndose en la lejanía entremezcladas con el murmullo de la ciudad.

AGRADECIMIENTO

Mil gracias a todos los amigos canarios que me han ayudado a que esta novela sea un poco mejor y mucho más creíble: Ángeles Jurado, Antonio Becerra, Carmen Nieto, Juan Campos, Juan Carlos Lorenzo, Mourtala Mboup, Rebecca Díaz González, Thalía Rodríguez, Victoriano Suárez Álamo…

JON ARRETXE PÉREZ (Basauri, 1963), es doctor en Filología Vasca, licenciado en Educación Física y ha completado, en los conservatorios de Bilbao y Vitoria, sus estudios de piano y canto.

Este polifacético y exitoso autor tiene la creación literaria por oficio, pero también ofrece conferencias sobre sus libros o viajes, y además canta ópera, siendo integrante de los coros de ópera de Bilbao y Pamplona.

Desde la publicación de su primera obra, en 1991, su producción combina principalmente la literatura de viaje (*7 Colores, Tubabu, El sur de la memoria*…) y la novela negra (*Shahmarán, La Calle de los Ángeles*…). A este género pertenece *Sueños de Tánger*, trabajo publicado en la colección Cosecha roja.